

# LA ENCANTADORA FAMILIA DUMONT

## Juan Aparicio Belmonte

Siruela Nuevos Tiempos



# **LA ENCANTADORA FAMILIA DUMONT**

**JUAN APARICIO BELMONTE**



Juan Aparicio Belmonte

**La encantadora familia Dumont**

 Siruela

Nuevos Tiempos

Edición en formato digital: abril de 2019

Esta novela fue beneficiaria de la Convocatoria 2015 de Ayudas de la Fundación BBVA a Investigadores y Creadores Culturales (Beca Leonardo). La Fundación BBVA no se responsabiliza de las opiniones, comentarios y contenidos incluidos en el proyecto.

En cubierta: fotografía de © iStock.com/Nastasic

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© Juan Aparicio Belmonte, 2019

© Ediciones Siruela, S. A., 2019

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.  
c/ Almagro 25, ppal. dcha.  
[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-17860-31-8

Conversión a formato digital: María Belloso

*A la memoria de José Belmonte González;  
y no porque fuera hijo de Nicolás Belmonte Dumont,  
sino por el cariño que le tuve.*

*A Nicolás*

# 1

## ÁRBOL

Paula y yo sabíamos que la timidez a cierta edad es mala educación.

Y aunque aquella confesión inesperada de nuestro vecino nos provocó vergüenza ajena, alipori, ganas de huir, no retrocedimos ni le dimos la espalda por pura cortesía. Se había trastabillado por las escaleras delante de nosotros, y cuando le ayudamos a incorporarse, en vez de darnos las gracias como una persona normal, quiso que escucháramos el relato de su triste vida. Padecimos su aciaga, atropellada y confusa narración durante más de media hora. Pero aquellos días no estábamos en la mejor tesitura para cargar, siquiera unos minutos, con la desesperación de nadie.

Ya teníamos la nuestra.

Soportábamos las horas en el local descubriendo que el paso del tiempo, aunque paliativo con ciertas desgracias del pasado, puede ser muy enervante si el futuro asoma ruinoso.

Y nuestro negocio no terminaba de arrancar.

Para estar como estábamos, tan mal, habíamos renunciado a parte de nuestros ingresos como técnicos del servicio de urgencias psiquiátricas de Madrid. Trabajábamos sábado, domingo y lunes en la *papa*, como se conoce coloquialmente a la ambulancia psiquiátrica, y librábamos el resto de la semana. Ese era el plan hasta que el negocio, recién inaugurado, nos permitiera una vida mejor: cuatro días esperando a clientes en el local y tres esperando un aviso para activar el código 2, viajar a algún pueblo cercano o remoto de la provincia y amordazar a un demente o a un psicótico intoxicado con hachís, alcohol, LSD o cocaína, o a un viejo hediondo con síndrome de

Diógenes. El negocio infalible que habíamos importado de Francia y Alemania y anunciado por los colegios e institutos del distrito, repartiendo personalmente los folletos de color verde, hubiera sol o lluvia, estaba resultando un fiasco.

Lo habitual era que los pocos peatones que asomaban por el local lo hicieran dubitativos, sin saber dónde se metían, para preguntar si era una peluquería de perros o cualquier otro comercio disparatado, como si el letrero refulgente no advirtiera con claridad lo que podía esperarse del sitio.

El propio vecino, simpático pero malintencionado —quizá por el rencor que le provocaba su nombre risible—, nos había preguntado varias veces por la charcutería, aunque, por supuesto, nuestro comercio tampoco era tal cosa.

Para no volvernos locos pensando más de la cuenta en el fracaso, navegábamos por internet, sin encontrar nada que nos sacara del pasmo, o nos acariciábamos, sabedores de que nadie nos molestaría, y terminábamos haciendo el amor, sin reparos ni precauciones, en la parte trasera del local. Pero la angustia nacía de esa penumbra deshabitada, con eco y sin clientes, y enseguida regresaba a nuestros cuerpos aunque se hallaran enlazados como el yin y el yang tras el enorme y placentero esfuerzo de la gimnasia amatoria.

Hasta que encontramos un portal de investigaciones genealógicas creado en Utah, Estados Unidos, por la Iglesia de los Santos de los Últimos Días (o sea, los mormones) y nos distrajimos más de la cuenta. Todo por el apellido Dumont, tan raro en España, que dio pie a nuestro primer beso dieciséis años atrás, cuando descubrimos, recién incorporados al servicio de salud psiquiátrica, que no solo compartíamos *papa*, sino también apellido materno de sonoridad francesa y enorme curiosidad por conocer su origen. Éramos, milagros de la vida, primos lejanos, y nos acabábamos de conocer en una salida con la ambulancia hacia el centro de la capital. Gracias a ese portal, conseguimos averiguar quién era nuestro antepasado común, un tal Nicolás Dumont Ruiz, guardia civil nacido en el año 1826 en Bérchules, las Alpujarras, y fallecido en 1889 en la ciudad manchega de Albacete. Imaginábamos que la clave de nuestra coincidencia en carácter radicaba en ese Nicolás Dumont, como si una destilación milagrosa de sus genes hubiera llegado hasta nosotros transmitiéndonos su manera de estar y de ser en el mundo; por eso éramos tan parecidos, casi iguales, y estábamos tan enamorados.



Tras este descubrimiento, profundizamos en la búsqueda, indagando en otras fuentes.

Localizamos a un individuo que hablaba en susurros, con voz un tanto inquietante, que se apellidaba también Dumont y había construido un extenso árbol genealógico sobre la familia al que solo se podía acceder previo pago de una suscripción a su página web. El hombre tuvo a bien desvelarnos la procedencia del tal Nicolás Dumont Ruiz sin cobrarnos apenas nada. Pudimos conocer e imaginar el viaje de su padre, Etienne, desde Soueich, un pueblecito francés de los Pirineos, hasta Granada, a finales del siglo XIX, cuando aún era un adolescente. Ahí estaba el documento de empadronamiento, recopilado por nuestro interlocutor. El chico viajó con su tío, que comerciaba con juguetes de hojalata, como soldaditos, animales de granja, carromatos en miniatura o canicas, y tenía fama de practicar la brujería, pues también trapicheaba con hierbas, ungüentos y drogas naturales. Algo debió de ir mal, algún hechizo o alguna estafa, y tío y sobrino se mudaron a España. Con el tiempo, Etienne Dumont se casó con la alpujarreña Ana Ruiz y nació Nicolás, nuestro querido y común tatatarabuelo (el abuelo de nuestros bisabuelos, vaya). Nos preguntábamos por qué esos occitanos franceses cambiaron su paisaje de nacimiento por las remotas Alpujarras y no por una zona más a mano.

—Eso no es difícil —dijo nuestro interlocutor—. Es imposible saberlo.

De hecho, resultaba imposible averiguar por qué nosotros nos habíamos metido en el desvarío comercial que nos tenía atrapados, así que nuestros ancestros seguramente olvidaron pronto la razón de su emigración al rincón más lejano de Andalucía.

Éramos los Dumont riéndonos pese al porvenir gris, y había otro Dumont al teléfono: su voz rumorosa se afianzaba en el local como una sustancia del aire.

—Me alegra escuchar tanta felicidad —dijo.

Y como si la sangre en común nos colocara en el disparadero hacia una solución para nuestros problemas económicos, supimos que el tipo se dedicaba a un negocio más o menos emparentado con el nuestro.

—¿Y le va bien? —le preguntamos.

—Fenomenal —respondió—. ¿Y a ustedes?

—Fatal.

Se ofreció a ayudarnos en la consecución de clientes, o eso insinuó con un sinnúmero de circunloquios. Sus explicaciones, cargadas de tecnicismos y vocabulario culto, eran excursiones hacia no sabíamos dónde en las que eludía lo principal. Lo principal, el cogollo, se parecía mucho a una oferta ilegal.

—¿Nos está queriendo decir —le cortamos, impacientes— que usted tiene un método para lograr que nuestro negocio funcione y que ese método no es necesariamente aceptable ni legal ni socialmente...?

—Estoy queriendo decir lo que estoy queriendo decir —respondió sin perder la precaución—. Aunque por mi acento no lo parezca, porque he hecho el esfuerzo de adaptarme a la madre patria, soy medio cubano y tal vez mi aproximación a lo sustancial sea distinta a la de ustedes, por mucha sangre ancestral que compartamos.

Hablaba como si se sintiera espiado o como si quisiera calibrar nuestra moralidad y elegía con tanto cuidado las palabras que hasta él mismo parecía perder el hilo de su discurso. Más que medio cubano, parecía medio gallego, si nos atenemos al lugar común o prejuicio con que los gallegos son descritos. Finalmente, consiguió comunicarnos, casi en clave, en qué consistía el método y cuánto nos costaría. Después de debatirla abriendo una botella de buen rioja, aceptamos su propuesta, aferrándonos irracionalmente a la confianza que nos daba compartir tan peculiar apellido con él y también empujados por la desesperación y la necesidad de producir algún cambio radical y urgente en nuestro negocio ante su previsible fracaso. Aceptando su oferta le agradecíamos, además, que nos hubiera ayudado a completar la rama del árbol genealógico que tanto habíamos deseado conocer.

Oímos el funcionamiento de una cisterna. El hombre, al otro lado, carraspeó y pidió perdón, se excusó diciendo que estaba cocinando y pasó de hablar en susurros a emplear un asombroso tono campanudo; cambió de voz como si se diera cuenta de que ahora, una vez aceptadas sus premisas ilegales, estaba en el papel de mero vendedor, y no en el de delincuente.

Fue curioso escucharle hablar del producto que acababa de vendernos como si lo estuviera haciendo de cualquier otra cosa, de colonia, de pan de molde o de coches de lujo, y sorprendente la transformación de su voz, de pronto grave y acariciadora, de esas profundas, viriles, que te ponen la carne de gallina. Hasta la mercancía menos atractiva podía ser presentada como

perfume de lavanda con aquel instrumento musical. Quedamos en pasar a media tarde por la dirección del distrito de Hortaleza que nos proporcionó. Nuestro propio distrito. Otra feliz coincidencia, pensamos.

## 2

### INVASIÓN

Rodeada de edificios de cristal o metacrilato, que parecían hechos de hielo, la vivienda número 13 de la plaza —13, sí, ¡ya es casualidad!— en la que nuestro contacto decía vivir nos sorprendió mucho. No cuadraba con la idea que nos habíamos hecho de él. Era una vieja casona grande y estrafalaria, oscura o sucia, casi mineral, que había sobrevivido milagrosamente a la conversión del barrio en tejido urbano. Se trataba de una reliquia inesperada, la última reminiscencia de un pueblo transformado en urbe a golpe de chapuza o corrupción, cuando no ambas, y así estaba enclavada en un barrio mostrenco de callejuelas y avenidas irregulares, con edificios cada uno de su padre político y de su madre constructora. Tuvimos desde el principio la impresión de que el hedor a especias picantes que se respiraba en la plaza provenía de aquella casona sombría y enorme, y lo confirmamos cuando nos situamos frente a la desvencijada cancela de un metro de altura que rechinaba como un llanto suave de gatito. Casa Dumont, decía el letrero, de hierro forjado, negro, sobre la puerta maciza.

—Impresionante —dijo Paula con cierto deje irónico—. Hemos vivido al lado de un palacio de nuestra familia sin saberlo.

Las plantas trepadoras y tripudas, gruesas y abiertas como estómagos sajados, rodeaban las paredes de piedra como si colaboraran con su fealdad en la defensa de una construcción irredenta. Las ventanas tenían barrotes también negros, pero la pintura se había desprendido en muchos tramos y dejaba ver la herrumbre amarillenta del metal. Estuvimos a punto de regresar por donde habíamos venido, repelidos por el olor y el aspecto desastrado de la vivienda, pero le debíamos nuestra presencia a aquel hombre apellidado

como nosotros que nos había desvelado a cambio de una minucia el origen de un ancestro en el que tantas cualidades e ilusiones depositábamos.

El rostro de una mujer joven, atractiva, rubia, pero también morena, como si su cabello cambiara de color, apareció en una de las ventanas. Nos contemplaba sin moverse, como una estatua. El tiempo parecía detenido, pero entonces desapareció, como si hubiera sido un espejismo.

—Vamos —dijo Paula, sacándome del pasmo.

La cancela se abrió y cerró violentamente al paso de nuestros cuerpos. Plas, un lamento de gatito, y plas, otro. Llamamos a la puerta golpeándola con la aldaba —una D gigante, de trazo gótico—, y aguardamos en vano a que la joven o alguien nos abriera. A nuestro alrededor, en los edificios imponentes pero fríos, se subían persianas y corrían cortinas y los oficinistas y vecinos aparecían en las ventanas para contemplarnos con curiosidad o recelo; sus caras eran globos blancos, a veces amarillos —producto, sin duda, del tono que toma la piel cuando se trabaja demasiado bajo la luz titilante de los dañinos halógenos—, globos que de pronto se pinchaban para inflarse y brotar dos cristales más allá.

No habíamos reparado en la figura encogida que se afanaba con una azada muy cerca de nosotros. El hombre arrancaba cebollinos y los apilaba en una cesta de mimbre cochambrosa, confundándose con la misma tierra, hasta que se incorporó y dimos un respingo.

—¿De qué se asustan? —dijo—. ¿Qué quieren?

Reconocimos el tono susurrante con la primera pregunta, y el tono radiofónico, de vendedor curtido y viril, con la segunda, esas dos voces dispares que tanto nos habían impresionado por teléfono, pero esta vez ambas nos sonaron abruptas, casi violentas, tal vez porque aquella presencia tan desaseada —pantalones beis anchos y largos, pantuflas de cuadros embarradas, camisa rosácea abierta con la barriga lampiña al aire— se compaginaba mal con el tipo de persona que nos habíamos figurado, menos rústica, más moderna y urbana.

—Somos nosotros... —dijimos—. Paula Casado Dumont y Julián Ojea Dumont.

—¿Quiénes?

—Los Dumont.

El hombre dejó caer la azada y, después de abrir la puerta, nos pidió que

entráramos en la vivienda con una reverencia que no supimos si era seria o cómica.

—Por supuesto, dejen el dinero en la entrada. Roberto Dumont, para servirlos. Es una alegría conocerlos.

Allí dentro no se veía nada, solo bultos que, suponíamos, eran los muebles desperdigados sin ton ni son, que ocupaban el espacio con un desorden absoluto, y que en sombra semejaban perros o lobos al acecho. Es más, sentíamos en las pantorrillas y los muslos un cosquilleo como si nos amenazara un mordisco. Se adivinaban los movimientos del hombre en la negrura como se perciben los de un animal del que se desconoce si es amistoso u hostil. Depositamos a ciegas los euros convenidos en el aparador junto a la puerta, de superficie resinosa, y recibimos un recipiente de cristal dentro de una bolsa de plástico arrugada y cerrada con un apretado nudo marinero.

—Úsenlo con pericia y obtendrán clientes para varios meses... —dijo la voz grave en la oscuridad—. Garantizado... Y, sobre todo, discreción.

En el umbral de la puerta, cuando esta se abrió para dejar pasar el aire y la luz, sentimos que nos librábamos de un ambiente sofocante, casi angustioso. Y pudimos apreciar un rostro grande y fiero, de ojos tan brillantes como los de un príncipe nórdico quemado por el sol. Era un hombre guapo nuestro vendedor, un verdadero Dumont, nos dijimos más tarde quizá para despejar nuestra desconfianza, de piel caoba y ojos claros y cuya presencia transmitía una rara seguridad, una energía entre invasora y atractiva. Lástima de pelo apelmazado y seco, pena de nido de cuervos sobre la frente; más limpio y mejor peinado, aquel tipo no habría tenido ese aire estrambótico similar al de tantos locos a los que nosotros trasladábamos por la fuerza en la ambulancia.

Se despidió con un gesto de extrañeza.

—¿Acaso no quieren tomar algo?

—No, gracias.

—La próxima vez, entonces.

No habrá próxima vez, nos dijimos.

Aunque nos encontrábamos cerca de casa y podíamos ir caminando, tomamos el metro, pues la tensión nos había agotado y el viento era cada vez más antipático, casi violento.

Estábamos en uno de esos vagones abiertos que convierten los convoyes

en un larguísimo pasillo móvil. Nos rascábamos la cabeza con aprensión. Lo hacíamos vueltos hacia el cristal para que nadie reparara en nuestros movimientos, pero muchos viajeros nos miraban. Treinta segundos en aquella cochambre de Casa Dumont podían ser suficientes para contraer cualquier enfermedad infecciosa, pensábamos, y esta preocupación acrecentaba nuestro rascado, por más que intentáramos reprimirlo. La atmósfera de la vivienda había impregnado nuestro cuerpo, hasta la última célula, y el picor era tan insoportable como la curiosidad que despertábamos entre los demás viajeros allí sentados.

Bajamos en nuestra parada y llegamos a casa, dejando atrás una niebla muy espesa que ni siquiera el viento lograba mover.

Nos duchamos.

El tarro de cristal, dentro de la bolsa de plástico de El Corte Inglés, transmitía la impresión de leve temblor cuando lo depositamos sobre la mesa de la cocina. El señor Dumont nos había dicho que lo aconsejable era deshacerse cuanto antes de tan incómoda mercancía. Tendríamos que tocar con ella a niños que serían vigilados por algún adulto, profesor o padre, y que nos obligaría a una actuación convincente para no despertar sospechas.

—Vaya lío —nos dijimos.

Sacamos la mercancía de la bolsa como se extrae un explosivo de su caja. Un mugriento y deshilachado trapo envolvía a su vez el tarro de cristal. Cuando la desdoblamos, la goma elástica que presionaba el recipiente salió disparada igual que un saltamontes, sobresaltándonos, y el trapo cayó al suelo, adhiriéndose a él como una ventosa. Manteníamos el tarro en alto, retirando el rostro con una mezcla de repugnancia y prudencia, pero intentando descifrar qué bullía en su interior.

—No sé si ha sido buena idea... —dijo Paula.

Apenas podíamos ver a través del cristal. Estaba manchado por su cara interior con una película de moho, aunque se intuía movimiento en la pelambarrera enmarañada y negrísima. Había allí dentro una palpitación excesiva, eso era evidente, pero nos parecía más una ilusión producto de los nervios que una constatación.

—En realidad, lo más fácil sería usar a nuestro hijo como difusor de la mercancía —dije yo.

—Pero eso no lo vamos a hacer —repuso Paula.

—No, claro.

—Solo imaginármelo me resulta insoportable...

—A mí también.

Recuperamos, entonces, la lucidez, y nos dijimos que debíamos devolver el bote a quien nos lo había vendido, porque el plan era moralmente inaceptable, casi criminal, amén de muy complicado de llevar a cabo. Lo que no deseábamos para nuestro propio hijo no podíamos quererlo para los demás.

Íbamos a meter el tarro de nuevo en la bolsa cuando sonó el teléfono fijo. Y como si respondiera a la señal de los timbrazos, de entre la pelambarrera del tarro emergió un bicho que golpeó el cristal tratando de romperlo y escapar o atacarnos. Perdimos contacto con el recipiente, que cayó con una lentitud que ahora sabemos ficticia —fruto del estupor extremo—, y al golpear el suelo se rompió en mil pedazos que semejaban otros tantos diamantes. Más de una docena de cucarachas se ocultaron, despavoridas, bajo los muebles de la cocina. Cuando solo la maraña de pelo seco y los falsos diamantes quedaron sobre las baldosas blancas, quisimos creer que aquello no había sucedido. Empezamos a lamentarnos y maldecir nuestra suerte mientras el vendedor telefónico nos preguntaba por la calidad de nuestro wifi.

—¡Oigan! —decía por el manos libres—. ¿Están ahí?

La pelambarrera negra permanecía a nuestros pies, quieta, vacía, señal de que también unas cucarachas negras —y hasta moradas— se habían llevado consigo todo el movimiento y ahora poblaban la cocina de nuestro hogar. Estuvimos un rato excesivo mirándonos con pura rabia. Nos habríamos golpeado el rostro —cada uno el suyo—, con la palma de la mano abierta, si eso hubiera hecho posible volver atrás en el tiempo, pero sabíamos que solo era un impulso producido por la frustración.

Buscamos el insecticida, desordenando cajones y armarios. Cuando por fin hallamos el espray en lo alto de una alacena, en un cuenco de aluminio con trapos para limpiar, rociamos la cocina tirándonos al suelo, moviendo los electrodomésticos, provocando su tambaleo y la caída de los huevos de la nevera: uno de ellos se rompió manchando los melocotones. Mientras limpiábamos la piel de la fruta con el agua del grifo, el vendedor, erre que erre, continuaba con su retahíla de argumentos a favor de su fibra óptica.

—¡Nuestro ADSL funciona fatal, sí! —le gritamos—, ¡pero ahora



tenemos otros problemas!

Y colgamos.

Abrimos la ventana para ventilar la cocina porque corríamos el riesgo de intoxicarnos con tanto veneno en el aire, pero la niebla persistía y aquel patio de luces era tan exiguo que no ayudó en mucho a la ventilación. La poca luz que daba equivalía a su poco aire y contribuía a la condensación de la ponzoña. Teníamos ganas de regresar a la casa del señor Dumont para ajustarle las cuentas. Ahora sus palabras asegurando que volveríamos a vernos cobraban un sesgo belicoso. Eran, a la vista de lo sucedido, no un capricho, ni siquiera una broma con mala uva, sino una declaración de guerra, el aviso irónico, sarcástico, de un estafador que solo deseaba nuestro mal. ¿Cómo podíamos haber confiado en alguien que vivía en semejantes condiciones de insalubridad, con todas las trazas de necesitar un ingreso en un centro psiquiátrico? En vez de fiarnos del instinto profesional, de la aversión instantánea que nos causó su aspecto y su hogar, nos fiamos de su rostro agradable y del deseo de encontrar a un salvador para nuestro negocio. ¿Cómo podíamos ser tan obtusos de haber confiado en él solo por compartir ancestros, ignorando las señales de un trastorno mental inflamable?

Los bichos habían desaparecido, como si hubieran encontrado un refugio para salvarse del insecticida y atacar más adelante. Esperarían a la noche para salir y... Dios santo, qué situación.

Otro telefonazo nos dejó tan asombrados que casi lo agradecemos. Supuso un descanso en la pesadilla.

Al descolgar, sin embargo, distinguimos con claridad el timbre de voz grave, el de nuestro primo lejanísimo, como él mismo se anunció con socarronería.

—Perdóneme, chica —nos dijo, esta vez sí, con un remoto acento cubano—. Creo que ha habido un error... Les he dado el bote equivocado... No lo abran...

—Tarde para eso...

—Son cucarachas americanas, las más resistentes, pueden vivir sin comida hasta tres meses, y sin oxígeno cuarenta y cinco minutos... Si dejan escapar una sola de las quince, tienen un problema. Tráigamelas.

Apenas podíamos hablar de la rabia que sentíamos, pero aun así logramos expresarnos con claridad tras un silencio largo en el que no nos salían las

palabras. Él se mantuvo expectante. Voceamos que lo que queríamos no era solo una devolución de nuestro dinero, sino una compensación económica seria, una indemnización elocuente. Le dijimos que él debía hacerse cargo de los gastos para la erradicación de la plaga. Esperamos su asentimiento en vano, porque el tipo no dijo nada.

Respiraba con estrépito, como si estuviera enfurecido o tuviera un ataque de asma, o como si pretendiera burlarse.

—¿Oiga? —logramos decir.

Solo escuchábamos su aliento, más de animal que de hombre. Esperábamos sus palabras con desánimo, porque demostraba calma, una mentalidad calculadora. Estábamos impacientes por saber si su voz sería campanuda o susurrante, si nos encontraríamos ante el hombre de negocios o ante el patibulario.

—No les debo nada —dijo.

—Tenemos un buen abogado —mentimos—, no descansaremos hasta que repare lo que nos ha hecho.

Volvió a guardar silencio, como si nuestro comentario le hubiera golpeado donde más le dolía.

El tipo debía de estar rumiando una reacción conciliadora, tal vez una exculpación convincente, quizá un precio para hacerse perdonar. Nada de eso. Nos sorprendió su risotada franca.

—¿Y quieren que sus vecinos sepan que han intentado llenar de piojos el barrio para que luego acudan a su ruinoso negocio a quitárselos? Díganse al abogado... Sería como pegarse un tiro en el pie, o en el estómago.

Y puso su tono más grave, de tenor, para recomendarnos «una buena empresa fumigadora con armas nucleares». Se bastaba a sí mismo para interpretar los dos papeles arquetípicos de los mejores abusones, el de policía buen hombre y el de policía pependenciero.

—Y, entretanto, mantengan todo muy limpio, nada de migas de pan en la cocina ni de trocitos de chocolate... —añadió—. No faciliten la alimentación a esos enemigos...

No dijimos nada.

—También pueden aprovechar la tesitura y hacerme la competencia... —continuó con insultante buen humor—. Esos bichos se venden muy bien en el mercado negro. Muchas empresas de fumigación las compran con

intenciones idénticas a las suyas... Los Dumont podemos ser problemáticos, pero no hemos inventado la corrupción, muchachos.

Y colgó como si la conversación no necesitara de una despedida.

Nosotros nos desmoronamos en el sofá.

Aquel día fue tal nuestro disgusto que ni siquiera pudimos hacer el amor.

# 3

## VIDA

Menos mal que bastaba con mirarnos para saber que la derrota no era un camino aceptable para nosotros. De nuestra unión surgía la furia para buscar y encontrar la salida del laberinto en el que nos habíamos metido por miopía o, quizá, hipermetropía. En los momentos críticos, como aquel, nos daba por hablar y elaborar teorías sobre cómo habíamos llegado a tal situación crítica, teorías muchas veces absurdas, descabelladas pero analgésicas, que nos ayudaban a convivir con el miedo y a veces eludirlo para buscar la salida. Tal vez las películas de Hollywood, con toda su acción disparatada, provocaban en nosotros, como espectadores de televisión involuntariamente expuestos a ellas, una búsqueda de problemas, de experiencias que fueran más allá de la lucha para pagar las facturas domésticas...

Los conflictos son necesarios para vivir sin aburrimiento y, si no existen, el ciudadano medio tiende a inventárselos a imagen y semejanza de los problemas de las ficciones que presencia en la televisión. Nosotros éramos ciudadanos medios, *vulgaris*, con una expectativa de supervivencia vinculada al día a día laboral, sin rentas ni predios, razonable pero ajustada a un presupuesto rígido, que nos agobiaba en ocasiones. Se nos ocurrió fundar un negocio para mejorar nuestra vida y entrar en un pelicularo conflicto que no necesitábamos y que se agravaba con el tiempo.

No éramos mejores que nuestros vecinos, sino igual de dóciles y atontados.

¿Y si hacíamos las maletas y desaparecíamos con nuestro hijo en dirección a Buenos Aires o Berlín, dos capitales que siempre habíamos querido conocer? ¿Y si emulábamos a nuestro ancestro francés, que un día

dejó los Pirineos occitanos para perderse en las exóticas Alpujarras, una aventura de la que éramos el lejanísimo resultado? Tal vez él también había fundado un negocio que fracasó y del que quiso huir —ungüentos y objetos mágicos de hojalata, nos había dicho el señor Dumont—, dejando atrás malas deudas y malas pulgas. Nos vino a la memoria un programa de televisión de los años noventa sobre personas desaparecidas, *Quién sabe dónde*. Algunos individuos localizados por el equipo de investigadores del programa declinaban no solo reencontrarse con los familiares que los buscaban y reclamaban, sino dar pistas de su paradero. Habían optado por despojarse de su sello familiar, dejar de ser reconocibles por la identidad que heredaron y desaparecer para bautizarse con un nombre, incluso con un rostro, de elección propia. Soñamos un rato, en clave lúdica, con hacer lo mismo, pero en realidad nuestro exilio radical, nuestro cambio y desaparición ya los habíamos hecho. Comenzó el día en que decidimos dejar de ser lo que otros creían que éramos, o lo que querían que fuésemos, para vivirlo todo juntos, con radical cercanía, como un solo individuo o una sola persona, aunque la partida de nacimiento o el DNI dijera que éramos dos. No fue una decisión difícil: nuestras personalidades eran la misma, un idéntico y lejano grupo de genes había llegado invicto hasta nosotros a través de generaciones en una destilación laberíntica, inesperada y milagrosa, tomando de nuevo vida en dos cuerpos muy distintos —uno de hombre y otro de mujer—, que, sin embargo, rápidamente se reconocieron y se sintieron imantados. Formaba parte de nuestra identidad ir contra cualquier corriente, comportarnos como un matrimonio genuino, serlo, luchando contra la opinión convencional y acaso natural de nuestros vecinos, amigos y familiares. Formaba parte de nuestra vida íntima disfrazarnos y jugar al sexo divertido. Aquella tarde nos trasladamos a la parte trasera del local. Fuera del alcance visual del visitante improbable, Batman y Robin fueron acercándose con insinuaciones más o menos lúbricas, muy intencionadas. Robin, al agacharse para recuperar su puñal del suelo, rozó con las manos partes muy sensibles de la anatomía de Batman. El juego se hizo más excitante porque los dedos de Batman también se afanaron en adentrarse por vericuetos peligrosos. Abrí la blusa de Batman y sus pechos se ofrecieron a mis labios como dos limones tiernos y dulces, y su cabello se expandió al desprenderse de la máscara que sostenía el moño. Era su carne un manjar para mis dientes, y durante uno de mis mordiscos ella me arañó la espalda, arrojándose luego sobre el colchón del suelo con una

mirada salvaje y codiciosa. Nos apretamos hasta no distinguir bien dónde estaba el deseo y dónde la voluntad, como si el pensamiento se volviera pura ceguera sensorial. Humedad y fuego, eso era ella, sangre y amor, esto era yo. En realidad, ambos lo éramos todo. Al cabo, entré en Paula, ya no más Batman, sin quitarme el antifaz de Robin, y su sexo me atrapó como un brasero que me succionara. Y el mundo desapareció durante minutos llenos de fuego, de carne, de sangre y de sudor.

«La vida es enfrentarse a los problemas, no estar a verlas venir», decía un argentino por el hilo radiofónico del negocio mientras recuperábamos nuestras prendas íntimas y disfraces desperdigados. Por eso nos desesperaba permanecer en el local, tan vacío, tan inmóvil, tan cárcel, sin poder hacer frente a nadie ni a nada. La vida lo era todo, qué bobada, desde actuar hasta quedarse en la cama, desde hacer el amor con lujuria hasta enclaustrarse y morir virgen, desde triunfar hasta resultar perfectamente desechable y derrotado. Todo cabía en la vida. La luna y el sol cabían en ella. Nuestro fracaso y nuestro éxito, también.

# 4

## LIBERTO

Nosotros habíamos dado la vuelta completa al círculo de la depresión antes de conocernos, y quedaba su poso, o sea, que entrábamos en estados de decaimiento íntimo, muy de vez en cuando y juntos; aún nos ocurre. Pero precisamente porque conocíamos bien nuestras depresiones casi formaban parte de nuestra personalidad profunda y sobrepasábamos ese umbral del dolor que asuela a la mayoría de depresivos para llegar a una especie de ataraxia en la que todo nos resbalaba con una pasividad muy cercana a la lucidez zen, por así decir, bien es verdad que reforzada por la química que nos recetaba nuestro médico de cabecera en las épocas malas, cuando nos sentíamos más agredidos por el entorno que no nos comprendía y que nosotros, huelga decir, no comprendíamos. Nuestro hijo, sin pastillas ni depresión, tampoco tenía el don de tomarse los contratiempos con alegría. Él también parecía desear en ocasiones desintegrarse, reinventarse en algún lugar remoto de Rusia o Irán, sus países favoritos. Estaba harto de ser nuestro hijo —nos decía—, y por eso se pasaba el tiempo visitando páginas de turismo en internet y se trasladaba con el corazón y la fantasía donde no le llevaban ni los pies ni las certezas.

En un programa de radio sobre asuntos policíacos, un sargento de la Guardia Civil aseguró que muchos crímenes dentro de la pareja son producto de una paradoja: aquellos tipos que no se atreven a decirle a su mujer que han perdido una cantidad grande de dinero en el casino o que han contraído una enfermedad venérea con una prostituta, son capaces de asesinarla precisamente para eludir un acto de confesión y contrición que sería infinitamente menos traumático. La temeridad —venía a teorizar aquel

sargento— sería hija de la cobardía y no de la valentía. Irse a la Argentina o a Alemania de incógnito, desaparecer, borrarse por un hatajo de bichos que podían ser erradicados con un insecticida potente, qué estupidez... ¿Acaso éramos tan poca cosa como para dejarnos llevar por la cobardía sin presentar batalla? ¿Acaso no teníamos por costumbre asumir los contratiempos con naturalidad y pelear contra ellos? ¿Es que no éramos el matrimonio Dumont con sus seis letras formidables?

Sí, lo éramos, pero la idea de regresar a una casa invadida por cucarachas americanas, sabiendo que estaban en ella reproduciéndose, nos colmaba de horror.

Ni siquiera la irrupción en el local de un cliente, el primero en mucho tiempo, mejoró nuestro ánimo. Los tubos de latón de la puerta entrechocaron con música alegre, de río o de manantial. El tipo se paseó por el local arrastrando sus zapatos como para producir un ritmo peculiar. Casi parecía retarnos a bailotear claqué suave, imperceptiblemente, un paso aquí, dos allá. Había una especie de frotación armónica en su deambular. Miró hacia arriba y hacia abajo con curiosidad de perito, parándose en el centro mismo de la estancia, donde la luz solar era más clara, carraspeó como si esperara una reacción que no le dimos. Finalmente, luego de dos nuevos pasos de claqué y una media vuelta, nos preguntó por unos masajes para su deteriorada espalda.

—¿De dónde saca usted que aquí se dan masajes?

—El Masajista.

—El Matapiojos. Lea bien el letrero.

Había en sus ojos incredulidad, incluso ira, como si nos culpara de su error.

—¿Y no será por eso que su negocio está vacío? —dijo, finalmente—. Parece lo que no es.

Se fue.

Otra derrota. Cada vez que se nos rompía la expectativa de hacernos con un cliente, uno solo, sufríamos una caída, y era más costoso levantarse, reprimir el inviable afán de rendirnos.

Se había hecho de noche. Recogimos sin prisa lo poco que había que recoger, barrimos el suelo limpio —nos habíamos comprometido a cumplir ciertos ritos de orden pasara lo que pasara para no colaborar en la llegada del fracaso—, cerramos la puerta del local con las dos llaves, la de arriba y la de



abajo, como si realmente pudiéramos temer un robo de dinero, bajamos la persiana con precaución, casi sin ruido, para no molestar a los vecinos, y por primera vez nos fuimos caminando hacia casa sin hablar, reconcentrados, porque teníamos que meditar sobre qué pasos dar con nuestro hijo, si contarle la invasión de las cucarachas u ocultársela. El chico no soportaba esos insectos. Con apenas once años había sacado *La metamorfosis* de Franz Kafka de la biblioteca del barrio y le había impresionado muchísimo, demasiado. El impacto de su lectura fue demoledor, su repelús se convirtió en fobia, tanto que sufría pesadillas recurrentes desde entonces, y si veía una cucaracha, aunque fuera en televisión, enfermaba, se ponía boca arriba, elevaba las piernas y los brazos y decía que temía convertirse en un adefesio y ser rechazado por la sociedad.

Poco antes de abrir el portal nos dijimos:

—Se la ocultaremos.

Aunque su madurez intelectual fuera asombrosa, la emocional se correspondía con la de un chaval de catorce años, casi un niño, cuyos hombros no estaban preparados para cargar con semejante peso.

—Y una cosa es la capacidad para resolver problemas matemáticos, lógicos o semánticos —dijo Paula—, y otra, la madurez y la experiencia para asumir determinada información que podría agudizar su fobia.

Al entrar en casa, sin embargo, nos temimos que nuestro hijo hubiera descubierto el problema, porque estaba demasiado pálido y silencioso para sus costumbres estrepitosas. Le gustaba poner Miles Davis a un volumen del que milagrosamente nadie se quejaba en el edificio, y aquel día solo se oía el tráfico y las voces de la calle.

—Hola, hijo —le saludamos—. ¿Pasa algo?

—Hola, mamá.

Estaba abstraído en la construcción de una enorme efigie de Charlot realizada con fichas de Lego, una afición en la que se sumergía cuando no estaba leyendo o le quitábamos la Nintendo.

—¿Y a tu padre no le dices nada?

—Él no me ha saludado...

—Hola, Liberto.

—Hola, papá.

—¿Algo que quieras contarnos?

De un manotazo derribó su construcción.

—¿Por qué haces eso, hijo?

—Me aburro en el instituto mortalmente. Todos son mediocres, todos. Estoy a años luz de sus mentes pequeñas, estoy a un nivel estratosférico, inalcanzable para todos esos endriagos mentales con cerebro de guiso de pueblo, con mucho pan y poca carne.

—¿Qué sabrás tú de los guisos de pueblo!

—Veo el canal de cocina con la abuela cuando no estáis.

—Tú no eres más que nadie, hijo, te equivocas. Aprende a valorar a los demás. Todo el mundo tiene sus virtudes y sus defectos.

—Hay personas que solo tienen defectos.

—Todo el mundo vale para algo.

—Todo el mundo no es Picasso, todo el mundo no es Messi, todo el mundo no es Stalin... Este es el gran problema de hoy día, que todo el mundo se cree alguien.

—Stalin era un tirano, Liberto.

—Bueno, vale, dejadme leer ahora un rato, ¿vale?

—Estaba muy bien tu Charlot, ¿por qué lo has roto?

—No era Charlot, era el Che Guevara.

—Ah.

—¿Me dejáis, por favor?

—¿Qué libro vas a leer?

—El Corán.

—Como quieras.

Todo estaba en su sitio, entonces; el chaval seguía con su adentramiento problemático en la adolescencia, que le hacía retornos y mostrarse altanero, como si tratara de encontrar un disfraz más o menos escandaloso para su personalidad aún tierna. Fuimos a la cocina para preparar la cena, aliviados, porque Liberto no sabía nada de la invasión. Pero estábamos nerviosos. Nos tomamos un ansiolítico y conseguimos la calma que necesitábamos. Al cabo de un rato, Liberto vino a ayudarnos con la tarea. Batió los huevos mientras nosotros hacíamos la ensalada y triturábamos los ajetes. Paula y yo nos hicimos un corte menor, insignificante, en el dedo índice de la mano

izquierda.

—Lo habéis hecho aposta —dijo Liberto.

—Ha sucedido a la vez, te lo prometemos.

—¡Ja!

Pero estuvo colaborador y amable, pues su bondad esencial se hacía patente mediante hechos, y no con palabrería; esta la guardaba para sus arrebatos domésticos de agresividad verbal.

—¿Cuándo nos vas a preparar un guiso de pueblo?

—Menos bromas —respondió muy serio mientras cortaba el pan—. No me gustan los guisos de pueblo... Cocinar es un infierno... La gente hace lo que ve por la tele. Borregos.

Sabíamos, y esto nos consolaba, que su pedantería más molesta quedaba dentro del hogar, y no llegaba a su clase, donde no era desde luego un chaval popular, pero tampoco odioso, y donde se mostraba amable con todo el mundo, según el profesorado. Era esquinado, pero no conflictivo, un chico muy despierto, tal vez demasiado, pero con una vivencia vicaria de las emociones, muy pendiente de las de los demás. Nunca se ponía en el centro de nada, como era natural en la mayoría de chavales, sino que adoptaba una pose lateral, de testigo curioso, casi científico. Su mayor divertimento consistía en contemplar la acción de los otros, amigos o desconocidos, familiares o extraños, como si no fuera más que pupilas y oídos. Ya desde muy pequeño se bajaba del columpio y se quedaba absorto contemplando cómo el niño de al lado se balanceaba. No subía al tobogán, no se entretenía en la arena con las palas y los cubos, no hacía otra cosa que situarse al lado de quienes jugaban y mirar sin apenas un parpadeo. Y el chico no tenía ningún trastorno, no era el suyo un caso de autismo ni de asperger ni nada parecido, según nos confirmó la psicóloga infantil. Era peculiar, sin más, o sencillamente, un chaval con «capacidades innatas».

—Tampoco ustedes parecen una pareja muy normal, así que no sé de qué se extrañan —añadió la psicóloga con una sonrisa amable.

—¿De tal palo, tal astilla?

—De padres cantores, hijos jilgueros.

Sin embargo, considerábamos mal síntoma que la autoestima de Liberto dependiera solo de sus facultades naturales. Para nosotros, la verdadera inteligencia iba mucho más allá de la capacidad verbal o matemática.

Radicaba, más bien, en el sometimiento de la realidad a un análisis fino y creativo, carente de prejuicios y hábil para abstraerse de la discreta pero fortísima presión social. Mucho nos temíamos que saberse tan brillante, siendo tan joven, fuera una coartada para no bregarse en una tarea digna que lo hiciera progresar como ser humano en la buena dirección. La psicóloga nos había aconsejado que lo lleváramos a un club de chicos listos como él, en nuestro mismo distrito, pero nos negamos. Lo último que deseábamos era que entrara en contacto regularmente con individuos con parecida forma de moverse, o de no moverse, por el mundo. Allí solo aprendería a ser mejor jugador de ajedrez y a despotricar de la humanidad sobre tableros de rol. Y nosotros, en la medida de nuestras posibilidades, no colaboraríamos en que se convirtiera en un friki.

# 5

## PELIGRO

Marcamos el número de teléfono del señor Dumont, pero no descolgó.

Le anunciamos con un mensaje en el contestador que estábamos rondando su casa y dispuestos a pasarnos por ella enseguida, porque si la capacidad de reproducción de las cucarachas era tan prodigiosa como nos había explicado, merecíamos negociar un arreglo económico y sanitario urgente, amén de una indemnización reparadora.

En los edificios que rodeaban la vivienda pizarrosa, las persianas estaban bajadas, pero los cristales tintados del edificio de oficinas multiplicaban el brillo del sol. La plaza era un pantano de luz, costaba mantenerse en pie y con los ojos abiertos. Tanta claridad retumbaba en nuestros cerebros como si dentro tuviéramos una mariposa o, peor aún, una polilla atolondrada.

—Cuantos menos testigos de nuestra llegada, mejor —comentó Paula cubriéndose los ojos con la mano—, por lo que pueda pasar.

—¿Y qué puede pasar? —le pregunté retóricamente.

—Cualquier cosa —dijo, corroborando mi impresión.

Cada vez más aturdidos por el sol, como borrachos, atravesamos la cancela y nos apostamos frente a la puerta de Casa Dumont, tras comprobar que nadie se afanaba en el huerto.

—¿Hay alguien ahí? —Golpeamos la puerta con la aldaba.

Al cabo de un rato, una cortina se movió, o eso creímos percibir, en una de las ventanas, tras los barrotes amarillentos. El letrero, «Casa Dumont», parecía haber sufrido un deterioro demencial, estaba más oxidado e inclinado por uno de sus lados, a punto de descolgarse, con el clavo como una pequeña

loza quebradiza. Por nosotros habían pasado cuatro días, pero por aquella vivienda parecían haber sido cuatro lustros o cuatro siglos. Rodeamos la casa y tenía más profundidad de la que aparentaba. La valla irregular terminaba en un muro de ladrillo hasta el que se extendía la plantación de cebollinos, de remolachas, zanahorias y de repollo. Había un melocotonero tan torcido y siniestro como los barrotes de las ventanas. Sobre el muro se alineaban trozos de vidrio verde, de botellas de vino tinto, y cobrizo, de cerveza, dagas de cristal para disuadir a los ladrones o asaltantes improbables.

—Qué absurdo —dijo Paula—. El muro es infranqueable, pero la valla es tan baja y está tan deteriorada que cualquiera podría saltarla.

¿Y quién querría robar en aquella vivienda oxidada, en cualquier caso?

Tal vez nosotros, pues pretendíamos recuperar el dinero por las buenas o acudiendo al amparo de la amenaza judicial. No solo el dinero que le habíamos dado como pago por un producto fraudulento, sino también la indemnización que por ese error doloso merecíamos. Quizá había más acreedores con similar disposición y contra los que necesitaba defenderse y blindar su vivienda.

—¡Oiga! ¿Hay alguien?

Una risita proveniente de algún lugar que lo mismo podía ser la vivienda que una de las ventanas del edificio adyacente nos hizo sospechar y sentirnos burlados, y tuvimos que reprimir la ira.

No era momento para precipitarse. Estábamos allanando una parcela y cualquier escándalo nos perjudicaría.

Tratamos de esquivar los cebollinos y no pisarlos, pero era imposible en el terreno fangoso e irregular. Miramos por una ventana lateral. Algo se movió dentro de la vivienda, como la silueta de alguien, distinguimos un rostro agradable de mujer, de ojos muy abiertos.

—¡Vamos! —Paula tiró de mí.

Nos alejamos unos metros de la ventana, para observar con más calma.

Nada ocurrió.

—¡Señor Dumont! —gritamos.

Con unas cuantas zancadas rápidas y sigilosas regresamos a la fachada para volver a llamar a la puerta. Se cerró una persiana en el edificio más cercano, ruidosamente, y nos produjo tal susto que Paula tropezó y, al apoyarse en el pomo, la puerta se abrió. Caímos como fardos sobre una

alfombra áspera. Nos incorporamos en la oscuridad más densa, preparados para una pelea o para la huida.

—¡Oiga!

Después de tanta precaución, habíamos entrado en la vivienda como una pareja de borrachos.

En ese silencio tan espeso, podíamos oír nuestros corazones.

Los ojos se habituaron a la oscuridad y esta se transformó en una penumbra azulona: a nuestro alrededor, los botes acristalados lanzaban destellos, como si su contenido temblara. Tropezar y hacer caer cualquiera de ellos podía suponer la liberación de horripilantes, agresivas y voraces especies de mosquitos o reptiles. Se agitaban, vibraban. Debían de notar que no éramos el carcelero de siempre, sino un par de ingenuos capaces de rescatarlos del cautiverio con nuestra torpeza y se mostraban enardecidos ante tal expectativa. Pero también algo nos atraía del recinto, algo provocaba en nosotros el afán de permanecer allí, de estar dentro de esa oscuridad, un bienestar que nos hizo sospechar de alguna suerte de euforizante ambiental rociado expresamente para embriagarnos. Sacamos los teléfonos móviles y recorrimos con la luz de sus linternas los estantes de la enorme vivienda. Había muchos libros, encuadernados en piel y ordenados con primor en las estanterías rebosantes y, al fondo, un terrario con serpientes que se movían lentamente. No nos salía la voz de la garganta, pese a que el cuerpo nos pedía gritar. En aquel lugar no era conveniente permanecer por mucho tiempo. Tuvimos la impresión de que un animal asomaba al fondo con actitud hostil. Y escapamos de la casa. La claridad de la plaza nos mareó. Cuando nos repusimos de la colisión con la luz, nos reímos muchísimo, casi atragantándonos. Jamás habíamos sentido un alivio semejante, ni siquiera en nuestras salidas de ambulancia más comprometidas.

Ante la perplejidad de unos macarrillas que nos contemplaban paralizados como estatuas, nos sacudimos la ropa. Nos seguían con la mirada desde el parque de niños de la plaza, ojos desconfiados, apoyados en sus bicis con mil dibujos estridentes. Comprendimos al punto que aquella vivienda ejercía sobre la comunidad una fascinación colmada de la misma zozobra que nosotros acabábamos de experimentar, y nuestra hilaridad provocaba admiración en aquellos chicos. Creían estar presenciando la alegría de dos valientes que se habían adentrado en territorio hostil con despreocupación.

Eran incapaces de comprender la verdad de nuestro miedo nervioso.

—¿De qué se ríen? —nos preguntó uno.

No supimos qué contestar.

El grupo se partió en dos para dejarnos libre el camino. Cruzamos adrede entre medias para afianzar su respeto.

Oímos un eructo a nuestras espaldas.

Algunos parroquianos salieron del bar principal de la plaza, justo enfrente de la vivienda, para contemplarnos. Cuando estuvimos fuera de su alcance visual, empezamos a correr con la convicción de que el señor Dumont era peor de lo que habíamos supuesto. El interior de su domicilio nos había demostrado un encanallamiento ambiental difícil de describir con palabras aquí y ahora. Desgraciadamente no sería la última vez que visitáramos su macilento, desportillado, siniestro, pero atractivo hogar.



## 6

### AMBULANCIA

Ahora nuestro piso está tranquilo, silencioso. Pero en aquel entonces temblaba como si un río viscoso recorriera sus muros, una sangre negra y espesa. Nos figurábamos las cucarachas convertidas en una suerte de petróleo que circulaba detrás de la cal, a través de los agujeros de los ladrillos, en un cuerpo del que se habían adueñado. Nos afanábamos en fregar como nunca, mezclando lejía o vinagre con detergente en el cubo repleto de espuma. Esparcíamos el fortísimo aroma por los rincones y la cocina se tornaba irrespirable, pero no hallábamos cadáveres de insectos. Tal era el recelo hacia nuestro propio hogar que cuando llegó el viernes y tuvimos que trasladarnos a la sede del servicio de urgencias psiquiátricas, dejamos a nuestro hijo en casa de sus abuelos, y no en la nuestra, como era costumbre. Podía toparse con algún bicho y quedar muy tocado por la experiencia sin que estuviéramos allí para auxiliarlo.

Nos despedimos de Liberto en el vestíbulo de sus abuelos y le pedimos que no se olvidara de sus obligaciones de estudiante.

—Los deberes son para otros, necios de hoy, borregos del futuro —dijo, sacando de su mochila el *Manifiesto del Partido Comunista*.

—Lo último que debes hacer es creer que una alta calificación en un test de inteligencia garantiza el éxito laboral...

—¿Aún no he comenzado la universidad y ya me estáis hablando del éxito laboral? El capitalismo hace estas cosas en el cerebro de los que se creen todo lo que sale en la televisión.

—Haz caso a tu madre, hijo, en la vida solo se triunfa con esfuerzo... —

terció la abuela—. Ella, a tu edad, también parecía muy inteligente y ahora conduce una estupenda ambulancia para locos y tiene un negocio muy glamuroso que se llama «El Matapiojos»...

Sabíamos que aquel comentario sería el primero de una larga serie de reproches irónicos, cuando no sarcásticos, así que nos fuimos.

Llegamos a la sede central para comenzar la guardia, en el extrarradio madrileño. Cumplimos la habitual rutina de ponernos el uniforme amarillo, con el que salir raudos con la *papa* si se nos necesitaba, y nos metimos en la cama a dormir, con la esperanza de que la noche fuera tranquila. El invierno es una estación propicia para plácidas jornadas laborales porque la locura mengua con el frío, encoge, o al menos se disimula y vuelve discreta. Cualquier comportamiento demente convive mejor con el calor y la luz, que promueven la adrenalina de los enfermos. Los compañeros de Urgencias respetaban nuestros hábitos mansos, así que mientras ellos jugaban con la Play Station en la habitación contigua sin meter demasiado ruido, nosotros conciliábamos el sueño pronto, con los antifaces sobre los ojos y los tapones en los oídos, no sin antes acariciarnos hasta el orgasmo con la mayor discreción posible.

Un código 1 nos despertó cuatro horas después. Activamos el código 2 y salimos con la *papa*. En la madrugada profunda suele haber poco tráfico. Los conductores son precavidos, van temerosos; los borrachos se guardan de llamar la atención con volantazos o velocidad. Saben que por doquier hay radares, controles, policía camuflada para disparar sus multas y mejorar la recaudación de la voraz Administración pública. Gracias a las sanciones económicas, en España ya se conduce con suma prudencia, pero no era así cuando nosotros éramos niños. Entonces, las normas estaban para saltárselas. Que se lo dijeran a mis padres, que fallecieron en un accidente de moto por no respetar el rojo de un semáforo situado en un cruce peligroso.

Nuestra ambulancia corría con fluidez entre los pocos vehículos que nos molestaban. Los coches parecían varados mientras los doblábamos por derecha e izquierda. Si mirábamos con detalle, podíamos distinguir a conductores quizá borrachos, volcados sobre el volante, frunciendo los ojos, acercándose al cristal delantero para hacerse más dueños de su desconcierto. En menos de media hora estábamos en aquel lúgubre pueblo serrano, cuya cercanía se anunciaba con un asfalto lleno de baches y blanqueado por la

nieve ligera. Gran parte de la sierra era un territorio hostil, muy agresivo con nosotros; a los lugareños no les había entrado la civilización capitalina en el cerebro, y menos en el corazón, y la rechazaban con el estómago. Miraban con ojos biliosos, torvos, a los visitantes de la capital —cuando si sus pueblos sobrevivían con razonable holgura era gracias a ella, puesto que en verano la capital se desaguaba hacia el frescor de la montaña regándola con dinero líquido del alto y bajo funcionariado capitalino—, y las denuncias a la Guardia Civil eran constantes por agresiones y peleas entre garrulos y visitantes veraniegos o de fin de semana. Las mejillas sonrosadas de los lugareños no eran señal de frío ni de buena salud, sino de mal vino, rasgo muy peligroso en unas gentes que recibían con desconfianza a los forasteros, y todos los capitalinos éramos forasteros para ellos, hasta los que acudíamos no como turistas, sino para ayudar en labores sanitarias. La mansión en la que vivía aquel paciente grandullón era formidable, la mejor casona del pueblo. Lo tutelaba desde su cumbre, como si allí naciera el promontorio de casas blancas que lo conformaban. Parecía un pueblo fantasma a esa hora, no había nadie en la calle invadida por la niebla, hasta que atravesamos un lugar repleto de marroquíes con su chilaba puesta, parados, quietos como estatuas cuando nos veían pasar.

—¡Qué sociables parecen! —comentó Paula con alegría—. ¡Con el frío que hace y en la calle a estas horas!

—Cero grados —dije yo.

—Tal cual —dijo ella.

Aparcamos la ambulancia frente al castillo, pues la vivienda de nuestro paciente parecía un castillo comparada su rotunda sillería con la pequeña y discreta blancura de las casas del pueblo.

Había dejado de nevar, pero el suelo estaba resbaladizo.

El paciente al que teníamos que ingresar presumía de sangre azul, de ser un hidalgo fetén, un noble. Su familia llevaba siglos en la comarca, enseñoreándose de los aldeanos brutos que le habían servido antaño de mano de obra dócil y barata en sus ya infértiles tierras. Nosotros le llamábamos «el Biznieto del Cid», en recuerdo de cómo se presentó a sí mismo el día en que le conocimos. En los momentos de mayor enajenación, si no le daba por la violencia, lograba desde su altura de pivote un aire distinguido, e interpretaba bien el papel de aristócrata que se dirigiera con altivez a la guillotina o a la

horca. Pero no era ninguna víctima, sino un loco xenófobo, obsesivo, peligroso y desagradable. Decía que el pueblo estaba invadido por forasteros, pero no los habituales que habían odiado los aldeanos desde que se inventó el veraneo, no los capitalinos perseguidos en los bares y discotecas por tipos de rostros chatos y mirada suspicaz, sino por forasteros del Magreb que no se dejaban intimidar fácilmente, que no se marchaban con el otoño ni con la crisis, y que además se ponían la chilaba cuando ya solo iluminaban las estrellas o la luna, y salían y entraban hormigueando en la mezquita que habían acondicionado en una abandonada nave industrial cercana al mismísimo ayuntamiento mientras sus mujeres trabajaban para ellos en las casas, haciendo comidas, cuidando niños, cosiendo pantalones o fregando suelos.

En la mansión de piedra, bajo el dintel con escudo de armas, nos esperaba el médico, la pareja de guardias civiles, hombre y mujer, y la madre del joven, en bata rosa muy elegante, pero ella desgredada y con la mirada extraviada, como si estuviera más loca que su propio hijo.

Era el panorama más indeseado. La madre había telefoneado pidiendo auxilio, pero ahora suplicaba con susurros aristocráticos que no le pasara nada a su *pequeñín*. Su *pequeñín* era un gigante vestido de caballero templario, señal de que no se había tomado la medicación en días e iba gritando por la casa con un cuchillo jamonero en ristre, blandiéndolo como si estuviera dispuesto a usarlo contra quien le molestara, según nos informaron los agentes de la Benemérita.

—¡Vais a morir! —voceaba.

Los guardias civiles habían soportado muchos insultos, intentos de agresión y burlas del paciente y, al vernos aparecer, se acercaron raudos y animosos. Llegaba el momento de su venganza.

El médico nos estrechó la mano, sudoroso y alegre como de costumbre.

—Se encerró hacia las ocho de la tarde —nos dijo— y no ha parado de fumar porros y gritar, amenazando desde la ventana con lanzar cuchillos y otros objetos contundentes... Tengan cuidado si intentan abrir la puerta. Dice que al que se acerque, le rebana el pescuezo...

—De acuerdo, vamos para allá.

—Lo dejo en sus manos... Yo me voy a ver el partido —se despidió el médico, guiñándonos el ojo.

—¿Qué partido?

—Siempre hay alguno en la tele.

Subimos por una escalera irregular y de piedra que terminaba en la puerta maciza, en cuyos bajos se dibujaba una línea de luz y se filtraba el olor del hachís. Tocamos con los nudillos en la puerta y Paula se expresó con voz maternal, pues nada como una mujer haciendo de madre para calmar un ánimo agresivo; el amor rompe muros y temperamentos, lo sabíamos tras años de experiencia con los locos. Se necesitaba una madre buena y un padre duro y exigente, versiones sanitarias del poli bueno y del poli malo. Se diría que el Biznieto del Cid estaba a la expectativa, calibrando la opción de abrir, buscando en su laberinto mental la senda para una salida estruendosa, histriónica como le gustaban a él; el tiempo nos diría si más o menos peligrosa, pero sabíamos que pacífica no sería. Él nunca se daba por vencido sin hacer antes un violento paripé teatral.

Pese al silencio, presentíamos su cuerpo al otro lado de la madera.

Abajo, en la calle, esperaba su madre, dándonos la espalda, pero como si pudiera vernos con su afilada nuca, tan asilvestrada y frondosa que parecía una flor carnívora capaz de morder o escupir. Más cerca estaban los guardias civiles, dos o tres peldaños por debajo de nosotros. En mitad de la escalera nos contemplaban atentos; las manos sobre las armas encintadas; el rubor de las mejillas, más de ira que de frío, y los ojos luminosos de pura impaciencia.

—Escucha, Alfonso —dijo Paula, con tono muy suave—. Has alterado el orden de manera gravísima, tienes aquí enfadados a dos guardias civiles muy sensatos, pero con una paciencia limitada. Ábrenos la puerta desarmado, somos tus amigos, los sanitarios del coco, y te prometemos una salida tranquila, como tú te mereces... Pero tienes que colaborar. Eres un hombre listo y sabes que no te has tomado la medicación... Deja, por favor, las armas fuera de tu alcance y ábrenos, cariño.

—¡No hables como si fueras mi madre, puta!

—Te estamos hablando con respeto.

—¡Bastante tengo ya con una!

—No nos lo pongas difícil o te arrepentirás, por favor, Alfonso.

No respondió.

Demasiado debió de durar el silencio porque los guardias civiles subieron más peldaños y se apostaron a nuestras espaldas, tan cerca que sus pechos,

más que tocarnos, nos empujaban por puro anhelo de acción. Para aligerar la espera y que se tranquilizaran, les comentamos que teníamos un tatarabuelo guardia civil apellidado Dumont, que si conocían algún Dumont en el Cuerpo.

—¿Un tatarabuelo?

—No, un *tatarabuelo*. Tres *tas*.

Nos miraron con extrañeza.

—No es tan raro... —les dijimos—. Se dan casos de tradiciones familiares, y de oficios que pasan de padres a hijos... ¿Por qué no iba a haber más guardias civiles con ese apellido?

—No parece un apellido español —dijo ella.

—Es francés... —le confirmamos—. Debió de meterse a guardia civil por la presión contra los franceses en aquella época... No hacía mucho había sido la guerra de la Independencia y el cuerpo acababa de fundarse.

—Ya.

Unos golpes en el interior de la casa cortaron la conversación.

El aliento de los guardias civiles, sobre todo el del varón, seguía empujándonos hacia delante, ruidoso y cada vez más intranquilo. La madre sospechó de tanta espera y tanta tensión. Subió unos cuantos escalones, se colocó detrás de los agentes y volvió a pedirnos que no hiciéramos daño a su pequeñín. Lo dijo en un susurro amable, con educación, respetuosa del largo y peculiar silencio, pero su presencia agitó aún más la respiración alerta de los guardias civiles, sus pechos anhelantes.

—Yo también tengo familia francesa...

—Nosotros en realidad solo tenemos un apellido francés —repusimos—, todos los demás son españoles...

Al cabo de mucho tiempo, lenta, misteriosamente, el portón fue abriéndose, pero el paciente no se mostraba y la luz del interior, más que iluminar, cegaba. Intentamos vislumbrar en vano, cubriéndonos los ojos con las manos. El tipo había colocado varias lámparas apuntando como cañones contra nuestras caras. Pudimos verlo sin relieve, como una silueta oscura y nerviosa entre tanta claridad. Por suerte, distinguimos a tiempo un movimiento sospechoso en su mano diestra, tuvimos la precaución de cerrar la puerta y, de milagro, no nos alcanzó el agua hirviendo que nos arrojó a los ojos.

—¡Vais a morir! —gritó.

Pero los guardias civiles llevaban demasiado tiempo recibiendo improperios y ataques con el cuchillo jamonero y otras armas caseras, y el cazo de agua hirviendo había roto su calma por completo, así que no permitieron que la puerta volviera a cerrarse del todo y con un empujón entraron en la casa lanzándose sobre el Biznieto del Cid para derribarlo con una llave de lucha libre o judo.

Gritó desde el suelo que se quemaba con el agua que él mismo había arrojado mientras los guardias civiles lo inmovilizaban agarrándole por debajo de las orejas. Se mezclaba en la túnica del paciente su propio sudor, copioso y penetrante, con el vapor del agua que subía desde su espalda cuando lo incorporaron los dos agentes de la Benemérita. Grande y sonrosado, solemne y sereno, se mostró de pronto el Biznieto del Cid al bajar la escalera hacia la calle, como si se sintiera observado por todos los habitantes del pueblo y quisiera demostrar la autoridad que tuvo su familia en la comarca. Pero nadie lo observaba salvo nosotros y su madre, que había perdido definitivamente la tenue elegancia con que nos recibió y, fuera de sí, con el moño desbaratado, dividido en varias serpientes con vida propia, provocaba e insultaba a los guardias civiles.

—¡Muertos de hambre! —decía—. No le llegáis ni a la suela del zapato... ¡Asalariados!

Su reacción alimentaba nuestra certeza de que las vivencias domésticas condicionan de manera sustancial el comportamiento de los hijos, lo cual no supone que todos terminemos siendo como nuestros padres, puesto que la personalidad a veces sabe rebelarse contra el destino aparente, pero sí que hay rasgos cruciales que son determinados por el mal o por el buen ejemplo de la crianza recibida. Y aquella madre furiosa, con su moño suelto, libre y golpeador, estaba demostrando que era, ciertamente, la madre de su hijo loco.

En un nuevo forcejeo los guardias civiles derribaron al Biznieto del Cid, esta vez en plena calle, sobre los adoquines duros, mientras nosotros apartábamos a la mujer con amabilidad pero contundencia. Caído en la acera, con la rodilla del guardia civil en el pecho y las luces nocturnas rebotando en su armadura de caballero templario, el paciente gritó que ya se había tomado la medicación, una hora antes de nuestra llegada, y pronto empezaría a hacerle efecto, que por favor lo dejaran relajarse y meterse en la cama.

—Relajarte te dejamos; regresar a casa, ni de coña —dijo el guardia civil—. Ahora toca la resaca de la fiesta.

Por la medicación o por la violencia de los agentes, el caso es que la electricidad de su cuerpo desapareció. Los guardias civiles siguieron un rato encima de él, las rodillas sobre su espalda combada y los brazos amordazados. A lo lejos, aparecían las chilabas sin rostro, como flotantes fantasmas llamados por el alboroto.

—Vuestas mercedes deben saber que vienen por mí —masculló él, con la mejilla derecha aplastada contra el adoquín.

Por fin pudimos meterlo en la *papa* y atarlo en la camilla. Los tipos oscuros, con los rostros en sombra por las capuchas, estaban cada vez más cerca, y el Biznieto del Cid empalideció.

—¡Vámonos, por favor! —gritó.

—¿Ya no hablas en romance?

—¡Ya, coño!

Nos despedimos de los guardias civiles con un apretón de manos. Y nos pusimos en marcha con precaución. No sabíamos si aquellos extraños estaban ahí para curiosear, para molestar o para pegarle una paliza al paciente, como él aseguraba. Cruzamos lentamente el pueblo pasando entre capuchas, bajo las que se adivinaban ojos que expresaban una curiosidad de dominio, como si quisieran demostrar que aquel era su territorio y estuvieran presentes para dar el visto bueno a la salida de la ambulancia. Constituían un ejército de chilabas. La medicación adormecía al paciente, por fortuna, o era el miedo, el caso es que cerraba los ojos y apenas se quejaba. Pero entramos en un terreno bacheado, de asfalto muy desigual, y despertó con paranoia.

—¿No lo entienden? —gritó—. ¡Pues yo se lo daré a entender! ¡Vienen por mí!

—¿Por qué?

—Por mi hidalguía. Pero yo no soy el Cid... ¡Díganselo vuestas mercedes!

—¿Lo eres o no lo eres?

—¡No lo soy!

Nos vimos rodeados de antorchas. Los tipos nos cercaban. Ya no parecían fantasmas etéreos, sino zombis guerreros, de carne y hueso. Tuvimos la



sensación de estar cometiendo una injusticia con nuestro paciente, como si todo un mundo que habíamos dado por absurdo fuera cierto y no producto de su perturbación mental. Las manos de palmas amarillentas, con surcos negros por el sudor, se pegaban en los cristales de la ambulancia como ventosas, los ojos brillantes atravesaban el vidrio tintado, como para romperlo, los golpes se notaban en la carrocería, las antorchas nos cegaban.

Nuestra enajenación duró poco. Eran linternas y no antorchas, unas linternas grandes, de coche, con las que los tipos apuntaban a los cristales de la *papa*. Su curiosidad no era agresiva, solo descarada y un tanto despectiva. De un volantazo nos encontramos en una calle ancha de firme sólido y regular, lo cual nos permitió acelerar y alcanzar pronto la autovía, la negrura salvadora de la meseta, y por fin aquel pueblo aborrecible fue quedando atrás, y también nuestro ataque de pánico.

—¡Es una lucha secular! —gritó el paciente.

Luego se durmió.

—Nos ha dicho tu madre que tienes sangre francesa... —le comentamos cuando volvió a abrir los ojos.

—Dumont —pareció murmurar.

—¿Cómo dices?

—Dumont, Dupont, Dufont...

—¿Dumont has dicho?

—Álvarez —dijo—. Álvarez...

Luego se calló y comenzó a roncar.

El viaje fue tranquilo hasta que, llegando al hospital, el tipo se quejó de que se le habían metido los moros en la cabeza, y se rascaba con saña, como si quisiera arrancarse el cuero cabelludo. Lo estábamos dejando con el personal sanitario que se encargaría de él, rellenando el informe, cuando nos dimos cuenta de que teníamos la oportunidad de hacer un cliente para El Matapiojos.

—Vale, escúchanos, cariño —le dijimos cuando una enfermera lo agarró del brazo para llevárselo, algo más sereno, hacia las profundidades del pasillo hospitalario—. Es muy posible que los invasores de los que te quejas no sean tan peligrosos como crees y te los podamos erradicar.

Le dimos una tarjeta comercial y se fue con ella por el pasillo, mirándola

con gratitud. Aprovechamos para dejar más tarjetas en los mostradores de Información y en la sala de espera, y regresamos a la base, a seguir descansando en espera de otro aviso.

# 7

## VISITA

El instituto de Liberto estaba muy cerca de El Matapiojos. Mientras caminábamos hacia nuestros destinos, juntos, Liberto nos hablaba con mucha alegría de las posibilidades que tenía su equipo de fútbol de lograr una buena clasificación en la liga infantil y de sus enormes ganas de llegar a la sesión de entrenamiento de la tarde. Nos dolía un poco que su ilusión no obtuviera un premio mayor, puesto que su importancia dentro del equipo era escasa, por no decir nula.

—Es que hay un chaval al que todos vemos como nuestro líder natural... —nos explicó ya muy cerca del instituto, cuyo edificio de ladrillo iba asomando entre las casas igual que el sol lo hacía entre las nubes—. No es que sea el mejor del equipo, pero sí el que demuestra más entusiasmo. Y siempre trae un balón reglamentario fetén en la mochila, por si se tercia un partido.

—Tanto lo del balón como lo del entusiasmo son escollos fácilmente solubles, Liberto...

—Te equivocas, mamá... Mi cerebro pesa mucho...

—Hasta el oro necesita pulimento.

—¿Qué tiene que ver la velocidad con el tomate?

—Que el cerebro te pesaría menos si te esforzaras más. En clase y en el equipo.

Su sonrisa altanera fue prueba suficiente de lo poco que le había afectado nuestro consejo. Entró en el instituto y lo vimos seguir a sus compañeros a cierta distancia, con prudencia, sin que nadie le dirigiera la palabra, invisible

dentro del grupo. Luego corrió con una torpeza evidente, al contraste con los otros, para al final integrarse en el grupo y desaparecer como uno más.

El tiempo se dilataba en El Matapiojos, confundiéndose con una oscuridad que jamás se disipaba, ni cuando más sol hacía, así que quitamos el reloj de pared para no sufrir su lentísimo y agobiante tictac. Solo el hilo musical clásico, Mozart, Beethoven, Chaikovski, ayudaba a mejorar la espera, pero esta era eterna, y contra eso no había paliativo musical posible. Un rostro raro, con aspecto de piedra pómez, apareció en la puerta para sacarnos del aburrimiento. Apareció y desapareció como un gato, como si el tipo nos tuviera miedo, o tal vez como si quisiera asustarnos, o ambas cosas. Se trataba de una amenaza o de una broma. El tipo mostraba su rostro oscuro una y otra vez, y nos permitía distinguir el cabello imitando una esponja de baño ajada, vieja, era casi un mendigo, o no, porque vestía con traje y corbata convincentes, claros y bien planchados, pero su pelo tenía un aspecto desagradable, muy descuidado, que nos recordaba al señor Dumont. Manteníamos cerca el espray antivioladores que nos había regalado el notario el día que firmamos los papeles de compra del local. Nos había dicho con una seriedad muy convincente que los robos eran habituales en negocios pujantes, y nuestro negocio iba a ser pujante, qué duda cabía. Con ese artefacto estaríamos seguros. Su propia hija lo había empleado en una ocasión en la que se vio cercada por cinco individuos que iban armados con palos de acero y *nunchacos* de artes marciales, y así logró salvarse y huir.

Por fin, el extraño se decidió a entrar. Su traje llevaba un logotipo societario a la altura del corazón. No era rara la visita de un comercial, pero sí el contraste entre su traje claro y aquel cabello hirsuto coronando su frente.

—¿Dónde está el encargado? —preguntó sin saludar.

—Somos nosotros.

—Hace unos días vino mi hermano por aquí para darse un masaje de espalda y le dijeron que era un local quitapiojos...

Recordamos a aquel tipo que arrastraba los pies musicalmente.

—Sí. Lo dice el letrero.

—Pues bien —dijo, sin dejar de pasear por el local—, vengo a que me quiten los piojos.

Y en ese momento, nos miramos y caímos en la cuenta de que debíamos cambiar de negocio, refundarlo enseguida. Lo habíamos abierto con la

convicción de que pronto nos llenaríamos de billetes los bolsillos y forjaríamos un porvenir cómodo en el que, aunque teníamos nula vocación para la erradicación de parásitos, disfrutaríamos de la tarea gracias al contento que nos depararía obtener el vil, melifluo metal.

Con ese individuo moviéndose por nuestro local como si fuera un bailarín, a la vez soterrado e impertinente, que hacía sonar sus suelas de claqué para elevar en la penumbra un ritmo hipnótico, tuvimos la certeza de que habíamos cometido un error enorme al elegir negocio, un error que teníamos que subsanar pronto, cuanto antes. Ese no era nuestro lugar en el mundo, ni podría serlo aun con el mejor éxito comercial. Incluso millonarios, lo aborreceríamos. ¿Para qué necesitábamos nosotros ganar dinero con aquella aventura que, de salir bien, nos agarraría como un gato a un ratón y, de salir mal, nos dejaría exhaustos, sin porvenir y endeudados más allá de la muerte? Habíamos contraído una lepra que traspasaríamos a nuestro hijo. Acceder con las manos a la maraña capilar del visitante era todo menos apetecible, por mucho que el trabajo lo hiciéramos enguantados, pero no estábamos en condiciones de rechazar a un cliente.

—En principio —le advertimos—, El Matapiojos está pensado para niños, pero podríamos hacer una excepción con usted...

Caminó lentamente hacia donde más se le veía, en el centro del local, como si todo el paripé hubiera pretendido concitar nuestra atención, y solo cuando se convenció de haberla obtenido por completo, se paró.

Con rapidez de mago hizo aparecer un objeto que brilló como un cuchillo, pero era solo un tarro de cristal, por el que comprendimos por qué nos sonaba su cara y de parte de quién venía.

—¿Dumont?

—Bingo.

Cuando algo, una nube, un autobús o un peatón, cubrió el rayo de sol que el cristal del tarro había multiplicado, vimos que contenía una pelambarrera negra, ligeramente palpitante.

—Se lo debíamos... —añadió—. Pero dejen a mi viejo tranquilo.

—¿Qué broma es esta?

—Ninguna broma. La deuda está saldada.

—¡De eso nada! Dígale a su padre que estamos esperando a que venga a casa y la limpie de cucarachas.

Los tubos de latón de la puerta repicaron, esa fue la respuesta del visitante, desaparecer dejando el tarro en el mostrador como si la función hubiera terminado. Nos quedamos quietos delante de la pelambreira enfrascada, sin salir del asombro. No es fácil reaccionar cuando el acontecimiento es tan inesperado. Con la interpretación de ese baile raro, el tipo nos había hipnotizado, y con la aparición súbita del tarro nos había derrotado. No estábamos preparados para su arte dramático, no lo habíamos previsto, igual que el peatón no prevé el atropello en un paso de cebra o el beso de otro transeúnte en el semáforo. Y cuando salimos a la calle ya era demasiado tarde para que pudiéramos detenerlo y pedirle explicaciones. Su figura se confundía con la muchedumbre en el cruce. Tal vez ya estaba dentro de un taxi o de un autobús, o en su propio coche, motocicleta, bici o patinete de vuelta a la vivienda familiar.

—¡Oiga! —gritamos hacia la nada.

Alguien paró a lo lejos, precisamente el único individuo que podía ser él, e íbamos a iniciar la carrera para darle alcance cuando nos reclamaron por detrás. Se trataba de una mujer alta que miraba de costado, con desconfianza, y nos hizo sospechar que tenía relación con el bailarín recién huido, que era otra pieza del juego de sorpresas.

—Disculpen —dijo—. Estoy desesperada. Tengo a mi hijo con la cabeza como un avispero. ¡Y ya no sé qué hacer!

Y allí estaba el crío, en el interior del local, jugando con el tarro de cristal como si tuviera una granada de mano y lo desconociera. Con mucha cautela, tratando de no asustar al pequeño, nos acercamos a él mientras su madre nos aturdía con su voz estridente, casi llorosa, poniendo en peligro nuestra operación con narraciones sobre el rascado infinito de su hijo, que estaba volviendo locos al padre, a ella y al mundo entero, y que había intentado raparle la cabeza, pero el crío pataleó y mordió como si le fueran a arrancar los ojos. Era una señora encantadora, pero triste, propia de la zona suburbial del *quiero y no puedo* en la que vivíamos, una zona repleta de ese tipo de gente que pretendía ser alguien en la vida, una élite incluso, pero todo el dinero que le sobraba del pago de la hipoteca o del alquiler lo gastaba en hacer deporte en gimnasios con paredes de cristal para alimento del exhibicionismo. Eran mujeres y hombres a los que les importaba no tener barriga ni culo, pero los tenían, que los niños fueran buenos deportistas, pero

no alimentar su intelecto, y, así, no leían nada útil o enriquecedor ni jugaban al ajedrez, las damas o cualquier otro pasatiempo de provecho intelectual, ignoraban o despreciaban su valor, no hacían más que correr por la noche o por la mañana, muy temprano, con zapatillas de deporte fluorescentes y radiofórmula en los oídos antes de acostarse o antes de hundirse en el tráfico o en el metro hacia la oficina. Conocíamos bien el espécimen, porque vivíamos en el barrio, un aspecto de nuestra vida con el que no estábamos del todo conformes. Habíamos sucumbido al miedo y renunciado al movimiento de la ciudad, y ahora nuestro hijo protestaba cuando le insinuábamos la posibilidad de agarrar los bártulos y mudarnos al centro de Madrid.

—No podéis hacerme esto —replicaba—. ¡Mis amigos son sagrados!

¿Qué amigos, narices, qué amigos?, nos preguntábamos, ¿esos a los que llama endriagos mentales?

Pero no le decíamos nada.

Y allí teníamos a aquel niño lanzando el tarro al aire y atrapándolo antes de que cayera al suelo como si fuera un balón, amenazándonos con otra dosis pequeña pero perdurable de infelicidad como su contenido se dispersara por el local. Agitaba el frasco como si esperara ver algo más que pelo en su interior.

—¿Qué tiene? —nos preguntó.

—Nada que te importe —nos liberó su madre de tan incómoda pregunta, arrebatándole el tarro con un movimiento veloz y efectivo.

Lo pusimos detrás del mostrador, oculto, para que el crío se olvidara de él y comenzamos la tarea de revisar su cabello. Así atendimos al décimo segundo cliente del negocio desde que lo abrimos dos meses atrás.

Se despidieron de nosotros muy contentos por verse libres de la pediculosis, casi tanto como nosotros por haber podido atenderlos.

—¿Y por qué solo hablaba ella, mamá? —preguntó el crío nada más abandonar el local.

—Chissss —le reprendió la madre.

No era la primera vez, ni sería la última, que asistíamos a comentarios similares, en los que la perplejidad por nuestro vínculo amoroso se centraba en el hecho superficial de que, la mayoría de las veces, Paula hablara en nombre de la pareja.

Si hubieran podido seguirnos hasta la alcoba matrimonial, habrían

descubierto que, de igual manera, solo yo escribía en estas cuartillas que tanto nos gustaba repasar, puesto que uno de los hábitos que no habíamos podido sincronizar eran las horas de sueño. Paula dormía, indefectiblemente, una hora más que yo, momento que yo aprovechaba para escribir el dietario y llevar así la contabilidad narrativa de nuestra gratificante vida en común. Lo cual nos había dado algún que otro sobresalto, porque nuestro hijo tenía la costumbre bucanera de leer las cuartillas, rastreándose en ellas como quien acude a un libro para ver su nombre en negrita. Por eso a veces escribíamos al inicio del texto con letra grande y mayúscula: «NI SE TE OCURRA, LIBERTO».

Pero daba igual, él leía el dietario sin demasiado disimulo. Las cuartillas aparecían cambiadas de sitio o arrugadas, incluso con algún mensaje desvergonzado en el margen: «No se entiende tu letra, padre, mejórala».



## 8

### CELEBRACIÓN

Conversábamos tranquilamente mientras veíamos jugar al equipo de fútbol de nuestro hijo. Liberto no solo no era considerado por sus compañeros un jugador valioso, sino que tenía un mote o apodo poco atractivo para un deportista. El Teorías lo llamaban, como si no tuviera bastante con sus piernas delgadas, que al correr provocaban burlas más o menos disimuladas entre los rivales. Pero teníamos la sensación de que el apodo no le hacía mal; había sido bautizado con un nombre poco glamuroso, sin duda, pero suponía un estatus dentro del grupo. Otros ni siquiera tenían nombre (¡Eh, tú!, ¡eh, chaval!). Y a él no parecía molestarle; todo lo contrario, mantenía la expresión de suficiencia, el mentón alto y la mano izquierda con el rotulador sobre su pizarra portátil, en la que trazaba croquis, alineaciones o movimientos tácticos del equipo como si, más que jugador, quisiera ser el mismísimo técnico.

Sentados en la grada del escueto estadio de fútbol-siete y hierba artificial, no nos preocupaba mucho, ni siquiera un poco, el descubrimiento del apodo. Soportábamos problemas más graves y acuciantes en casa. La última visita de aquel tipo de pelo alborotado había sido otra prueba de que estábamos en una suerte de guerra subterránea contra el señor Dumont. ¿Otro tarro lleno de qué?... ¿Piojos? ¿Cucarachas? ¿Acaso reptiles? ¿Cuál era la broma esta vez?

Lo habíamos envuelto en varios trapos y en varias bolsas de plástico y encerrado en una pequeña caja fuerte, en un armario del cuarto de baño de casa, porque no nos atrevíamos a liberar su contenido en el cubo de la basura ni en el contenedor del vecindario, por lo que pudiera salir de ahí.

Trazábamos un sinfín de relaciones entre los hechos pasados y nuestro

presente turbio, en busca del error sustancial, tantas veces y con tanto denuedo que nos perdimos el primer gol del partido. Se produjo una aglomeración de jugadores del equipo de nuestro hijo en torno a quien había marcado el tanto —nos dimos cuenta, entonces, de que estábamos en la grada de los adversarios, porque justo enfrente tenía lugar el alborozo, y en nuestro lado se guardaba silencio—, iban cayendo unos jugadores sobre otros, en imitación de lo que los chicos veían en la televisión, mientras los contrincantes observaban la celebración con los brazos en jarras. Poco a poco, fue deshaciéndose la montaña gracias a las advertencias del árbitro, y apareció Liberto boca arriba, con los brazos extendidos como un crucificado, para abarcar el cielo, pues tal tamaño debía de tener entonces su alegría. Nos miró y lamentamos habernos despistado durante el primer gol que marcaba en su vida, pero le aplaudimos como si lo hubiéramos presenciado en primera fila. Le preguntamos al hombre que teníamos al lado cómo había sido.

—Ha despejado el portero con tan mala suerte que ha rebotado en el trasero del chico y *pa* dentro.

El entrenador consideró que Liberto ya había tenido suficiente protagonismo y lo hizo regresar al banquillo. Pero las mejillas de nuestro hijo temblaban porque la sonrisa le explotaba en la cara aunque tratara de contenerla. Nosotros, que lo conocíamos bien, pensamos que estaba pasando por uno de los momentos esenciales de su vida, que se transformaría luego en una anécdota memorable que llegaría hasta sus nietos, si algún día los tenía, que quizá sería engrandecida por la emoción para renovarla con exageraciones cada vez mayores y jamás la sustituiría o pervertiría ningún otro recuerdo, por traumático o dichoso que fuera, y tal anécdota sería transformada en un sinónimo de la resbaladiza felicidad.

El gran momento se vio empañado por la derrota demoledora que llegaría después, cuando uno tras otro los goles fueron entrando en la portería del equipo de nuestro hijo seguidos del éxtasis de todos los que se sentaban con nosotros en el graderío. Cómo gritaban, cómo se burlaban de los nuestros, qué padres, qué paroxismo, qué desparrame. Eran mucho peores que sus hijos. Tenían disculpa para su comportamiento, sin embargo. Todos los padres del equipo de Liberto, menos nosotros, estaban en el graderío de enfrente, separados por muchos metros de hierba artificial. Debían de pensar que nadie ajeno escuchaba sus burlas, a veces crueles.

—¡Oligofrénicos! —llegaron a gritar a los nuestros.

Los padres eran visibles en función de sus hijos. El que animaba mucho tenía a su chaval en el campo, bregándose como protagonista o goleador, el discreto lo tenía en la banda, tapado y confuso, segundón. Nuestro hijo descansaba en el banquillo arrugado como una sudadera de las muchas que había a su lado, cosificado e imperceptible, saboreando su victoria personal, solo transferible a nosotros, sus padres, que lo conocíamos y lo contemplábamos confundidos con el plástico en el que estábamos sentados. Liberto no se hallaba allí, sino volando, por más que intentara disimular retomando las anotaciones de su pizarra. Su cuerpo permanecía quieto y su mano se movía con el rotulador, pero su rostro indicaba que su cabeza revivía una y otra vez el gol, mejorándolo seguramente, deformándolo, mintiéndose. Lástima de derrota. Sabíamos que con ese resultado, en cuanto el árbitro pitara el final, nuestro hijo volvería a ser el Teorías, el esquinado, el distinto, y nos temíamos que él no supiera comprenderlo y disimular su alegría para que el resto del equipo no se formara una idea equivocada de él y lo tomara por el egoísta que no era. Temíamos que su dificultad para reprimir o matizar el gesto en medio del abatimiento de todos terminara en disgusto. Teníamos el convencimiento, porque lo habíamos hablado largo y tendido entre nosotros y hasta con nuestro médico de cabecera y nos basábamos en la experiencia propia, de que los chicos con problemas de adaptación en clase, los que sufrían acoso escolar, no eran elegidos caprichosamente por sus compañeros, sino que se ponían en la diana con actitudes egoístas, que demostraban poca empatía, que eran percibidas como ajenas al curso general del grupo y desatendían las gratificaciones por las que la mayoría competía. En la sede central de Urgencias, sin ir más lejos, a nuestro jefe se le notaba demasiado que había sido un niño vejado en el colegio, y no porque lo hubiera insinuado en todas las borracheras de las cenas navideñas, sino por su comportamiento. Era, por así decir, egoísta, pero no astuto; débil, pero no bondadoso, y disparaba su resentimiento en la dirección equivocada, como si culpara de sus desgracias a los más pacíficos, a sus subordinados más bondadosos, los únicos que podían identificarse con él y ayudarle.

—Nosotros queremos echarle un cable —le decíamos.

—¿Sí? Pues venid a trabajar una hora antes.

Por fortuna, nuestro hijo no se parecía en nada a nuestro jefe, nadie le

tenía por un chivo expiatorio, pero tampoco estaba bien integrado y a veces dudábamos sobre su situación real. Sabíamos que a los padres nos cuesta ver el color oscuro que tienen las cosas cuando se trata de nuestros hijos.

—No, nadie lo considera un piojo —dijo Paula.

—Ni una cucaracha —añadí yo.

Dichosos insectos. La vida de una pareja peligra si su vocabulario establece metáforas repelentes, y nosotros acudíamos con frecuencia a comparaciones así, en las que los bichos más feos del orbe aparecían para ilustrar nuestro pensamiento.

Los insectos nunca habían significado nada en nuestra vida, más que molestos puntos negros que exterminábamos con pulverizadores, zapatillas o trapos de cocina, y ahora nos encontrábamos con que nuestra vida estaba rodeada de ellos. Se nos colaban hasta en los argumentos, encarnándose en las mismas palabras que empleábamos para hablar de nuestros seres más queridos. Estábamos atrapados en un pozo de bichos. Pozo simbólico y pozo real, había insectos en nuestra boca y en nuestra casa.

Era terrible.

Teníamos que cambiar de negocio, nos dijimos otra vez mientras el equipo de nuestro hijo se dispersaba, cada chico recogiendo sus cosas, las sudaderas, los pantalones del chándal, el abrigo o la cantimplora, todas las prendas desperdigadas en torno al banco verde de los reservas. Los entrenadores dialogaban con el árbitro cerca de una portería, bajo el sol también verde, y nuestro hijo se acercaba a nosotros disimulando bien su alegría, y nos repetíamos:

—Uno de venta de mascotas, uno de potingues homeopáticos, uno de juegos en familia...

Igual que el chico estaba dando una prueba de madurez al comprender la importancia del disimulo dentro del grupo, nosotros entendíamos que nuestra madurez pasaba por darnos una nueva oportunidad de negocio, costase lo que costase, porque habíamos elegido muy mal, y emplear el dinero del préstamo que aún nos quedaba en un comercio bien diferente, mejor, dando por perdida parte de la inversión. Reciclaríamos el local en otra cosa, lo que fuera, pero en algo con lo que pudiéramos estar a gusto tanto en el éxito como en el fracaso. Algo que nos librara de los insectos, los parásitos y las palabras ennegrecidas por su presencia.

En el coche, Liberto se liberó del corsé y a través del retrovisor contemplamos conmovidos la sonrisa de éxtasis matizada por el reflejo del extraño sol de aquella mañana. No le dijimos nada durante todo el trayecto, no le preguntamos cómo se sentía, lo dejamos permanecer con su ensoñación: tal vez se veía en mitad del Bernabéu celebrando la Copa de Europa, quizá en el Coliseo romano recibiendo el reconocimiento del César.

En casa tuvimos una agravada sensación de ajenidad. Algo en ella, esa palpitación que sentíamos, convertía en hostiles las paredes. Las habitaba un enemigo. Podíamos sentir con ello que nuestras equivocaciones vitales no estaban relacionadas solo con la apertura de un negocio desagradable, sino con la propia decisión de irnos a vivir a aquel lugar más o menos periférico, con vecinos que corrían a las siete de la mañana o a las diez de la noche como si la angustia no les dejara pararse a respirar y contemplar los árboles, los pájaros o un trasero atractivo. Debíamos cambiar de casa, mudarnos al hormiguero del puro centro, en torno a la Puerta del Sol (hormiguero, hormigas, insectos otra vez).

Estábamos en la cocina preparándole un bocadillo al chaval cuando percibimos su presencia a nuestra espalda. Llevaba consigo un barco pirata de Lego, construido con primor el tiempo que había estado en su dormitorio. En lo alto del mástil, un individuo miraba hacia abajo, donde se encontraba una pareja, hombre y mujer, ataviados con camisetas de fuerza.

—¿Os gusta?

—Está muy bien, hijo.

—Arriba estoy yo, solo y viéndolo todo con excesiva lucidez; abajo, vosotros. El barco a la deriva es nuestra casa.

—¿Nos estás queriendo decir algo?

—Evidente.

—¿El qué, hijo?

—¿No podríais ser un poco más normales?

Dejamos de untar el *foie gras*.

—¿A qué te refieres, Liberto?

—Lo sabes perfectamente, mamá. La gente os considera distintos.

—El sentido de la vida no está en ser igual que los demás, ni mucho menos en dejarse llevar por la corriente; eso es lo adecuado para sobrevivir

como seres insignificantes, sin valor...

—¿Por qué tenéis que hacerlo todo juntos?

—¿Preferirías que lo hiciéramos todo separados...?

—Pues sí, claro... Sois los únicos malditos marcianos que hay en todo el puñetero barrio. En toda la puta ciudad, me atrevería a decir.

Jamás nos había hablado así. Pegué un puñetazo en la mesa que no supe controlar a tiempo y que produjo la caída del barco de Lego, quebrándose en centenares de piezas a los pies de Liberto. Él estaba pálido, asustado. Cómo me arrepentí. Había sido una respuesta refleja, instintiva, visceral, una llamada de la selva, una traición a la manera que teníamos de comprender sus puntos de vista y de prever sus acciones, y no supe encauzar correctamente la situación. Se diría que el éxito personal que había tenido durante el partido de fútbol, el afianzamiento real o ficticio de su posición en el grupo, le había precipitado a una actitud de rebeldía adolescente que en los demás se estaba desarrollando de manera más paulatina y razonable, y en él explotaba a rachas y por sorpresa.

—Así es como hablas tú, papá —dijo, corriendo por el pasillo hacia su habitación—. ¡A hostias!

Enseguida supimos que teníamos que arreglar el problema. Mi propia reacción nos había contrariado mucho, tanto que estuvimos cerca de marchar cada uno a un rincón de la casa, como si se hubiera dado un fallo grande en nuestra comunión habitual, pero mantuvimos la unidad y tocamos a la vez con los nudillos en la puerta del dormitorio de Liberto.

—Dejadme —dijo él—. ¡Marcianos!

—No hables así, Liberto...

—¡Que me dejéis!

—Tú siempre has sido educado... No pierdas eso, por favor, cariño...

—¡Me habláis como si fuera un loco de vuestra ambulancia!

—No, Liberto... ¿Sabes lo que pensamos?

—¡Ni lo sé ni me importa!

—Que has vivido muchas emociones intensas en el campo de fútbol y no sabes cómo gestionar la alegría. Mira, te confesaremos una cosa: el día en que nos dieron el préstamo para abrir el local fue tan enorme nuestra emoción, tan difícil de contener en el cuerpo, que nos tiramos al suelo y

comenzamos a reptar por la alfombra...

—¿Veis? ¡Eso no tiene ni pies ni cabeza!

—Hijo, por favor...

—Y sé perfectamente que no he hecho nada del otro mundo en el campo de fútbol. ¿O qué os creéis? Hasta Tomás me ha dicho que el gol ha sido suyo, que se lo he quitado poniendo el culo.

—Pero tú sabes que eso no es verdad, hijo...

—¿Acaso lo habéis visto?

—El gol lo has metido tú.

—¡No lo habéis visto...! Estaríais muy pendientes el uno del otro, haciendo manitas, dándoos besitos, abochornándome delante de los padres de mis compañeros... ¡Como siempre!

Abrió la puerta con un descaro que nos hizo retroceder en el pasillo. No queríamos volver a caer en un gesto agresivo, deseábamos que liberara su tensión, aunque fuera a costa de nuestro orgullo, pero tampoco podíamos permitir que nos faltara al respeto y se lo faltara a sí mismo con un lenguaje inconveniente. Jamás le habíamos oído expresarse con tanta acritud. Retrocedíamos y le dejábamos hablar, casi gritar. Nosotros también habíamos sido muy tajantes cuando teníamos su edad y, aunque conocíamos el daño que podían causar mensajes disparados con tanta rabia desde un corazón resentido, no ignorábamos la pertinencia del desahogo verbal en ciertos episodios de la adolescencia.

Entonces, vimos una cucaracha en la pared, justo detrás de la nuca de nuestro hijo, y nos quedamos petrificados. Pero Liberto estaba fuera de sí, cariacontecido y rabioso, avanzando hacia nosotros sin dejar de lanzarnos reproches.

Retrocedíamos y a la vez fingíamos el rostro más sereno y atento que teníamos, un rostro de activo interés por unas palabras que sí oíamos, pero no escuchábamos, preocupados por que Liberto no descubriera el bicho. Sabíamos que sus palabras eran dardos, flechas y espadas ponzoñosas con capacidad para producir heridas que no sanarían en días si las escuchábamos y que incluso se agravarían cuando volviéramos sobre ellas y analizáramos su contenido, pero, por suerte, la preocupación nos impedía oírlas.

—¿Por qué no abris una sucursal marciana en la Tierra? —preguntó de pronto.

Empezó a reírse, y nosotros, al atestiguar la desaparición repentina del insecto, también.

Fue como si la fiesta por su gol se hubiera demorado para bien y por fin hubiéramos dado con la manera de acequiar tantas emociones contradictorias.



## 9

### MARCIANOS

Los butacones abatibles, las pilas con reposanucas para lavar el cabello, el perchero a la entrada casi siempre sin abrigos, los tablones de madera adosados a la pared, recorriéndola con las lendreras, los peines, los aspiradores y los productos tóxicos encima, frente a los espejos de las paredes, le daban a El Matapiojos un aspecto de peluquería en declive para quien no pusiera el suficiente empeño en observar. Hicimos un inventario somero en compañía de Liberto para que se sintiera bien valorado por nosotros, pidiéndole una opinión sobre qué cambios podríamos hacer para mejorar el negocio. A veces los chavales tienen ocurrencias brillantes. Su imaginación es como un avión de papel que se puede permitir cualquier viento, no se anclan a la realidad como los adultos. Pero nosotros, en puridad, le habíamos hecho venir para que se mantuviera lejos de casa, distraído y ajeno a un problema que empezaba a brotar de las paredes.

—¿Por qué no os ponéis antenitas y pintáis de verde para atraer a los clientes? —dijo.

—Liberto, por favor, no vuelvas por ese camino...

—¡Qué poco humor! ¿No os gusta tanto disfrazaros?

Tan joven, no podía entender, aunque se lo hubiéramos tratado de explicar en mil ocasiones, el agobio que significaba no ya llegar con dificultades a fin de mes, sino la perspectiva de un desahucio con una deuda como lastre. Paseábamos por el local, y nos parecía mentira tanta ilusión como habíamos puesto en aquella penumbra imperturbable. Ahora todo aquel espacio, tan amplio y tan oneroso, solo nos transmitía frío o, como mucho,

ganas de huir.

—¿Esto qué es, mamá?

Había en los bajos de la puerta, cerca de los goznes, un pasquín pegado con papel celo. Nuestro hijo lo arrancó y nos lo entregó. Decía así: «SOLUCIONAMOS SU PROBLEMA. LLÁMENOS».

Tenía el número de teléfono del señor Dumont, el individuo que más problemas nos había causado desde la apertura del negocio, a quien culpábamos casi hasta de su misma fundación, sin duda con injusticia retroactiva. Nosotros conocíamos el problema al que se refería el pasquín, pero nuestro hijo no, o eso creíamos.

—Se refieren a la erradicación de plagas, no a problemas monetarios —le explicamos—. Rómpelo.

—El pasquín habla de problemas en general...

—Hijo, eres muy listo, pero te falta experiencia... Nadie soluciona problemas así, en general...

—Con un precio de por medio, quizá sí. Vivimos en un sistema capitalista.

—Esos tipos son unos estafadores. Si vienen por aquí, ciérrales la puerta en las narices... Ya nos han visitado más de una vez.

—¿Y cómo los reconoceré?

—Son como cucarachas...

Liberto se sobresaltó, retrocedió de espaldas hasta dejarse caer en uno de los butacones, subiéndolas piernas como si fuera Gregorio Samsa.

—Son mala gente, hijo, solo queríamos decir eso... Tienen un aspecto turbio, desastrado, y andan de una manera inquietante... Parecen neandertales o cromañones.

—Los neandertales y los cromañones no son la misma cosa —musitó Liberto, con un escalofrío—. Aclaraos...

—Qué más da... Neandertales, cromañones...

—¡No son la misma cosa!

—Cavernícolas, queremos decir.

Le preparamos una tila y poco a poco se tranquilizó, tomándosela a sorbos breves y ruidosos con los ojos cerrados.

Cuando la hubo terminado, depositó la taza junto a las ruedas de la butaca

y sonrió, como si nada hubiera ocurrido poco antes.

Entrelazó las manos sobre el estómago en aparente imitación de un adulto satisfecho, se empujó con el pie para dar vueltas en la butaca, y dijo:

—¿Cuándo me cambiará la voz, madre?

—Ya te ha cambiado algo.

—Pero no del todo.

—Dentro de poco... ¿Por qué?

—Porque quiero saber qué hacer con mi vida cuando me convierta en un adulto... No quiero ser un veleta que se mueva con el viento de los demás...

—Eso está bien.

—Tampoco quiero ser un payaso como vosotros.

—¿Qué?

Y salió huyendo hacia la calle sin que nos explicáramos la causa de su reacción.

—¡Liberto! ¡Vuelve aquí inmediatamente!

Dobló la esquina de ladrillo, casi tropezando, y desapareció, dándonos una nueva prueba de que la adolescencia se le había subido a la cabeza más aún que al cuerpo, y tendríamos que afrontar una etapa que, desde luego, no empezaba bien.

Ocurre que muchas parejas caen en el error de tener un solo hijo pensando que así se ahorran trabajo y dinero, y ahorran dinero, sin duda, pero el trabajo con el hijo único es mayor que si tuviera uno o dos hermanos. Nada como un acompañante fraternal para que el crío se distraiga; un hermano proporciona divertimentos y juegos que los padres no podemos ofrecer ni siquiera a costa de un esfuerzo descomunal. Nosotros habíamos decidido tener un segundo hijo demasiado tarde, demasiado ilusionados, tanto que ya no teníamos suerte en conseguirlo, y si algún día lo lográbamos, habría una distancia excesiva entre Liberto y su hermano. Más que dos hermanos, tendríamos dos hijos únicos.

En su momento, el embarazo de Liberto lo vivimos como una agresión a nuestra relación amorosa. Provocó cambios físicos y personales en Paula mucho más que en mí, como es obvio, y puso a prueba la unidad que constituíamos. Por eso habíamos tardado tanto en volver a intentarlo. Y cómo nos arrepentíamos. Si le hubiéramos dado un hermano enseguida, tal vez

nosotros como pareja habríamos sufrido más turbulencias, pero no nos sentiríamos tan desamparados para afrontar este periodo adolescente, durante el que nos reprochaba con su actitud y su locuacidad enervantes que fuéramos una verdadera pareja, en un comportamiento que en parte reproducía el patrón con que la sociedad nos señalaba. Esto nos decíamos, con esto nos martirizábamos, hasta que sonó la puerta del local. Queríamos creer que era nuestro hijo cabizbajo, dispuesto a disculparse, pero era un hombre con chaqueta y pantalones de cuero, botas de vaquero y barba larga, con pinta de motorista macarra, de unos cincuenta años.

—Hola —dijo—, quiero cortarme el pelo.

—¿Cómo le gustaría?

—Al cero.

Podíamos hacerlo. Le pedimos que tomara asiento en un butacón, le pusimos un delantal negro por encima, lo situamos frente al espejo, y con la rapadora iniciamos el proceso. Por la noche, cerramos el negocio muy deprimidos. Ni siquiera barrimos. Como gorriones dormidos (o muertos) quedaron los mechones de aquel tipo por el suelo. Nuestro décimo tercer cliente desde que abrimos el local, un pésimo cliente, sin duda.

# 10

## AQUELARRE

Las reuniones dominicales en casa de los abuelos eran un aquelarre de nietos que terminaba aturdiéndonos a todos, pero gracias a una de ellas descubrimos cuál podía ser la alternativa a nuestro negocio, o al menos nos dio la excusa para planear un viaje a Berlín, donde se celebraba cada dos años una fenomenal feria de productos sanos, de esos llamados ecológicos. Discutíamos con el abuelo, que se quejaba constantemente de la orquesta que llevaba en el estómago. Reclamaba que nuestro hijo y sus primos pequeños pegaran el oído a su tripa ruidosa, en una petición que al principio nos había hecho gracia a todos, pero que se había vuelto molesta para los niños, pues se veían obligados a interrumpir sus juegos u ocupaciones por la insistencia del abuelo. Y los chavales pasaban de mala gana por su tripa/trampa. Anunciaban que en efecto allí dentro se ocultaba una orquesta o una selva, o una carrera de motos, y el abuelo se reía para dentro, síntoma del tremendo fumador que había sido, mientras los mayores discutíamos sobre las causas de tal problema gástrico.

—Tal vez bebas demasiado, papá.

—Eso son tonterías... Un whisky o dos después de la siesta no puede hacerle mal a nadie.

—¿Y los de antes de la siesta?

—¡Bah!

Alguien dijo que los animales que comíamos eran engordados de manera antinatural gracias a piensos formados por su propia carne, que las verduras estaban a merced de experimentos genéticos y añadidos químicos que

destrozaban la salud del consumidor, y aunque no asumíamos ese argumento como incontestable, y teníamos muchas dudas, nos pareció evidente que había un porvenir formidable para los alimentos ecológicos, y decidimos sacar esa misma noche dos billetes de avión para visitar Berlín a finales del mes de enero. Tal vez habíamos encontrado la salida a nuestra frustración comercial, e instalar un letrero rojo o verde, con un logotipo que semejara un tomate o una lechuga, y un mostrador con productos de la huerta, incluso con posibilidad de llevar la compra hasta los domicilios de los clientes, nos alegró la tarde. Tras la comida, nos retiramos a dar un paseo por el barrio para fantasear con nuestra refundación y con un viaje a Alemania que se nos aparecía como un premio merecido por nuestros muchos desvelos. Pero no pudimos disfrutar demasiado tiempo de la ensoñación porque al volver del paseo nuestro hijo había discutido con la abuela, y se había ido de la casa dando un portazo.

—¿Qué le ha ocurrido a este niño? —dijo la abuela, muy alterada.

—Que ya no es un niño.

—¡Claro que es un niño!... ¿Pasa algo en casa?

—Nada, ¿qué va a pasar?

—¿Estáis seguros?

—Segurísimos.

Fuimos con ella hasta su dormitorio.

—A solas, por favor, Paula —pidió.

—Nos lo contamos todo, mamá, te lo hemos dicho mil veces...

—Pero sois dos personas, Paula... Leed vuestros documentos nacionales de identidad.

—No te lo vamos a explicar de nuevo, mamá.

—Esto es la Tierra, hija, no Marte...

—No es gracioso.

—¿Puedo hablar contigo a solas, por favor? —insistió.

—Puedes hablar conmigo así.

Nos hizo sentar en la cama, tembló el colchón, e intentó que yo no escuchara su mensaje, pero no lo consiguió, todo lo que decía era audible para ambos. Actuábamos como lo que éramos: una sola persona con dos cuerpos.

—Puede que a él no le guste lo que voy a decir —dijo.

—Si a él no le gusta, a mí tampoco me gustará... —replicó Paula.

—Pero esto no puede ser, hija... Sois dos personas. Él tiene un cuerpo y un cerebro muy distintos de los tuyos, Paula... No digo que no tenga virtudes, claro que las tiene, es alto, pero tú no eres él...

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que... Tal vez tu hijo necesita un padre más activo... Un hombre íntegro... Es lo que quiero decir.

—Nos duele mucho lo que dices, mamá, mucho.

—Pero si no he dicho nada todavía.

—Has dicho demasiado.

—Vuestro hijo sufre por vuestra culpa... Necesita una madre y un padre, cada uno con su rol, no lo que representáis...

—¿Qué representamos?

—Lo sabes perfectamente, hija... Por eso está como está, leyendo esas cosas que lee, tan nervioso, no sabe cómo comportarse... ¡No tiene un modelo! ¿No te das cuenta?

—No podemos huir de nuestra naturaleza, mamá...

—Vuestra naturaleza debería ser ayudar al crío...

—Lo hacemos.

—No lo suficiente.

—Nuestro ejemplo de entereza e independencia le vendrá bien para el futuro.

—Está completamente descontrolado.

—Está en una etapa difícil... Nosotros también fuimos unos adolescentes complicados... A mí me enviasteis tres años a un internado, te lo recuerdo.

—Era muy joven... Me faltaba experiencia... Tu padre estaba siempre en el barco...

—Tranquila, no te culpo. Tuve momentos muy infelices y ya está... La vida es así...

—Tenéis que cambiar vuestro comportamiento, Paula... ¡Ya solo falta que vayáis juntos al cuarto de baño!

—A veces nos ocurre...

Esto, sin ser falso, lo dijo Paula por molestar, pues estaba afectada por los

comentarios de su madre y no pudo reprimir cierto resquemor.

—¿Y eso te parece normal, hija?

—Nos gusta comer y beber lo mismo y tenemos las necesidades fisiológicas sincronizadas; siempre decimos que es el gen Dumont... Tu mismo apellido, madre... ¿Por qué no quieres entenderlo?

La abuela se levantó de la cama y se fue con un portazo.

—¡Qué disparate, por Dios! —murmuró.

—Mamá, por favor, no hagas como Liberto. ¡Vuelve!

—¡Lo que me faltaba oír! ¡El gen Dumont!

Por arriba, por abajo y por los costados, los abuelos, nuestro hijo y nuestros hermanos realizaban los ataques más despiadados y duros contra nosotros. Nos escocían, pero la experiencia nos había dado callo, y sabíamos evitar el abatimiento, aunque no la decepción ni el afán de huir y escapar a algún rincón extranjero en el que mandar a paseo toda la cultura social que llevaba a nuestros familiares a pensar como pensaban y a agredirnos con sus palabras insultantes. Berlín, Buenos Aires... La hipocresía estaba en ellos como una herencia perversa, acumulada durante siglos, que se traducía en hostilidad hacia nuestra relación.

Nosotros no creíamos en el matrimonio ni en el amor de por vida, no creíamos que hubiera que mantener una relación amorosa por obligación social, civil, eclesiástica o masónica, ni que todos los individuos del orbe pudieran encontrar a otro individuo que cuadrara con ellos para formar una pareja unida hasta la muerte, pero defendíamos que nosotros sí respondíamos a ese mito romántico. Por eso nos atacaban. Éramos la encarnación de un mito, y al encarnarlo, se volvía odioso. Cuando dos personas se unían de verdad en el amor, cuando ese milagro acontecía por una suerte de conjunción de elementos sorprendente pero real, por un capricho del destino, podía ser admirable y modélico para quienes lo presenciaban, pero también una desgracia. No suele ser fácil contemplar imperturbable, sin envidia, la suerte extraordinaria del prójimo. Pero sabíamos que el mismo día en que falleciéramos la envidia se esfumaría y nosotros nos transformaríamos en un emblema veraz del mito, y nos rehabilitaría una aureola de ejemplaridad para quienes nos hubieran conocido, bien de cerca, bien de oídas.

Nadie estaba hecho para los cambios, los verdaderos revolucionarios éramos nosotros, no los tipos que imitaban modelos que ya habían existido



antes y estaban muertos. Lo revolucionario era ser distinto a todo lo precedente. Lo revolucionario era que no cupiera nuestra trayectoria vital en ningún molde ya conocido, inventar el molde, y eso éramos nosotros, una pareja revolucionaria que se había constituido sin esfuerzo, sin sufrimiento, sin dolor, sin seguir un arquetipo, una pareja que se comportaba, contra toda la lógica aprendida por nuestros conciudadanos y nuestros familiares, como una persona única, con un solo pensamiento y una sola voz.

—Mamá, tendrás que querernos por lo que somos.

—¿Pili y Mili?

—Mamá, por favor...

—Vete, hija, dejadnos solos a tu padre y a mí... ¡Dejadnos, por favor!

# 11

## PIOJOSOS

El bochorno era inusual, sorprendente, aquella noche de domingo. Escuchábamos la radio mientras cruzábamos Madrid en busca de un tipo que se había puesto a tirar mobiliario por la ventana de un hostel del centro. Paula conducía a tanta velocidad que la sensación de que nos íbamos a salir de la calzada en curvas pronunciadas producía pequeñas distorsiones en la pareja, alguna objeción menguada, pero nunca ocurría la catástrofe. Finalmente todo se canalizaba y volvíamos a la normalidad. En la sede central, nuestro jefe vigilaba los tiempos de llegada con talante inquisitorial, y hasta un minuto o dos de demora eran, en ocasiones, objeto de censura o castigo. La Gran Vía era el mismo río de luz de siempre, bajo el firmamento negro y humoso, pero a las cuatro de la mañana no la transitaba una muchedumbre, sino grupos dispersos de jóvenes atolondrados por el alcohol y las hormonas o turistas fascinados por la juerga que dudaban demasiado al cruzar los pasos de cebra y había que aminorar la marcha obligatoriamente.

Al llegar al hostel nos encontramos a un serbio que había consumido heroína y cocaína, un *speedball* por vía intravenosa, a tenor de lo que nos explicó con excesivo detalle el médico mientras señalaba con su pequeño, blanco y mordisqueado dedo índice el aparataje desparramado por el suelo.

—Quiero ir... —balbuceaba el serbio sobre el camastro—, quiero ir a dormir...

Nos lo llevamos del hostel con facilidad, anhelábamos el viaje a Berlín, lo teníamos idealizado, y los pacientes respondían con mansedumbre a nuestra disposición soñadora. Estábamos, pero no estábamos con ellos, y esto nos libraba de reacciones contraproducentes, pues de alguna manera se

contagiaban de nuestra buena disposición.

Ante cualquier contratiempo, decíamos la palabra mágica, «Berlín», y se nos terminaba el disgusto, como si allí se fuera a producir un corte crucial en nuestra vida, un corte mágico, que empezaría por el cambio de negocio y terminaría por la aceptación familiar y social de nuestra forma de ser. Estábamos convencidos de que la comida sana era nuestra vocación. Encontrábamos en nuestra biografía elementos clarísimos que decantaban nuestro destino en esa dirección, y mientras el serbio gritaba en su lengua no sabíamos qué, nos solazábamos en las posibilidades del viaje, creyendo que pronto dejaríamos la *papa* —en un año, calculábamos—, porque ese negocio sí funcionaría, y nos permitiría un futuro halagüeño, maravilloso, genial. La clave no estaba tanto en perseguir un pelotazo como en encontrar un modo de vida grato, es decir, pequeños ingresos suficientes y perdurables realizando una tarea apetecible.

Daba la impresión de que el serbio nos llamaba piojosos. A esa palabra se asemejaba su grito repetido cada diez o quince segundos hasta que logramos depositarlo en el hospital medio desmayado. Le vino el bajón de golpe y lo tuvimos que sacar de la *papa* al borde del coma, saliéndole espuma de la boca con cada intento de volver a gritar e insultarnos con su peculiar algarabía.

—¡Piojosos!

¿Cómo podía haber adivinado a qué nos dedicábamos? La maldición se agravaba. Hasta los pacientes conocían nuestra profesión y Berlín tenía ese halo cosmopolita que lo hacía tan caro a nuestro sueño de cambio, a nuestro afán de escapar del círculo cada vez más pequeño en el que nos sentíamos atrapados.

No podíamos con tanta presión. Estábamos rodeados de parásitos. Los bichos, los pacientes, hasta nuestros familiares hostiles se confabulaban para provocarnos enorme fatiga vital. ¡Debíamos escapar aunque fuera una semana!

—¡Piojosos!, ¡piojosos! —murmuraba el serbio, y probablemente no estaba diciendo la palabra en sí, sino un vocablo o frase en su lengua que sonaba muy similar, pero nosotros oíamos lo que oíamos—. ¡Piojosos!

# 12

## JEDI

Aquella semana difícil, ocurrió lo que más temíamos. Estábamos en el salón, leyendo en voz alta una novela policiaca de Simenon, y oímos unos ruidos extraños. Liberto se tambaleaba en el pasillo golpeando un hombro tras otro contra las paredes como si estuviera borracho.

—Hay una.

—¿Una qué?

Se tumbó bocarriba en el suelo, puso los ojos en blanco, agitó las piernas y comprendimos el problema.

Nos comunicó que había visto el insecto en la cocina, una cucaracha que rápido desapareció, y él, cuando logramos que se incorporara, se tranquilizó siguiendo nuestro consejo de respirar lenta y profundamente. Pero pronto rompió a sudar y se arrojó en el sofá, tembloroso, enfebrecido, repitiendo la histriónica escena del suelo.

—Tranquilo, por favor, hijo —le decíamos acariciándole la frente mojada.

No era capaz de reaccionar de otra manera. Sus ojos muy abiertos evidenciaban que se hallaba muy lejos de allí, dentro de una pesadilla. La hipersensibilidad del chico podía ser un enemigo fiero y autodestructivo: nosotros, también hipersensibles, lo sabíamos mejor que nadie. Pero era también una ventaja, en ocasiones incluso un poder, para detectar peligros ocultos, hasta traumas y secretos del prójimo, porque todo se hacía visible por mor de una exacerbación de la empatía. Sabíamos que la hipersensibilidad, que se nos antojaba una virtud muy Dumont, era

irónicamente la semilla apropiada para el fracaso vital. Quien la atesora debe permanecer alerta y no dejarse engañar por ella, pues tiende a sentirse herido sin razón y su reacción visceral es acorde con el tamaño de su enorme fragilidad.

La hipersensibilidad había que tomársela como la fuerza de los *jedi*, solíamos explicarle a Liberto; no como un defecto, sino como un don peligroso, que había que dominar para que él no te dominara a ti. Las mejores personas eran hipersensibles, estábamos convencidos, las de mayor agudeza y bondad, pero también las peores, las más reconcentradas y pérfidas, porque el sufrimiento conlleva misantropía y resentimiento si no se controla.

—Dejadme tranquilo, por favor... Estoy bien, de verdad... Es solo un pequeño ataque de grima.

—Pero no te dejes dominar por el lado oscuro de la fuerza, cariño.

—Que sí, que vale.

Cuando se hubo calmado, lo dejamos con los abuelos —la abuela nos recibió con muy mal rostro— y regresamos a casa para buscar alguna empresa especialista en erradicar plagas. No era buena hora o no era buen día, o sufríamos un extraño boicot. Todas comunicaban o hacían saltar sus contestadores. Estaba claro que nuestro celo en la limpieza y el fregado de la casa y nuestra inversión en insecticidas de todo tipo durante las últimas semanas no había sido suficiente. Habíamos demorado tanto la búsqueda de una solución profesional, en la esperanza absurda de que se encargara de la misma el señor Dumont, que el problema se nos había ido de las manos. Y el ejército invasor comenzaba a hacerse patente. Al día siguiente, a primera hora, teníamos nuestro vuelo a Berlín. Así que nos acostamos sin haber resuelto el conflicto, pero con la certeza de que allí, en la idealizada capital alemana, hallaríamos remedio para casi todos nuestros dilemas, disgustos y problemas, incluido el de las malditas cucarachas.

# 13

## BERLÍN

En el avión estuvimos de acuerdo en que visitar la puerta de Brandeburgo o el Reichstag era una tentación que no reprimiríamos, pero en ningún caso sería nuestra prioridad. Preferíamos caminar para ver qué nos salía al paso, descubrir la ciudad con libertad y no programados por las guías de viaje, tal y como nos había aconsejado nuestro hijo.

—Esas costumbres turísticas son una imposición mercantil subterránea — nos había dicho, mientras nos despedíamos—, pero tan férrea como la visita en Corea del Norte de los museos y estatuas de Kim Jong-un y sus risueños ancestros.

El primer día, estuvimos tumbados en la cama del hotel, viendo la televisión alemana, porque nuestros estómagos regurgitaban como el del abuelo y teníamos una dependencia notable del inodoro. La comida hindú del aeropuerto no nos había sentado nada bien.

O tal vez la abuela nos había envenenado, nos dijimos con el poco humor que nos dejaban los mareos.

—Mamá —la telefoneamos para preguntar por el chico—, ¿no nos echarías algún veneno en la comida de antes de ayer?

Colgó, ofendida.

Luego la llamamos para pedirle disculpas.

—No queríamos ofenderte, de verdad, mamá, era solo una broma.

Volvió a colgar.

Así que no pudimos hablar con nuestro hijo ni ese ni ningún día.

No entendíamos la lengua, pero nos daba la impresión de que la

programación audiovisual alemana era muy similar a la española. Abundaban programas de tertulias en las que todo lo que se discutía parecía muy interesante, y seguramente no lo era en absoluto. Estábamos aburridos de mirar la pantalla y, aunque todavía no nos habíamos curado completamente de la indisposición gástrica, salimos a la calle en cuanto nos vimos capaces de caminar con cierta autonomía, sin vaciarnos cada media hora en el retrete. Casi sin querer llegamos a la Puerta de Brandeburgo, después de tomar un autobús público del que nos bajamos cuando el entorno nos pareció interesante. Impresionaba la Puerta, pero no por grande, sino por pequeña. El sol tenía un hermoso brillo por encima de su marco. Berlín no era una gran capital europea, no podía compararse con París o Londres o Ciudad Real, pero su encanto era independiente de los tópicos, auténtico, sobre todo en su zona oriental, tan rehabilitada y moderna, tan bohemia. Nos tomamos una salchicha troceada con curri en la isla de los museos, tumbados en el césped como los universitarios que nos rodeaban, y esa salchicha nos acompañó el resto del viaje con su acidez. Pero nos curó la gastroenteritis. Fue como hacer explotar una bomba y regenerar el paisaje estomacal, logrando que creciera después una nueva flora salvaje, pero resistente e inmune a cualquier agresión posterior.

Luego estuvimos un rato larguísimo alrededor del busto de la reina Nefertiti, en el Museo de Etnología. Nos imantaba con su misteriosa palpación. Vista desde cualquier perspectiva, la reina egipcia nos recordaba a Penélope Cruz, pero más guapa, y parecía que iba a ponerse a hablar con nosotros; rodeábamos la vitrina con una guarda jurado siguiéndonos con la mirada y con el cuerpo, como si fuéramos sospechosos, mientras esperábamos en vano el saludo de la dama.

No muy lejos del imponente Reichstag, descubrimos una tienda de disfraces excelente, en la que estuvimos probándonos trajes regionales bávaros, característicos de la fiesta de la cerveza de Múnich, nos dijeron, y también uniformes de soldados del oeste y del este durante diversas etapas de la Guerra Fría, con la ilusión de utilizarlos a nuestro regreso a España. Pero pronto nos distrajimos con un disfraz de Drácula y otro de Caperucita de muy buena calidad, que nos divirtieron mucho.

Estábamos ya sacando la tarjeta de crédito para alquilarlos cuando el dependiente nos explicó que solo aceptaba efectivo.

—Esta ciudad no es como Londres o París o Ciudad Real, desde luego que no —nos dijimos ante tan inesperado contratiempo.

Y nos reíamos, porque nos hacía mucha gracia la broma absurda de meter a Ciudad Real entre las grandes urbes europeas.

Volvimos a la tienda una hora después y nos hicimos con un traje de Darth Vader y otro de la princesa Leia. Peleábamos por la habitación del hotel con ellos puestos. Íbamos quitándonos prendas con cada toque sencillo de espada láser. Paula, despojada del pantalón y las bragas, empezó a defenderse con pericia y ardor para lograr un empate que no conseguía, porque sus piernas y su triángulo escueto, obsesivo, excitaban mi fiereza. Quería dejarla completamente desnuda, demorando para el final la máscara de Darth Vader, y hacerla mía, pero ella se rebelaba contra mi esfuerzo subiéndose a la cama y empleando también almohadas y cojines como escudos o armas arrojadizas.

—¡Tramposa!

—¡Llámame tramposo! ¡Soy Darth Vader!

Muy pronto logró un empate en nuestra disposición.

Cuando golpeó mi peluca, con una media vuelta audaz y sorprendente, dejé a un lado la espada láser y la agarré pegando mi cuerpo contra el suyo, a la vez duro y mullido, y fui mordiéndole el cuello y descubriendo sus pechos no como si yo fuera la princesa Leia, sino como un lobo, hasta despojarla de toda prenda del malvado Vader.

—Eso no vale —se rio.

Nuestros movimientos se hicieron cada vez más enérgicos, poderosos, y al terminar nos quedamos jadeantes, pero tranquilos, sudando suavemente en la cama con la lustrosa máscara de Darth Vader mirándonos desde un rincón de la habitación.

—Menuda refriega —parecía querer decir con su voz profunda.

—Sí —le respondimos entre risas.

Todo lo fotografiábamos o de todo queríamos algo con lo que recordar el momento y el sitio, pues eran el lugar y el instante en que se produciría el punto de inflexión mágico que deseábamos y presentíamos. Y así, guardamos piedras, ramas, servilletas, libros en alemán, uno sobre la Primera Guerra Mundial muy vistoso, de tapas amarillas, tan pequeño y coqueto que hizo inevitable la compra, pese a su texto incomprensible para nosotros. Tenía un



soldado prusiano en portada y nos lo vendió un kurdo que llevaba al cuello un pañuelo rojo.

Las largas caminatas por la parte oriental fortalecían nuestra sensación de acierto, con esos camareros barbudos, *hipsters*, y esas camareras posmodernas, misteriosas, antipáticas y bellas, casi todas del este de Europa o de más allá. Contemplábamos aquellas admirables avenidas, tan amplias, y se nos antojaban el síntoma de un éxito que semejaba al nuestro. Increíble pensar que solo hacía un par de décadas allí se había producido la convulsión social que derribó el Muro. Estábamos en una ciudad que había sido dos ciudades durante muchos lustros, pero esa distancia se había corregido y apenas se notaba. Berlín había adquirido una sola personalidad, como nosotros; era la mejor prueba de lo que podía dar de sí una unión radical, imperecedera, y eso nos alegraba la vida. Nos atacaba la corazonada de que estábamos abocados a un cambio drástico y positivo en cuanto regresáramos a España. La corazonada se hacía presente cuando ya nos hallábamos en el hotel y esperábamos a que el sueño nos abrazara después de hacer el amor y habernos bañado con abundante agua y jabón, y nos producía cierta inquietud, como si la alegría tuviera su única posibilidad de cauce en la actividad del día y no en el descanso que creíamos merecer cuando el sol, cada vez más bajo y tenue, se iba con el verdor de la calle y el frío asediaba el cristal de las ventanas con escarcha. Aquella ciudad tan respetuosa con sus visitantes estaba hecha a la medida de nuestro proyecto de cambio, pese a los ambiguos presentimientos nocturnos.

Cuando comenzó la feria de comercio ecológico habíamos alimentado el espíritu con tanto optimismo que casi no recordábamos a qué habíamos viajado a Berlín. El frío en la nave industrial donde tenía lugar el evento cortaba el aliento. El sistema de calefacción se había estropeado y algunos comerciales aprovechaban la presencia de estufas o calentadores para atraer clientes. Casi ajeno al bullicio que acontecía en el circuito de casetas y pabellones, un hombre parecía solazarse con su situación esquinada, sentado a una mesa camilla con brasero. Parecía más un gato que un hombre. Se abrazaba a sí mismo, ronroneando, sonreía hacia lo alto como si disfrutara de un juego amoroso con su cuerpo y se tocaba el largo y ralo bigote pelirrojo. Daba la impresión de que allí se había olvidado del mundo, o el mundo se había olvidado de él. Estaba solo, casi escondido, detrás del pabellón más

imponente, uno que imitaba con multitud de adornos de papel y cartón una selva amazónica, en la que los vendedores de agua de coco y crema de aguacate iban ataviados como Tarzán y Jane.

—Qué disfraces más chulos para una playa y tan poco adecuados para el día de hoy —nos dijimos.

Pero nuestro hombre, tan ensimismado y solitario, tenía un aire distinto, peculiar y atractivo. Nos acercamos y cambió su naturaleza y su talante. Se volvió displicente, desabrido. Ya no semejaba un gato doméstico, sino un felino mayor y silvestre, un tigre cansado que solo pretendiera conservar el calor de su rincón y cuya mansedumbre ocultara una inclinación a la fiereza si era perturbado. Tal vez por eso nos demoramos un buen rato contemplándolo. Tenía sobre la mesa, en su mismo centro, una suerte de búcaro o jarrón de cristal muy brillante. Imitaba a un sol alargado, el búcaro. Como aquel rincón irradiaba un calor hechicero entre tanta inclemencia, fuimos acercándonos casi sin darnos cuenta, hasta que su voz aguda nos sacó del pasmo o de la hipnosis. Nos habló primero en alemán, luego en francés y, enseguida, en inglés, idioma que más o menos entendíamos. Finalmente lo hizo con un español más que aceptable:

—Creía que ustedes eran alemanes o una pareja mixta de francés con alemana...

—Somos españoles.

—Ya veo... Los tomé por europeos.

—Muy gracioso.

—Ja, ja, ja —celebró su propio comentario con una carcajada nerviosa—. He vivido quince años en Ibiza.

Tenía una sonrisa grande y vistosa como el reluciente contenido de su jarrón. Todo en él era enigmático, hasta las palabras con que nos hizo su ofrecimiento.

—Llevo toda la mañana esperando a que se acerque la persona adecuada para pasarle el mejor negocio que nadie pueda soñar... —aseguró—. Y resulta que no era una sola...

—¿Por qué lo dice?

—¿No son ustedes dos personas?

—Sí, más o menos. Pero pensamos como una sola.

—Se nota... Me parece maravillosa su compenetración. ¿Van a viajar a Madrid?

—Así es.

—Les ha traído aquí el sol verde, ¿verdad?

—Nos ha traído la curiosidad comercial.

—¿Pero se han fijado en el precioso tono verde del sol de hoy?

—Sí, claro.

—Entonces sí, son ustedes... ¿O debo hablarles en singular como a una sola persona?

—Como usted quiera —nos reímos.

—Les ofrezco esto...

Levantó el búcaro y lo agitó delante de nuestros ojos, haciendo que su reflejo provocara la ilusión de movimiento general, como si el edificio entero se tambaleara.

—¿Canicas?

—No, queridos... Son pintas milagreras. Se han utilizado desde siempre entre los beduinos del desierto, pero también en el Cuerno de África, y hasta en el Caribe; y aquí en el corazón de Europa también han servido a mucha gente. Durante la Primera Guerra Mundial, las portaban muchos soldados alsacianos, los que mejor peleaban. Son milagrosas.

—Nosotros teníamos un antepasado que también vendía canicas, pero de hojalata. En los Pirineos franceses...

—¡Estaban ustedes llamados a encontrarme! —sonrió—. ¡Es evidente!

Sacó dos canicas del jarrón y nos las puso delante. Brillaron aún más en contraste con su guante oscuro. El hombre dijo que sanaban casi todo. Funcionaban, añadió, por motivos que no había por qué explicar. El ser humano no tenía que conocer la clave de todo. La ciencia había demostrado que la realidad estaba conformada por más de diez dimensiones, la mayoría inaccesibles: los sentidos humanos solo captaban tres. Debajo de la almohada, aquellas canicas curaban el insomnio; cerca de las muelas evitaban las caries y sus dolores, y metidas en el trasero erradicaban las almorranas. ¿Por qué? Inexplicable, como la propia existencia.

Su expresión no admitía dudas sobre la seriedad de su convicción, y el calor de su brasero portátil era tan grato que no podíamos alejarnos.

—Son ustedes una pareja única, encantadora, completa. Redonda... —dijo—. Todo lo mágico es redondo: la Tierra es redonda; la Luna, tan influyente, también, y el infinito, no digamos... Desde nuestras limitaciones evidentes, solo podemos entender el universo como una masa redonda en la que nos repetimos *ad eternum*... Lo redondo es siempre eterno, como el amor que ustedes sienten el uno por el otro y que los hace fundirse en un solo individuo...

Nos preguntó la fecha y la hora en que regresaríamos a Madrid, como condición ineludible para sellar la compraventa, y la apuntó en su cuaderno de anillas. Nos hizo un descuento enorme, del cuarenta por ciento, a cambio de que lleváramos otro bote de canicas —de un color distinto, negras, muy feas— a un cliente que, según nos dijo, residía en Madrid y no había podido desplazarse hasta Berlín.

—¡Fenomenal! —dijo—. Este bote, dorado como el oro, para ustedes, y este otro, negro como el carbón, para mi contacto en España... ¿Entendido? Muy importante.

—Sí.

—¿Y a Barcelona no van?

—Somos de la Meseta...

—Yo iré más adelante... Y a Andalucía también... Me gusta mucho... Tienen varias ferias ecológicas en su país.

La charla derivó en un monólogo sobre España, conocía muy bien las islas Baleares, pero también la Península, la había recorrido en su zona oriental, desde Gerona hasta Almería, y poco a poco, mientras iba hablando, veíamos que retiraba el mantel a cuadros de la mesa, tranquila, lentamente, plegaba su silla y la propia mesa, guardaba el dinero y cerraba una maleta de cuero donde introdujo los folletos propagandísticos, su cuaderno, su bolígrafo y el mantel. Tuvimos la extraña sensación de que estaba huyendo, sin prisa, pero huyendo, pues a la feria aún le quedaban cuatro días de celebración. Pero no le dimos mayor importancia. Pensamos que se daba por satisfecho y que había cumplido su misión del día. Se despidió con una sonrisa, pero sin ningún ánimo de seguir siendo simpático, y desapareció llevándose consigo todas sus cosas.

Dimos varias vueltas por la feria. Nos interesó todo lo relacionado con la homeopatía, sus múltiples aplicaciones para la salud. También otros

productos menos habituales, como collares que fomentaban la telequinesia, unas zapatillas de deporte comodísimas que corregían desviaciones de espalda y cuyo diseño imitaba las alpargatas de los primeros celtas, nos dijo la vendedora, o cajas musicales para hacer dormir a los perros, a los gatos y a los demás animales domésticos. Pero hacía tanto frío allí que, más que dentro de una nevera, parecía que estuviéramos en un congelador, y muy pronto, ansiosos, nos recogimos en el hotel para calentarnos con el ardor de nuestras caricias y besos.

# 14

## REGRESO

Embarcamos en el avión rumbo a Madrid con ambos búcaros en la maleta. Y aunque regresábamos felices, en realidad el viaje había sido un fracaso comercial. Solo traíamos unas canicas que no suponían un cambio de negocio en realidad —con el optimismo habíamos olvidado el objetivo—, sino una apuesta por la brujería, la magia o el fetichismo como complemento al negocio de erradicación de piojos. Fue cuando el avión estaba en lo más alto, después de que se hubiera elevado con infrecuente movimiento, cuando caímos en la cuenta de que volvíamos a casa con las manos vacías. Nos desasosegaba el panorama que nos íbamos a encontrar en Madrid: las preguntas de la familia sobre nuestra peripecia serían persistentes y abundantes, y nos depararían incompreensión si no las respondíamos satisfactoriamente. Y también nos hacíamos conscientes del paso del tiempo. El viaje había supuesto siete días de espejismo, siete días que se comían parte del plazo de que disponíamos para salvar el negocio.

Habíamos metido en la maleta los jarrones cubiertos con papel de burbujas, bien protegidos y sellados, pero llevábamos una canica luminosa en la mano. A veces nos frotábamos con suavidad el pecho, la zona donde radica el corazón, para serenarnos durante un vuelo cada vez más agitado. El fuselaje vibraba produciendo ruido de resquebrajamiento. La luz que advertía de la obligación de llevar el cinturón de seguridad no se apagaba nunca. Y lo cierto es que nos embargaba una serenidad asombrosa, desconocida para nosotros, que volábamos siempre con inquietud. Por más que hubiéramos leído y escuchado que el avión era el medio de transporte más seguro, vernos despojados de un suelo que pisar cuando lo deseáramos, o sea, de la

posibilidad de decir «aquí nos bajamos», trastornaba nuestra tranquilidad. Pero con esas bolitas que competían en brillo con el sol la cosa cambiaba. Estábamos relajados, muy enteros, imperturbables, casi flemáticos. Al descender el avión atravesó una masa negra de nubes que sacudió el fuselaje con ruido apocalíptico. Las ventanas se llenaron de un agua violenta, las gotas como dardos de granizo. Una mujer gritó y consiguió contagiar su terror a la mayoría del pasaje, pero nosotros nos mantuvimos más o menos calmos, cada uno con su canica en el corazón del otro, mirándonos a las pupilas como para entrar en un túnel profundo y seguro, hasta que tocamos tierra. Mientras aplaudíamos como el resto del pasaje al piloto y a la tripulación, nos dijimos:

—Vaya, tal vez funcionen.

Al dejar atrás la zona de recogida de equipajes —donde las cintas transportadoras se iban vaciando de bultos o comenzaban su movimiento— y pasar por delante de los guardias civiles, uno de ellos, jovencísimo, nos llamó la atención.

—Por favor —dijo—. Ya son ustedes mayores para ir magreándose de esa manera...

Le quisimos explicar que en realidad nuestros ademanes eran inocentes, una mera frotación medicinal, pero que comprendíamos su error, toda vez que tocar en público un pecho femenino podía dar lugar a malos entendidos. Le mostramos las canicas y las miró al trasluz con curiosidad.

Cada vez que se abrían las puertas automáticas hacia el vestíbulo del aeropuerto, veíamos a un hombre grueso, compacto, de nariz rota, vestido con un traje impecable y una corbata azul claro, luminosa, muy bonita, sosteniendo el cartel que lo identificaba como nuestro contacto. «SEÑORES DUMONT», decía. Le hicimos un gesto con la mano, lo saludamos, para hacerle comprender que enseguida salíamos, pero él dio la impresión de que se asustaba al ver que conversábamos con el guardia civil —el agente quería devolvernos la canica, que nosotros insistíamos en regalarle—, porque bajó la cabeza, dio media vuelta y desapareció. Estuvimos buscándole en vano, tanto dentro como fuera del aeropuerto, en la zona de taxis, y luego una hora larga en la cafetería más cercana, tomando una caña en espera de su regreso.

Nunca ocurrió.

# 15

## DISCUSIÓN

En casa de los abuelos eludimos las indagaciones sobre nuestro periplo alemán con el ardid de replicar las preguntas con otras preguntas. Sabíamos que la comercialización de las canicas milagrosas sería considerada un chiste o un dislate por nuestros familiares, así que a cada intento de conocer por parte de nuestro hijo o de los abuelos, replicábamos con una pregunta para que nos contaran qué tal les había ido en nuestra ausencia. Repartimos los regalos, detalles de valor emotivo elegidos con esmero durante las jornadas berlinesas, entre todos ellos, y se olvidaron de su indagación.

—¿Y para qué quiero yo este trozo de piedra?

—Es del Muro de Berlín, hijo.

—Menuda borregada.

—Tenemos el certificado de autenticidad.

—¡Ni que midiera más que la Muralla China! ¡Qué estafa para pazguatos!

—¿Así nos lo agradeces?

—Mamá, por favor —dijo—, piensa un poco.

Supimos que el abuelo había acompañado a Liberto al partido de fútbol del sábado y que su actitud había causado controversia. Lejos de permanecer como un espectador normal, había bajado al terreno de juego para exigirle al entrenador que sacara al chico con el argumento falso de que venía desde muy lejos, París, solo para verle jugar. La mentira provocó que el entrenador mirara con fastidio al abuelo durante todo el calentamiento previo al partido, pero todas las miradas que lanzó en esa dirección fueron contestadas con gestos admonitorios del abuelo para afianzar sus palabras, señalando con el



dedo a su nieto, agitando la mano para demostrar que había recorrido una distancia enorme para estar allí. Era una mentira ineficaz con el entrenador, que sabía de sobra que los abuelos de Liberto vivían en Madrid.

El equipo había aprendido a defenderse como un bloque macizo. Los jugadores, apretados, se movían de un lado para otro cerrando bien los espacios. Eran, según el abuelo, demasiado profesionales, demasiado competitivos para ser un equipo *amateur*. Los movimientos de pizarra del entrenador se reproducían durante el partido con disciplina marcial. Resultaba casi imposible marcarles un gol en los últimos partidos —habían cambiado de portero y aprendido de los despistes defensivos que tantos disgustos les habían causado a principio de temporada—, pero les faltaba soltura, la tenían muy mermada por el corsé táctico.

—Y Liberto rompe con eso —nos aseguró el abuelo, sirviéndose un whisky—. Mi nieto es incapaz de seguir ninguna instrucción u orden, hace exactamente lo que le da la gana, lo cual no es que esté bien del todo, pero tampoco mal, y es la base de la creatividad y la razón por la que el entrenador no le saca todo lo que debiera... Ese hombre tiene alma de legionario.

Y con el equipo de Liberto defendiéndose, sin atacar la pelota, desplazándose de un lado para otro con las filas prietas, lenta y firmemente, y conservando la distancia, el árbitro pitó el final de la primera parte. El abuelo bajó los escalones del graderío y al llegar a la banda se aproximó al corro donde el entrenador daba instrucciones a los chicos. Pasó por encima de las cabezas y tocó la espalda del entrenador para volver a susurrarle al oído que por favor pusiera unos minutos a su nieto en el equipo titular, solo unos minutos, que no le permitiera volverse a Roma en balde.

—¿Pero no era París? —replicó el entrenador, que no era ningún tonto.

—París, Roma... ¡Qué más da! —replicó el abuelo.

Nos lo contaba orgulloso de su hazaña, pero nosotros cerrábamos los ojos con alipori y nos aferrábamos a las canicas que llevábamos en la mano para recibir con calma la narración. Aquellas bolas pesaban como el mismo oro. Eran grandes, duras y suaves, y la voz crispada del abuelo, indignado con el entrenador (que le exigió que abandonara el corro delante de un sonrojado Liberto), nos llegaba con distancia, igual que el ruido de su estómago guerrero, sin alterarnos.

Nos dimos cuenta de que el abuelo no estaba muy lejos de nuestro punto

de vista. Rompía algunos usos sociales, podía resultar molesto, pero ¿por qué debía frenarse un hombre en su afán de pedir a otro que se apiadara de su nieto, que le pusiera en el equipo titular aunque solo fuera unos minutos, que comprendiera la ilusión de un chaval que solo deseaba que su abuelo lo viera jugar un rato y se sintiera orgulloso de él? Se podría objetar que había más abuelos en la misma situación, pero lo cierto es que Liberto era uno de los pocos jugadores que casi nunca salían al campo. Tenía un lugar permanente en el banquillo, no era un jugador más, sino un suplente peculiar, de expresión reconcentrada, quizá gallarda y elegante, sí (y algo altanera), pero suplente.

—En este mundo solo sobreviven quienes marcan su territorio como los lobos... No somos más que mamíferos, sección primates, y así debemos actuar, hija mía... —El abuelo se empecinaba en hablar solo para Paula y no para la pareja, a veces incluso interponía su cuerpo entre nosotros—. El tiempo no da sabiduría a los seres humanos, no es la experiencia la que transforma al hombre y le concede una perspectiva prudente e instruida. Debes saber que el comportamiento más sereno, templado y tolerante que viene con la edad no lo produce la experiencia, sino la simple rebaja del baile hormonal. Te lo digo yo que ya tengo unos años. A los hombres, como a los perros, la edad nos va templando, y si al principio los perros son saltarines y juguetones, si más adelante son enérgicos o iracundos, llega un momento en que, zas, se rinden y caen al suelo enseguida, y se muestran tranquilos y nunca protestan, y no ladran ni se quejan de la presencia de otros perros. No es que esos perros hayan adquirido sabiduría oriental ni empírica; es, simplemente, que el baile hormonal ha dejado de ser alocado, y el cuerpo lo nota. No somos más que hormonas, los hombres y los perros y los primates y todos los mamíferos y la madre que nos trajo al mundo...

—¿Adónde quieres ir a parar, papá? —nos impacientamos.

—Quiero decir que envejecemos como perros, y que nuestra sabiduría es igual que la de los perros, inexistente, fruto del cambio hormonal de la vejez, así que debemos aprender a defender el territorio, a ser valientes y proteger a los nuestros mientras podamos hacerlo, como hacen los mismísimos lobos, que, por si no lo sabéis, son perros salvajes.

—Papá, el cambio hormonal te está trastocando peligrosamente el cerebro —nos burlamos—. El ser humano es cultural, tomamos nuestras decisiones

en función de un aprendizaje personal y social... Decir que solo somos hormonas, como los perros o los gatos o las ovejas, es tanto como decir que solo somos instinto, una barbaridad.

—¡Ninguna barbaridad! —se levantó, haciendo que parte de su whisky se le derramara en el pantalón—. ¡Barbaridades las vuestras con esa teoría del gen Dumont! ¡Y que sepáis que el otro día marqué claramente el territorio con el entrenador! ¡Aún me queda testosterona en el cuerpo! ¡Y os aseguro que jamás volverán a esquinar a mi nieto como lo han estado haciendo hasta ahora!

—Papá, si te has excedido con ese entrenador, es posible que los resultados sean contraproducentes... Liberto tiene que aprender a defenderse solo.

—¡Mi nieto aprenderá a defenderse por su cuenta y riesgo si tiene un buen ejemplo, pero tiene unos padres que, en fin, mejor no hablar...! ¡Si no lo defiende yo, no lo defenderá nadie! —Y vimos cómo se perdía hacia la cocina después de recoger nuestras infusiones con las manos temblorosas y los ojos muy abiertos y brillantes por la ira.

Pero regresó al salón enseguida, convencido de que era necesario que conociéramos los motivos reales de su enfado.

—Lo sé todo —dijo—, ¿qué os creéis?

—¿De qué hablas ahora, papá?

—Del desastre que tenéis en casa, Paula, de que os dejasteis embaucar por una absurda posibilidad, absurda e inmoral, y ahora la casa está infestada de cucarachas... No se puede actuar continuamente contra el sentido común y la decencia, porque la vida pasa factura, no es plastilina, maldita sea, no es arcilla que podáis modelar con vuestros caprichos... La vida tiene sus reglas inmovibles, igual que todo. Cuando capitaneaba mi barco en alta mar, a mí no se me ocurría gobernarlo de cualquier manera, sino que atendía a las normas del océano, del viento y de la luna, para no hundirme, para no hundir conmigo a toda la tripulación, de la que yo era responsable. Tenía una responsabilidad y nunca se me olvidaba. La vida exige un equilibrio entre la acción y la moral, responsabilidad se llama, y vosotros pretendíais llenar las cabezas de los niños del barrio con piojos y acudisteis a un macarra, a un delincuente, que os dio gato por liebre... ¡Lo tenéis merecido!

—¿Quién te ha dicho eso?

—Lo sé, porque mi nieto no es ningún idiota, sino todo lo contrario, una mente luminosa que exige respeto, y vosotros deberíais saber que lo ve y lo oye todo, nada se le escapa... ¡Tenéis que respetarle más! ¡Mucho más!

—¿No habrá leído nuestro diario?

—¡Por supuesto que ha leído vuestro diario! ¡Y os ha escuchado! ¡Y os ha visto! ¿O qué os creéis? ¿Que sois un libro cerrado? Nada de eso... ¡Sois un libro abierto! ¡Un mal libro abierto!

A medida que el abuelo nos iba narrando aquello, se agrandaba su estatura inquisitorial, y nos íbamos arrugando en el sofá, nos dábamos la mano sin soltar las canicas, porque eran nuestro único remedio para despertar de tanto desasosiego como nos estaba provocando él con su revelación. Pero las canicas no funcionaban con esto. Habían perdido su fulgor y aparecían verdosas, desteñidas y sucias como la lluvia que repiqueteaba con suavidad en la ventana mientras el abuelo seguía bramando contra nosotros.

Era evidente que nuestro hijo encontraba en el abuelo a un partidario, a un socio, a un aliado que estaba iniciando también su trayectoria hacia la adolescencia, pero a la inversa, y tenía el mismo atrevimiento sedicioso contra nuestra personalidad.

El abuelo se calló y comenzó a pasear por el salón. Había visto en el rostro de su hija una máscara inexpresiva para disimular el desconcierto y el dolor, y además teníamos las manos unidas y apretadas en la determinación de enfrentar el problema tan juntos como siempre, aunque él tratara de separarnos físicamente (psíquicamente, no podía), y esto debía de enrabiatarlo por dentro, pero también frenó su ataque.

—Es posible que tengas razón en parte, papá —dijo Paula—, pero lo que nos estás diciendo no es por el bien de Liberto; lo estás haciendo porque te toca las narices que nos queramos como nos queremos... Te crees con el derecho a decidir sobre mi vida aun cuando ya no dependo de ti...

—Ahora no estoy hablando de vosotros, diantre, sino de mi nieto.

—Hablas de tu nieto y hablas de mí: te avergüenzas de lo que soy, por eso quieres que rompa mi matrimonio.

—Yo no he dicho eso.

—No te gusta que nos miren raro por estar tan unidos, no te gusta que me miren mal por ello, no quieres ayudarme, quieres limpiar tu propia reputación...

—A mi edad la reputación no importa, hija.

—Eso no es cierto y lo sabes.

—Hija mía —dijo, apoyándose en la estantería, y tuvimos la impresión de que le estaba dando un vahído, pero cuando nos incorporamos para ayudarle, nos rechazó con un gesto agresivo—. No puedes vivir como vives... No podéis vivir así, os lo digo a los dos, porque sois dos, Paula y Julián... La sociedad se constituye tal y como es gracias a unas reglas que nadie puede despreciar con tanto descaro... Las reglas sociales no son caprichosas, son fruto de una acumulación de sabiduría de siglos...

—¿Pero no éramos solo instinto...?

—¡No me interrumpas!

—Papá, por favor...

—Si no lo hacéis por vosotros, hacedlo por mi nieto... Parte del desdén con que le tratan sus compañeros de clase está relacionado con cómo os manifestáis vosotros en público...

—¿Qué desdén? Nadie le trata con desdén.

—¡Le llaman el Teorías!

—¡Es solo un apodo!

—¡Y es suplente! ¿Os parece poco desdén?

—Eso es decisión del entrenador.

—¡Eso es decisión vuestra! ¡Le sobra calidad para jugar de titular!

Nos levantamos, le apartamos suavemente porque se nos puso delante y abrimos la puerta para marcharnos.

—Nos tenemos que ir, papá.

—He contratado una empresa fumigadora —dijo bastante bebido, ronco y pálido—, se pasará un día de estos para limpiaros la casa de bichos... No quiero más traumas para mi nieto... Pago yo...

No dijimos nada.

—¡Pago yo, hija, pago yo! —gritó cuando ya estábamos fuera de su casa—. ¡Cada vez que la cagas, lo pago yo!

# 16

## UNIÓN

No le comentamos nada a Liberto sobre el incidente, porque habría sido poner en evidencia la indiscreción del abuelo. Intentamos, en cambio, ser más prudentes en nuestras conversaciones. Cuando se encontraba en casa, nos asegurábamos de que el chaval estuviera lejos, escuchando a Camarón de la Isla, su última obsesión. Para que no pudiera leerlas, pusimos bajo llave las cuartillas donde llevábamos nuestro diario, cuartillas que íbamos grapando en grupos de diez.

Estábamos de acuerdo con el tópico de que el amor en pareja hay que alimentarlo con esfuerzo, no basta con la afinidad y el entusiasmo de las endorfinas de los enamorados, la borrachera del cuerpo tiene un plazo y un término, pero nosotros atesorábamos los genes Dumont, su pertinaz influencia en todo lo que éramos, y ahí radicaba el secreto de nuestra fortaleza afectiva.

Compartíamos tantos rasgos comunes que nuestro matrimonio funcionaba sin esfuerzo. Habíamos ganado la mejor lotería, y nos gustaba bromear con el eterno retorno de Nietzsche y con nuestra ardiente vida en común repitiéndose felizmente en el infinito circular. Hasta el día en que nos conocimos habíamos sido, ambos, individuos más bien apocados, de limitado nervio, con un afán de invisibilidad candente por culpa de traumas infantiles sustanciales. Yo me relacionaba poco y mal, por miedo, y Paula se relacionaba demasiado con demasiada gente desaconsejable por lo mismo, siempre buscando el bienestar de los demás en perjuicio del propio. Preferíamos disolvernarnos en el paisaje humano, el ostracismo de la modestia, su transparencia, a la experiencia de despuntar, sobresalir y hacernos visibles,

no fuera a ser que molestáramos a alguien, hasta que una razón poderosa, el amor, solapó esta falta de empuje y perdimos el miedo a ser relevantes y hasta llegamos a sentir la necesidad de ser señalados como una pareja cerrada y orgullosa de su condición. No es que fuéramos presumiendo de nuestra solidez afectiva. Teníamos la humildad bien aprendida y asimilada. Pero nuestro comportamiento era elocuente. Cuando nos expresábamos como una pareja real, estábamos atacando la identidad de los demás, o al menos ellos se veían atacados. De ahí a la estigmatización había un trecho mínimo, pero no contábamos con que hasta nuestros seres queridos iban no ya a colaborar con ella, sino a ponerse en la vanguardia de una lucha por terminar con nosotros.

Intentábamos hacerles comprender que fuera de nuestra unión, por mucho conflicto o peligro que comportara esta, no tendríamos vida, que estábamos condenados a vivir como lo hacíamos, porque no imaginábamos otra forma de estar sobre la tierra. Carecíamos de alternativa. Tenía que ser así o no seríamos.

# 17

## APARICIÓN

Sin embargo, irrumpió en nuestro camino una muchacha de risa fácil, de pelo castaño bajo las sombras y rubio a mediodía, con el sol en lo más alto, de ojos oscuros salvo cuando miraba con fijeza y entonces se le aclaraban hasta el pardo amarillento o el verde oliva como por un capricho mágico idéntico al que modificaba el color de las canicas. No llamaba la atención a primera vista, y si lo hacía, no era desde luego por su rostro, más bien corriente, sino por su tipo, alta, de buena figura, nada presumida en su movimiento, sino cortés y discreta, natural, de esas presencias atractivas que pasan desapercibidas a priori, pero con su agradable risa dejan una buena impresión subterránea, porque su atractivo está en lo contrario a la estridencia, en lo opuesto al histrionismo, en un carisma que tiene su mejor sello en la carcajada natural. Estaba nerviosa cuando llamó a media mañana a la puerta de nuestra casa. Parpadeaba y sonreía mucho y hablaba a una velocidad que demostraba un espíritu expeditivo y alegre. Habíamos tenido una jornada laboral de poca exigencia física, pero con mucho recorrido con la ambulancia; nos habíamos desplazado a tres pueblos muy alejados unos de otros, y nuestra cama en la sede central había permanecido intacta. Todo para calmar a tipos que descontrolaban su locura adrede. Dejaban de tomar la medicación para tener alguna aventura noctámbula cuando se aburrían. Para ellos era casi un juego. Eran locos vocacionales que una vez visitados se tranquilizaban e intentaban que no los lleváramos al hospital. Pero nosotros los ingresábamos para que se fastidiaran y no volvieran a molestar. En el hospital los pinchaban y ataban a las camillas, y entonces era nuestro momento de venganza, cuando les decíamos con la mirada: ¿No teníais ganas



de juerga? Pues ahí tenéis las consecuencias. La próxima vez, tomaos las pastillas como está mandado, y no nos hagáis recorrer tantos kilómetros absurdos, que no hay fiesta sin resaca.

El cansancio era tan rotundo después de aquella larga jornada laboral que, pese a la insistencia del telefonillo, estuvimos tentados de no atenderlo. Se abrió el ascensor y desde el fondo del pasillo vimos aparecer a la muchacha.

—Me han dicho que tienen ustedes un problema de insectos...

—¿Y quién se lo ha dicho?

—¿No es aquí? —preguntó, subiendo los hombros, con una sonrisa breve.

Pensamos entonces en el abuelo, que nos había prometido contratar y pagar la limpieza del piso.

—En efecto, aquí es.

Nos fijamos en el logotipo de su uniforme rojo sangre, sobre el pecho derecho, de una empresa de erradicación de plagas. Había algo en ella que nos resultó familiar, un aire conocido, un brillo sospechoso e insolente en sus ojos más o menos verdes, y aun así permitimos que pasara por el piso como una bailarina, tres pasos aquí y dos allá, revisando juntas y huecos con movimientos armónicos, hasta detenerse en la cocina para hacer unas anotaciones en su cuaderno de anillas, rojo como su atuendo, y volverse hacia nosotros con determinación:

—Deberán dejar la casa durante dos días.

—Sin problema —dijimos—. Lo haremos coincidir con el trabajo de la ambulancia.

—El primero, de fumigación —explicó la chica—. El segundo, de limpieza y para que la atmósfera se oree.

—Pero son cucarachas americanas...

—Nuestra especialidad —aseguró.

Claro que eran su especialidad, puesto que su manera de desplazarse por el piso la había delatado, y el logotipo de la empresa que destacaba sobre su pecho era una D mayúscula, más o menos gótica, lo suficientemente atrabiliaria para confirmar que aquella muchacha venía de parte del mismísimo señor Dumont. No le dijimos nada; sin embargo, aparentaba inocencia y desconocimiento de nuestro rencor. Tratamos de averiguar si estaba al tanto de cómo funcionaba el negocio, si sabía que su progenitor se

dedicaba a esparcir bichos para luego aparecer como salvador y erradicarlos. Le hacíamos preguntas para atraparla, pero ella retrocedía con asombro, se reía, alzaba las cejas un poco, como si no comprendiera el sentido de nuestra indagación y nos tomara por clientes extravagantes.

El día fijado para la fumigación las sospechas se confirmaron. El abuelo había cometido el error de marcar el teléfono de uno de los pasquines publicitarios que habían proliferado en la persiana de nuestro negocio: «SOLUCIONAMOS SU PROBLEMA. LLÁMENOS». Liberto, tozudo, se lo había proporcionado.

—Estupendo —dijo Paula—, mi padre ha contratado al pirómano para apagar el fuego.

Acompañaban a la chica vestidos como ella, con monos de color rojo, como si fueran a limpiar una central nuclear, los dos individuos de aspecto fiero y pelo enmarañado, calcos feos de su padre, que habían visitado el negocio semanas atrás. Fue entonces cuando comprendimos que todo ese aire familiar de la joven estaba relacionado con que ella era, en efecto, hija del señor Dumont, no una mera empleada, quizá aquella joven que apareció y desapareció en una ventana, como un espejismo, el mal día en que fuimos a su morada para comprarle el frasco contaminado.

Los tres hermanos recorrían nuestro hogar como perros rastreadores, pero también con su elegancia natural de bailarines. Lo hacían dejando que su respiración nos intimidara, se apoderaban de los lugares que pisaban con el ruido de su aliento y la música de sus zapatos, apartaban una lámpara de la mesilla de noche con pasos rítmicos, agradables, pero parecía que, acto seguido, se la iban a comer a mordiscos. La casa ya no era nuestra, sino de aquellos neandertales de talento rítmico. La estaban invadiendo con sus manos grandes, sus dedos largos y ajados, sus labios gruesos y dientes pequeños y afilados, su aliento codicioso y sus botas enormes que sonaban como zapatitos de claqué y agregaban música a cada cosa que hacían. Se diría que conseguían robarnos el aire, la atmósfera, como monstruos extraños que imponían su presencia y su voluntad con mucho arte. Pero lo que estaban haciendo era desplegar un plástico protector del mobiliario mientras su hermana, tan bella y grácil, de la misma altura, pero sin esos hombros gigantescos, sin ese pelo rudo y enmarañado, sino liso, limpio y cambiante, les iba dando instrucciones precisas, rápidas, escuetas, en voz baja y

parpadeando mucho y velozmente. Nos maravillábamos viéndola dar órdenes y corregir descuidos de sus hermanos; lo hacía con su mano veloz y cuidadosa tras advertirlos del error:

—Esto tiene que ir a la basura.

Era como si ella fuera la domadora de dos fieras que solo bajaban la cabeza en su presencia, pero una domadora prudente, porque el riesgo de que las fieras la devoraran latía en cada cosa que hacían, en cada conversación que mantenían con ella. Se agachó y no pude evitar mirar hacia ese trasero apretado en el mono de trabajo, lo reconozco. Al levantar la cabeza, los ojos de sus hermanos, gemelos o mellizos, me disparaban flechas como una advertencia intimidatoria.

—Vámonos —dijo Paula.

Así que cogimos nuestras bolsas y nos fuimos, rindiendo la casa a los invasores.

# 18

## OPTIMISMO

En mitad de la noche, las dos canicas que llevábamos con nosotros destacaban en la mesilla de noche del servicio de Urgencias y su luz era tranquilizadora. No impedían el sueño, sino que lo fortalecían, y algunos compañeros se interesaron por ellas. Aquel material semejaba al oro, sin duda, pero también a aquel curioso sol verde de Berlín, y con su luz cerca estuvimos reflexionando sobre el cariz mágico que había tomado nuestra vida en los últimos tiempos.

—La garantía de lo mágico está en su potencia para ordenar lo misterioso —reflexionó Paula—. Por eso se vende tan bien.

Al fin y al cabo, qué era la vida sino un juego de magia redondo. Y por qué tomarse más en serio la política o el fútbol que la magia. Nos bastaba nuestra propia biografía para desconfiar de lo que la sociedad creía que era bueno para nosotros.

Y lo que teníamos claro es que la lucha contra los piojos no era lo nuestro y que el plazo de supervivencia del negocio estaba cerca de expirar. Debíamos mantenerlo abierto, sin rendirnos, pero también anunciaríamos su traspaso en páginas web y periódicos, y en carteles callejeros.

—Tenemos que ir a la próxima feria de comercio alternativo y comprar más canicas y otros productos de este tipo —dijo Paula.

—¿Dónde es?

—En Barcelona.

—Vale.

—Hay que ser valientes, como lo fueron los primeros Dumont —añadió

—. Hay que volver a las Alpujarras, hechizar a los clientes con nuestras canicas.

A lo lejos, un perro comenzó a ladrar. Luego, otro, y otro más. Enseguida entró un compañero para avisarnos de que esos ladridos iban a ser nuestro problema. Activamos el código 2. No había que desplazarse lejos, sino a un chalé cercano, en el que quince perros convivían con una finlandesa excéntrica. Aquellos perros que ladraban eran suyos. Llegamos al chalet en menos de cinco minutos. Nos esperaban siete policías municipales y una médica con obesidad mórbida. El caso estaba claro. La finlandesa había dejado de alimentar a los perros o los había golpeado o les había hecho algo muy grave, porque el escándalo de los ladridos resultaba insoportable. Con tanto ruido, era muy complicado entender a los policías y a la médica, y tuvimos que pedirles que se metieran con nosotros en la ambulancia, pero ella no cupo por la puerta.

—Pobrecilla —nos dijo un policía municipal—, tiene un problema de tiroides.

—¿La médica?

—La finlandesa...

—Vaya.

—Nunca había dado tantos problemas como hoy... Algo le pasa.

—¿Y no sería más conveniente llamar a un endocrino y a la protectora de animales? —le dijimos.

—Está viniendo un hijo suyo para acá. Él se encargará de los bichos.

—¿Qué bichos? —le preguntamos.

—Los perros.

—Los perros no son bichos, hombre, los perros son otra cosa —repusimos, pues la palabra *bichos* nos provocaba especial rechazo en aquellos días, la asociábamos con las cucarachas.

Se abrió la casa cuando aún seguíamos en la ambulancia y salió de ella la finlandesa, tras unos segundos de incertidumbre. Se acercaba a nosotros con naturalidad. Apareció con medias blancas y transparentes, o más bien el jersey de lana que llevaba como única prenda no le llegaba mucho más abajo del ombligo.

—¡La rusa! —exclamó un policía saliendo del vehículo con la mano en la

porra del cinturón.

—¿No era finlandesa?

—¡Qué más da!

Era una mujer guapa, pero mayor, demasiado mayor para ir como iba. Se acercó hasta nosotros y nos dijo:

—Mis chicos y yo hemos estado tomando peyote. ¿Algún problema?

—Ninguno, pero tiene usted que venirse con nosotros. ¿Ha ingerido algo más?

—Champán frío y coca-cola caliente.

Entonces, mientras acomodábamos a la mujer en la *papa*, nos telefoneó la abuela.

—Paula —dijo—, Liberto ha tenido un percance con los de la fumigación...

—¿Cómo que ha tenido un percance?

—¿Qué se oye?

—Bichos.

—¿El qué?

—Perdón... ¡Perros!

Se puso el abuelo para explicarnos el percance. Estaba muy alterado.

—¡Maldita la hora en que contraté a esos tipos! —dijo—. ¡Todo por vuestra falta de responsabilidad!

Al parecer, Liberto había entrado en casa para coger una biografía sobre Abimael Guzmán (o algún chiflado semejante) de la estantería de su dormitorio, sin respetar la cuarentena propia del exterminio de bichos. Los mellizos Dumont, los dos varones, estaban arrastrando la cama, volviéndola a pegar a la pared, y lo habían tomado por un intruso. Liberto se identificó, mostrando su DNI, pero no terminó ahí la cosa. Tuvo una discusión política con ellos, que se mostraron como irascibles extremistas de signo contrario.

—¡A qué clase de tipos se les puede ocurrir insultar al hijo de sus clientes! —dijo el abuelo—. ¡Solo es un niño!

—¿Pero Liberto está bien?

—Se recuperará. ¿Qué se oye?

—¡Perros!

—Un respeto. ¡Son mis chicos! —gritó la finlandesa desde la parte

trasera de la *papa*.

Se puso a ladrar, como si quisiera comunicarse con los animales de aquella manera, y tuvimos que cortar la comunicación para ponernos en movimiento.

# 19

## RUPTURA

Liberto no negaba la discusión con los hermanos Dumont, no podía hacerlo, se la había contado a sus abuelos, pero no le concedía importancia. Le pedíamos detalles del conflicto y no nos los daba, como si hubiera mucho que esconder, así que sospechábamos de su mutismo y creíamos que estaba justificado el incremento de nuestro rencor hacia esa familia. El abuelo opinaba como nosotros. Nos comunicó que se tomaría la justicia por su mano si no actuábamos con valentía, si no «marcábamos el territorio», y nos anunció que, después de lo que había sucedido, bajo ningún concepto pagaría la factura a «esos trogloditas».

—¡No fue una pelea, narices! —gritó Liberto desde su habitación—. ¡Fue una charla!

—Salir de la infancia es como respirar fuera del agua —le dijimos—, como cambiar branquias por bronquios, y adentrarse en otra realidad, ampliar el campo de visión, incrementar la lucidez...

La respiración de Liberto al otro lado de la puerta se podía escuchar como un síntoma de expectación, como el aviso de que había dejado de sollozar y nuestro discurso podía servirle de ayuda.

—... Pero la lucidez, hijo, la ampliación del panorama vital, aunque maravillosa en muchos aspectos, está repleta también de cosas feas, amenazas y terribles descubrimientos... La maldad existe, cariño, no como una conducta caprichosa de un compañero de clase que quiere tu balón o tu bolígrafo o tus tebeos o libros favoritos y te los roba, sino como una emanación inherente a algunos seres humanos que esta sociedad competitiva



acrecienta y promueve en muchos aspectos, y ese es el nuevo panorama al que te enfrentas.

Guardó silencio.

—Afortunadamente —continuamos—, las sociedades suelen evolucionar a mejor, y cada vez estamos más protegidos frente a las injusticias, pero eso no significa que no podamos sufrir algún día una, cariño... De lo que se trata, sin embargo, es de salir adelante y de tomar cualquier problema como un acicate para solventarlo... Jamás darse por vencido.

—¡Ja!... Vuestra cobardía es tan terrible —su voz llegaba fina, casi inaudible tras la madera, pero la oíamos demasiado bien, con impecable dolor, hablaba con suavidad, como si hubiera meditado mucho su mensaje, teníamos la impresión dura, difícil de aceptar, de que lo que nos estaba diciendo con tantísima rabia no era producto de un desahogo, sino de una reflexión de días—, vuestra dependencia mutua tan enfermiza, que nunca he obtenido de vosotros más que extravagancias afectivas, jamás amor o cariño verdaderos...

—Eso no es verdad, hijo, eres lo que más queremos del mundo.

—Me he vuelto cristiano solo para rezar a alguien por las noches y paliar así mi soledad cósmica ante la increíble mala suerte de tener unos padres como vosotros... Porque si vosotros alardeáis de haber sido tocados por la lotería del amor, yo puedo protestar por haber sido señalado por el infortunio de la misantropía no querida... No tengo unos padres normales, y eso estaría bien si la falta de normalidad indicara alguna genialidad o algún heroico suceso en vuestra biografía, pero es síntoma de una conducta patológica en la que uno habla y el otro calla, uno mira y el otro actúa, uno asusta y el otro sonrío y así...

—Lo heroico, si de verdad es revolucionario, nunca tiene precedentes, hijo. ¿Qué pretendes?, ¿que nos parezcamos a Gandhi o a la madre Teresa de Calcuta?

—Qué gracejo tienes, mamá. ¡Me parto!

—Hablamos en serio, hijo. Somos un modelo distinto.

—¡No sois nada!

—Al menos concede que tenemos los arrestos para imponer nuestra personalidad al mundo, sin molestar a nadie, pero siguiendo nuestro camino.

—¡No concedo nada!

—Hijo...

—¡Y todavía tendré que esperar al menos año y medio, hasta los dieciséis, para abandonar este hogar disparatado, y curarme de tanta ignominia! ¡No hay más que escucharos!

—La defensa de una visión y una forma de estar en la sociedad es consustancial al disfrute de la vida, y es lo que hacemos... No hay obligación moral de aceptar la convención; hay que respetarla en lo que merezca respeto, y en lo inadmisibles, hacer por cambiarla.

—¿A qué viene eso ahora?

—Recuerda la cita del Apocalipsis que nos leíste hace tiempo, esa que tanto te gustaba: «Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Así, puesto que eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca».

—¿Qué pasa con eso? —preguntó Liberto.

—¿Preferirías que fuéramos tibios?

—¡Preferiría que fuerais terrícolas!

Nos abrazamos, Paula y yo, como si no fuera suficiente con la sincronía mental, y necesitáramos también la fusión de los cuerpos para defendernos de tanto dolor.

—Y es posible —continuó él, mientras nosotros nos arrugábamos sin remedio— que ni siquiera esa edad permita mi emancipación, porque tendré que buscar trabajo y vete a saber qué clase de empleo puede lograr alguien como yo en este país que premia lo romo y lo fantasmal sobre lo imaginativo y lo tangible... ¡Un día, un maldito día de normalidad es todo lo que pido! ¿Tan difícil es?

—Hijo, la normalidad es un concepto discutible...

—¡Vosotros sí que sois discutibles!

—Hijo...

—¡Ni hijo ni leches! Vosotros no sois ni medio normales... Sois anormales, o subnormales, vete a saber. ¡Ojalá fuera adoptado y encontrara a mis verdaderos padres!

Yo empecé a golpear la puerta con los puños, exigiendo a nuestro hijo que abriera inmediatamente, y Paula lloraba cabizbaja, con el rostro oculto entre las manos. Había logrado que no reaccionáramos como pareja, sino por

separado. En mí, la testosterona promovió una actitud de rabia, y en mi mujer se impuso una suerte de derrota física y se dejó caer sobre la cama matrimonial, boca abajo, temblando.

## 20

### ZOMBI

En su día, el embarazo fue el mayor ataque a nuestra relación amorosa, porque el espíritu único de la pareja lo albergaban dos cuerpos cuyas diferencias eran cada vez mayores. El organismo de Paula sufrió transformaciones hormonales y de volumen críticos. El mío no, claro. Lo cual fue muy problemático para nuestra unión. Durante un tiempo llevé un cinturón que remedaba las molestias del embarazo, un cinturón al que se le iba añadiendo peso gradualmente, siguiendo el crecimiento del feto, pero no fue suficiente. Solo el nacimiento del niño nos hizo recuperar la radicalidad de nuestra unión, acercándonos incluso más (si tal cosa era posible). Pero aquel día, tras los reproches de Liberto, cuando ella se tumbó en la cama tuve que hacer un esfuerzo para acostarme a su lado y abrazarla, porque el cuerpo me pedía otra cosa, forzar la puerta del chico y abroncarlo como se merecía. El llanto de Paula no era el mío. Aunque intenté sentirlo como propio, estaba lejos de mi emoción personal. Nos miramos y ambos supimos que nos encontrábamos al borde de una separación no evidente en público (al principio, al menos), pero sí para nosotros. Cuando me levanté de aquella cama, dejándola a ella con su derrota, la cabeza oculta bajo la almohada, sabía ya que el chico nos había hecho un daño mayor del que él se podía imaginar y golpeé por última vez su puerta, como rabiosa protesta y también como prueba de rendición, seguramente.

Salí a dar un paseo. La extrañeza de sentirme solo, de pronto, completamente solo, me concedió unos momentos de estupor casi beatífico, y me vi como un hombre muerto caminando entre vivos, lo cual tenía algo de milagroso. No podía creer que todo hubiera terminado en un minuto, pero

sabía que así había sido, no podía creer que lo que solo hacía un par de horas era eterno fuera un breve suspiro. Así debían de sentirse los moribundos, tuvieran la edad que tuvieran, echando la vista atrás y diciéndose con asombro: «Qué breve todo, qué mentira». Qué breve mi relación con Paula, qué mentira el poder de nuestra unión. Fui a la farmacia para comprar el ansiolítico que nos aconsejaba nuestro médico de cabecera cuando nos abatía la dureza de la vida, pero la dependienta no me lo quiso dispensar porque las recetas estaban a nombre de Paula.

—Sepa que tiene usted una voz muy bonita —me dijo, a modo de consuelo.

—Gracias.

—Como siempre habla su mujer...

Divisé a lo lejos, saliendo de la panadería, a nuestro vecino de nombre risible, que me saludó levantando la mano.

Me acerqué a él.

Nos hallábamos en el Parque de los Viejos, como llamaban los más jóvenes del barrio a la plaza arenosa en la que los jubilados jugaban al ajedrez o al dominó y alimentaban a las palomas que luego dejaban perdidos los coches y bancos de la zona, amén de las terrazas de las casas y abrigos de los transeúntes.

—Gracias por la ayuda...

—¿Qué ayuda? —le dije.

—Aquel día que tropecé en la escalera, ¿no recuerdas? Acababa de padecer una inspección de Hacienda insufrible, casi soviética... Os conté mi vida en verso y me escuchasteis con tanta atención... Las palabras de tu mujer me consolaron mucho.

Fuimos a tomar algo.

—Es la primera vez que te veo sin ella —me dijo, mientras entrábamos en el bar—. ¿Ha ocurrido algo?

—Sí.

—Mujeres hay más que coches.

—La mía es distinta.

—¿Qué tal la charcutería? —preguntó luego, cuando nos sirvieron las cervezas en la barra.

—Regular.

—Ayer pasé por allí y tenéis clientes.

—Algunos.

—Menos mal —dijo—. Empezaba a sentirme culpable.

—¿Por qué?

—Porque fui yo quien os dio la idea de negocio.

—Pero nuestro negocio no es una charcutería.

—Ya lo sé, hombre. Lucha contra la pediculosis, os hablé yo de ello. De lo bien que estaba funcionando por Europa, ¿no recuerdas?

—No.

—Vosotros queríais abrir una especie de parafarmacia, pero yo os animé a cambiar de idea.

—No lo recuerdo.

Guardamos silencio, una agradable brisa entraba por la puerta del bar.

—Siempre he querido tener un negocio propio. Os lo compro.

—¿Cuánto estás dispuesto a pagar?

Dijo una cifra ridícula, que no era ni la quinta parte de nuestra inversión inicial, y me reí de su frivolidad.

Mantuvimos el silencio, bebiendo cada uno de su jarra de cerveza con la televisión de fondo, el telediario de media tarde. Había en esa compañía de otro varón la recuperación de una agradable costumbre perdida, que me hizo mucho bien, aunque la suya no fuera una compañía expresamente amistosa. Tras tantos años de férrea y cercanísima relación con Paula, había olvidado lo grato que podía ser el simple compadreo entre hombres, ese desahogo que se vierte en el silencio respetuoso y cómplice, aunque sea desde la distancia afectiva.

—Qué jodido todo —dijo él.

—Y que lo digas —respondí yo.

Al volver a casa, después de las cervezas y del paseo con el vecino, respiraba mejor, tenía la mente despejada. Todo simulaba ser como de costumbre. Mientras el chaval leía una biblia luterana en su dormitorio, Paula y yo estuvimos leyendo una novela de Pío Baroja en voz alta en el salón. Y cocinamos con cierta sintonía, pero nos mirábamos sin limpieza. Había algo quebradizo y sospechoso en cómo manifestábamos el común afán de realizar

tareas juntos. Ya no éramos inseparables, y lo sabíamos —ella se cortó el dedo índice y yo no—, y cuando leo lo que escribí esa noche en las cuartillas, con letra encogida, me doy cuenta de que no conjugo de la misma manera el verbo en primera persona del plural.

# 21

## FACTURA

Todos los finales tienen un único momento, perfectamente localizable, en el que se adivinan, a partir del cual se puede trazar la descomposición que vendrá después. Ese momento se había producido entre nosotros, aunque aún no lo viéramos o no lo quisiéramos ver. La llegada de la hija del señor Dumont a nuestra casa, tan risueña, con la factura asomando en su mano como un guante blanco con el que quisiera retornos a un duelo, fue otro empujón que contribuyó al derrumbe de nuestra vida en común.

—Tus hermanos insultaron a mi hijo —le dije.

—Jamás harían eso.

—Vino muy disgustado.

—Lo confundieron con un okupa.

—¿Cómo es posible, si esta es su casa?

—Entró en plena cuarentena.

—No es excusa.

—Iba con una camiseta roja y el retrato de Mao Tse-Tung...

—¿Acaso es delito?

—Mis hermanos son medio cubanos y no tienen mucha simpatía por los comunistas.

—A tus hermanos los contratamos para erradicar bichos, no para discutir de política.

—Le pido disculpas, en cualquier caso... Hemos disminuido el importe.

—¿Y el IVA?

—¿Lo quiere?



—Quiero una factura legal.

No iba a permitir que aquella familia de parásitos dejara de pagar el IVA. Yo tenía una rabia dentro que era como un cambio de naturaleza. El universo se me antojaba muy mal hecho, de pronto, tan mal que en su mismo centro y golpeado por la fuerza de un torbellino me encontraba yo. Y si hubiera estado a bien con Paula, no habría pagado un céntimo de la factura, pero no sabía qué pensaba ella del asunto, su rostro se había tornado opaco, sus intenciones incomprensibles, sus gestos extraños y sospechosos.

La claridad de nuestro salón a esa hora de la mañana era máxima, y pude ver un subrayado morado bajo uno de los ojos de la chica, muy leve, pero suficiente para que sospechara que ella también era víctima de su familia.

—¿Qué te ha pasado en el ojo?

—¿Sabe que tiene usted una voz muy bonita? —me dijo.

—Gracias.

—Nunca se la había oído hasta ahora...

—Hablo poco, sí.

—¿Dónde está su mujer?

—En la habitación del chico.

—¿Han discutido ustedes?

—No es asunto tuyo, me temo.

—Es verdad, perdone.

—Sobre Mao.

—¿Cómo dice?

—Hemos discutido sobre Mao.

Se rio.

—Y tú..., ¿cómo te hiciste ese moratón? —le pregunté—. ¿También llevabas una camiseta maoísta?

—Mi padre me golpeó —reconoció.

—No deberías permitirlo.

—Está enfermo y no controla bien sus impulsos, ha perdido su temple, tuvo un accidente con la furgoneta que le ha provocado un principio de demencia senil... —explicó.

—Y lo de estafar a los demás es también una actividad que surgió tras el accidente o ya lo hacía habitualmente...

—¿Estafar a quién?

—A nosotros, por ejemplo... ¿O me vas a decir que desconoces cómo llegaron las cucarachas a mi casa?

—¿A través de las cañerías?

—No exactamente.

—¿Cómo entonces?

Una respiración poderosa, que era replicada por otra más leve, pero también rotunda, y unos pasos musicales me anunciaron la llegada de los hermanos de la muchacha. Acababan de salir del ascensor y se aproximaban por el pasillo a oscuras, lentos y rítmicos. Es importante saber el nombre de quien se tiene delante, sirve para halagar su vanidad, pero, por más que lo buscara en la pechera del uniforme de la muchacha, no lograba leerlo. Estaba ahí, sobre su pecho izquierdo, encima de la D mayúscula y gótica, pero no era capaz de descifrarlo sin parecer rijoso o descarado. Amalia, Amelia... Algo parecido.

Llegaron por fin sus dos hermanos, con un fruncimiento de ceño que era más una muesca que una arruga. Se apostaron detrás de la chica a modo de guardaespaldas.

—Esta casa fue invadida por cucarachas por culpa de su padre, él nos vendió una mercancía fraudulenta. —Paula había llegado también con sigilo, por sorpresa, e intervino por ella y por mí, como habíamos hecho siempre, emulando la pareja que ya no éramos. Nuestra relación no se derrumbaría delante de aquella tropa de invasores.

—¿Qué mercancía?

—Le pedimos una cosa y nos dio otra.

—¿Qué le pedisteis?

—Le pidieron piojos —terció uno de los hermanos.

—¿Para qué? —preguntó ella.

—Para esparcirlos por el barrio —dijo el otro—. Su negocio se llama El Matapiojos.

—Esas cosas nunca salen bien —dijo la chica—. Nosotros erradicamos plagas, no las esparcimos...

—Salgan de aquí, por favor —dijo Paula.

—¿Otra vez te ha comido la lengua el gato? —me preguntó la chica,

tuteándome por vez primera—. ¿Por qué ya no hablas?

Se fueron dejando como reguero esas respiraciones fuertes y esos pasos rítmicos, y también un bello recuerdo, el de la chica risueña perdiéndose en el pasillo hacia el ascensor, negando con la cabeza lenta, tenazmente. No me habría fijado en ella si no hubiera estado en el final de mi relación, intentando apaciguar los primeros y dolorosos síntomas del derrumbe sentimental con aquel deseo inesperado.

Volvieron tres días después para confirmar que no quedaba ningún cadáver de insecto y trayendo la factura bien redactada, IVA incluido. Contemplé los gestos y movimientos de la muchacha con prudente delectación. Tenía la impresión vivísima de que había despertado de un sueño que ocultaba una visión pacata de la vida en la que no podía continuar por más tiempo.

Viendo aquel cuerpo tan elegante, me di cuenta de que mi amor de pareja, vivido con tanta pasión, había sido memorable durante toda su existencia, puesto que conllevaba una pelea día tras día, hora tras hora, contra quienes no aceptaban nuestra particular forma de ser y estar en el mundo. Conllevaba, por tanto, una persistencia en una disposición anímica ajena al aburrimiento; pero poco a poco se había transformado en comodidad, y la comodidad es un sofá en el que no conviene reposar demasiado tiempo porque entonces uno se acostumbra y ya no puede o sabe levantarse, puesto que termina consustanciado con el propio mueble, que te devora.

Supe que no reprimir ese deseo, no retirar la vista del trasero cuando la chica se agachó para hacer la comprobación bajo el fregadero, era un paso o cien pasos más hacia el agrandamiento de la brecha matrimonial, porque ese deseo no podía ser compartido, y cuando vi a mi mujer y a los hermanos de la chica juntos, los tres como un pelotón de fusileros, disparándome fuego con las pupilas dilatadas, me supe herido de muerte. Carraspeé y me fui.

—Este te estaba mirando el culo —le dijo un hermano.

—¿Quién?

—El cretino ese —respondió el otro.

Y lo dijo con gran desprecio, pero con un susurro confidencial, así que — el comentario no iba dirigido a mí— no quise defenderme. Pero la mirada de mi mujer fue devastadora. La complicidad se había perdido, y aunque estuvimos con los Dumont todavía una media hora larga, hasta que

confirmamos la eficacia de su trabajo y firmamos la factura, nuestros movimientos conjuntos fueron forzados y en todos ellos pude sentir el rencor disimulado de sus ademanes bruscos.

Cuando los Dumont ya se iban, Paula los hizo frenar en el vestíbulo. Sostenía con teatral repelús, los brazos extendidos, el frasco de cristal que guardábamos en la caja fuerte.

—Llévense sus bichitos, por favor, no los queremos... —dijo—. En efecto, fue una malísima idea.

Los dos varones se miraron con una sonrisa, o eso me pareció, antes de tomar el frasco. No se ponían de acuerdo en quién lo llevaría, se lo pasaban del uno al otro, hasta que su hermana paró el juego.

—¡Estaos quietos, por favor!

Pero el frasco cayó al suelo, en el mismo vestíbulo de nuestro hogar. La explosión de cristales dejó la mancha negra de la pelambreira muy cerca del paragüero. No aparecieron cucarachas ni insectos, tampoco una víbora (como me llegué a temer), no apareció nada. El silencio tras la caída duró tanto que no supimos qué hacer ninguno de los cinco. Nadie lo vulneraba probablemente porque ellos esperaban nuestra reacción y nosotros, tan separados, tan inseguros, éramos incapaces de salir del pasmo.

—¡Lárguense ya! —dijo mi mujer, finalmente.

—Mañana les traeré yo personalmente los piojos...

—¡No queremos saber más de ustedes! —replicó Paula—. Solo queremos que limpien este desaguisado y que no vuelvan a molestarnos en la vida, por favor... ¡No vuelvan a aparecer por aquí!

—Como quiera —dijo la muchacha mirándome con fijeza—. Hasta la próxima.

—¡No habrá próxima vez! —exclamó Paula.

Contemplamos cómo barrían y recogían los cristales y los pelos, los metían en una bolsa de plástico blanca, la cerraban y se alejaban por el pasillo.

Quedó el perfume de la chica. Lo aspiré con fuerza y me gustó. Yo sí quería que hubiera próxima vez. Esa muchacha me resultaba agradable y la reacción de Paula se me antojaba excesiva. Al entrar en el cuarto de baño para mojarme la cara, me topé con el búcaro que no pudimos entregar en el aeropuerto —el de canicas negras—, esquinado como un adorno feo y

estrafalario. Salí de casa y pude alcanzar a la muchacha en el portal, con sus hermanos entrando ya en la furgoneta, una de esas Renault Kangoo de color crema. Se diría que ella se había demorado lo suficiente para poder hablar conmigo; también que pensábamos muy parecido, como dos Dumont.

—Perdona a mi mujer... —le dije—. Hoy hemos tenido un día difícil.

Ella no respondió, pero su sonrisa fue elocuente. Le ofrecí media docena de canicas negras, se las puse en las manos metidas en una bolsa de papel y sin importarme la mirada de sus hermanos desde el vehículo. La chica tenía unas manos muy suaves.

—Pruébalas. Son curativas, estupendas.

—Gracias —sonrió.

Y cuando arrancó la furgoneta, me regaló una sonrisa memorable.

## 22

### TEATRO

Los pocos clientes que se adentraban en el negocio lo hacían atraídos por las canicas luminosas, para comprarlas, y con la excusa, a veces lográbamos hacerles una limpieza de pelo. Canicas naturales Dumont, las llamábamos, y las vendíamos de dos en dos, como prueba de nuestra convicción de que había algo relevante y dichoso en la unión de una pareja, metidas en cajitas doradas o verdes, muy coquetas, que preparaba Paula sin mi ayuda. Habíamos descartado comerciarlas como simples artefactos mágicos, aunque fomentábamos su leyenda misteriosa y repetíamos la especie de que eran utilizadas desde tiempo inmemorial por los beduinos bereberes del desierto, tal y como nos había contado el vendedor alemán. Los clientes veían en la referencia terapéutica un elemento de prestigio casi científico, y poco a poco el jarrón iba quedando mediado. Mi suegra era la única persona que no parecía creer en ellas. Tal vez porque su intención era que nada nos saliera bien ahora que había detectado que la pareja estaba en crisis.

—Me pongo una todas las noches debajo de la almohada y nada, incluso padezco más insomnio que antes... Menudo desastre de viaje berlinés.

—Tienes que poner las dos, mamá, y ser más persistente —insistía Paula —. No funcionan de un día para otro.

—¡Pero si parecen bolas chinas!

—¡Es que también curan las hemorroides!

—¡No digas bobadas, hija, por favor!

Hay claves del comportamiento humano que se nos escapan, esas verdades incomprensibles para nuestras limitaciones de las que había hablado

el vendedor de canicas, que sin embargo producen por instinto la sensación de relación causa efecto. Y había una relación hechicera entre nuestra ruptura matrimonial y la paulatina pero perceptible llegada de clientes al negocio. Los niños del barrio empezaban a tener piojos, las cabezas de las criaturas se llenaban de esos bichitos tan molestos y nosotros nos veíamos forzados a solicitar días libres de nuestro trabajo en la ambulancia, periodos en que nos sustituían de buen grado compañeros necesitados de horas extras. Nos quedábamos en el local revisando pelos y llenando de billetes y monedas nuestra flamante máquina registradora. Por fin habíamos roto el silencio ominoso del local, y qué bien sonaba aquella máquina y aquellos críos sin el hilo musical. Pero la brecha que separaba a Paula de mí se hacía más grande y la frialdad recíproca avanzaba como una enfermedad de alcance trágico. Seguíamos comportándonos como la gente preveía que nos comportaríamos. Sin embargo, nuestra unión real era una ficción, lo cual tenía consecuencias muy duras para nosotros. Se producían colisiones en nuestros criterios mercantiles o administrativos, y este cambio, aunque no muy perceptible desde fuera, nos permitía ser personas normales, una pareja convencional que sabía llevar bien, con disimulo, su desencuentro habitual, su mutuo hartazgo, el resquemor y desgaste propios de la convivencia forzada contra el deseo íntimo.

Uno se queda mirando a un desconocido, analiza su expresión, y sabe a ciencia cierta si hay alegría o tristeza en la máscara que es el rostro, y lo mismo cabe decir de los matrimonios: basta verlos juntos un poco para averiguar su grado de unión. El cerebro es muy capaz de discernir el mensaje oculto de nuestros semejantes. Y nada como la normalidad para atraer a otros normales. Nosotros ahora éramos una pareja normal, se veía sin esfuerzo, una pareja con disfunciones que disimulábamos por simple educación, y así atraíamos a otras parejas igual de mermadas. Nada molesta tanto a los seguidores de la normalidad como el éxito profundo, verdadero, del que toma un camino distinto, y nosotros hasta entonces habíamos tenido un éxito evidente como solo puede ser la dicha reconocible en cada pequeño gesto y en cada acto nimio, cayera quien cayera, y delante y frente a todos los obstáculos que nos dificultaran el camino. La norma general era un dios que a nosotros no nos decía nada. Pero nuestra relación se había roto desde dentro, nuestro hijo le había inoculado veneno al atribuirle con mucha agresividad

toda la culpa de sus desgracias. La distancia entre nosotros permitía una mayor cercanía con los clientes, porque ya no éramos una pareja auténtica, sino dos fracasados juntos, igual que todos ellos. Y no era solo Paula quien ejercía de portavoz del matrimonio, sino que nos disociábamos. Pero en casa una pena discreta, aunque cada vez mayor, se adueñaba del espacio, de la luz y de las voces. Incluso las plantas se marchitaban. Nos olvidábamos de regarlas. Ya no había insectos en los muros, pero sí una atmósfera turbia, desapacible, sombría, de la que éramos culpables nosotros. Intentábamos en ocasiones volver a ser lo que fuimos, y era en balde. Los disfraces de Batman y Robin permanecían en el armario como reliquias de la prehistoria.

Y yo tenía más ganas de hablar que nunca. De todo un poco, como si el muro de una presa se hubiera roto para dejar paso a mi voz, tanto tiempo retenida. Del cambio climático, de política municipal, de la expansión del universo, de ornitología incluso, qué se yo...

—Por Dios, Julián..., ¿no podrías callarte un rato? —me llegó a decir Paula.

Tampoco podíamos comentar la pena que compartíamos, porque estaba roto el puente esencial de la confianza, y cuando yo deseaba comunicarme con ella, ella se alejaba y se encerraba en un ceño arrugadísimo o en una mirada perdida, y cuando ella se acercaba a mí, yo no era capaz de ver las señales que lo indicaban o estaba malhumorado o, simplemente, mantenía mi discurso desatado, absurdo, sobre los gorriones como ratones del aire, sobre el ajedrez como el único deporte verdadero o sobre la influencia lunar en las mareas. Habíamos olvidado que nuestra relación, aunque muy afortunada, no era invencible ni sobrenatural, tenía las hechuras propias de la naturaleza cambiante y sujeta a agresiones de nuestra especie. Así que nos tragábamos el sapo cada uno por su lado, y en la cara de mi mujer yo distinguía mi propia pena, pero eran dos penas que corrían en paralelo, sin posibilidad de conexión ni diálogo. La manera en que ella fue alejándose de mí estuvo emparentada con su aproximación a Liberto, que se vio muy beneficiado por ello. Debía de tener razón cuando nos había reprochado lo difícil que le resultaba digerir nuestra manera de amarnos. La mayor intimidad con su madre le hizo mucho bien, nos llamó la tutora del instituto para decírnoslo. Dejó sus lecturas excéntricas y radicales y se volvió más convencional. Quitó los pósteres de Stalin y de Mao Tse-Tung y puso uno de Marilyn Manson, un



friki pasado de moda, pero al menos no había matado a nadie. Hasta en el equipo de fútbol empezó a contar con minutos de titularidad. Su autoestima creció tanto que parecía otro cuando llegaba por la tarde con una sonrisa de serenidad y unos ademanes confianzudos que eran lo único que suavizaba mi melancolía. Ya no se empeñaba en demostrar su elocuencia, porque su estima personal radicaba en que tenía una relación corriente con su madre. En esos días pude comprender la importancia suprema de la normalidad para cuadrar las personalidades y los destinos humanos, pude descifrar su carácter de religión silenciosa pero tiránica. No es tan importante sobresalir como ser aceptado por el común de la sociedad, o en todo caso, se trata de destacar, pero en el cauce marcado por la moral dominante, y no en un sentido o dirección que puedan ser tachados de extravagantes, inmorales o críticos. En esas etapas de tristeza, mayores cuando mi mujer se metía en la habitación con mi hijo a tener largas charlas de las que me excluían expresamente, y que ambos vivían como paliativo de sus desdichas cotidianas, salía de casa y el paseo me llevaba cerca de esa vivienda rústica en que debía de ocultarse la hija del señor Dumont, cuyo cabello deseaba volver a ver para descifrar su color imposible, cuya risa envolvente y mirada llena de parpadeos quería saber si eran reales y cuyas últimas palabras, «hasta la próxima», eran una promesa de reencuentro. Una tarde de esas en que la luz es rojiza, y uno parece sumergirse en un anuncio de seguros del hogar, la vi saliendo de la casa. La seguí un rato largo, pero al volver la vista extrañado por un ritmo de pasos musical, comprobé que sus hermanos venían detrás de mí. Discutían entre ellos. Aunque no me habían visto, me metí en un supermercado y, muy nervioso, fui hasta el fondo rezando para no escuchar los pasos de claqué. Daba la impresión de que la chica nunca iba sola, que esos bárbaros nunca la abandonaban, como si temieran por su integridad o su secuestro. Pero esta impresión no me hizo rendirme, sino que fui más cuidadoso con mi vigilancia los días siguientes. La mayoría de las veces consumía un café descafeinado con un buñuelo azucarado, relleno de abundante y deliciosa crema, en el bar de la plaza desde el que se divisaba bien la enorme casa del señor Dumont. Individuos muy diversos entraban y salían de la vivienda, eran clientes —algunos parecían yonquis o fiesteros— o amigos del anfitrión, pensaba yo, o él mismo, que tomaba la azada para remover un poco el huerto. Los paseos también me servían para descubrir otra ciudad, o más que otra ciudad, otro distrito, pues pocas veces abandonaba el mío, donde había muchos barrios

misteriosos: bastaba torcer por una callejuela que nunca había tenido atractivo para mis necesidades cotidianas y descubrir edificios insólitos, y la sorpresa ante esos rincones también alimentaba mi esperanza. Igual que descubría edificaciones inauditas, la muchacha me saldría al paso, inesperadamente, para rescatarme del naufragio sentimental. Recorría mi distrito y su entorno más cercano, por los lugares menos transitados u olvidados por mi memoria, y me admiraba ver cómo vivían vecinos tan cercanos a mí y sin embargo tan desconocidos. Descubría, a veces, mansiones extrañas, enclavadas como naves extraterrestres entre edificaciones anodinas de ladrillo, otras me topaba con chamizos desastrosos que suponían una brecha urbanística aún mayor, en los que se hacinaban grupos de gentes humildes, también había edificios altísimos de aluminio o similar en cuyas ventanas destacaban las persianas blancas, todas idénticas, y los hombres griposos más que grises, encorbatados, con la mirada fija en su lejana, tal vez imposible, jubilación. Y esperaba siempre el advenimiento de algo nuevo y crucial que me sacara de la tristeza que me hacía andar con una prisa de angustia, pues pensaba que si paraba, ya no podría continuar. Caminar me daba esperanza, el tipo de esperanza adolescente de quien desea la aparición de la chica con la que sueña, aunque ella ni siquiera sepa de su existencia. Ese paseo de las tardes era mi salvación de cada día, las horas del local transcurrían con actividad, llegaban clientes, niños llorones y quejicas nos confirmaban que la elección del negocio había sido un desastre, no había manera de disfrutar de la tarea de revisar pelos y extirpar liendres y piojos por mucho dinero que entrara en la caja. El final de la jornada era un alivio. Comenzaba a molestarnos estar juntos durante tantas horas haciendo tarea tan ingrata, a veces nos respondíamos con irritación, la pena daba paso a la ira. Nos culpábamos mutuamente del desamor. Ella se transformaba en una sombra molesta, y yo también a sus ojos, pero no podíamos o sabíamos confesárnoslo. El abismo parecía, maldita sea, irremediable.

# 23

## RESCATE

En uno de aquellos recorridos improvisados en los que me dejaba llevar por el capricho o el instinto, descubrí a la chica. Me metí debajo del toldo de una frutería y esperé a que la ventana en la que había aparecido su rostro volviera a abrirse. La había visto recoger ropa de un tendedero, y aún quedaban prendas en las tres cuerdas que corrían en paralelo bajo el marco de la ventana. Pero el desconfiado frutero me miraba y ella no aparecía, y yo agarraba melocotones y los volvía a dejar, acariciaba los tomates, muy blandos, para, acto seguido, asomarme bajo el toldo y confirmar que la ventana seguía vacía. Entonces sonó mi móvil y la estridencia del timbre —la sirena de un barco insoportable, que me había puesto Liberto y yo no sabía quitar— coincidió con su reaparición en la ventana. La chica miró hacia donde yo estaba. Me oculté bajo el toldo para toparme con el frutero de brazos cruzados.

Era mi suegra quien llamaba.

—¡Paula! —me dijo.

—¡No soy Paula!

—¡He dormido bien!

—Me alegro...

—¡Díselo a mi hija! ¡Puse dos canicas y funcionaron!

Y mientras el frutero trataba de sacarme fuera del toldo con empujones más o menos evidentes, lo que significaba ser descubierto por la chica, mi suegra me ametrallaba con palabras incomprensibles. Transmitían un mensaje de euforia, pero yo no podía concentrarme en su significado. Hablaba más

rápido que nunca. Todo era feo a mi alrededor, todo, desde el frutero hasta su fruta, desde la voz chillona de mi suegra hasta la tarde turbia y ventosa que mostraba unos edificios chatos, de ladrillo y persianas descascarilladas metiendo ruido. Cuando mi suegra terminó de hablar, fui por fin expulsado a la acera, pero la muchacha ya no estaba en la ventana. Crucé al otro lado y, pegado al muro como un fugitivo, abandoné el lugar, jurándome regresar al día siguiente.

    Mi suegra volvió a llamar, pero no contesté.

    Cuatro veces más me sonó el teléfono. El carácter impertinente de mi suegra se me antojó el rumbo infalible que llevaba Paula, y hasta la tranquilizadora causa de nuestro desencuentro. Le había oído decir a mi suegro que de joven su mujer era serena y amable, pero el tiempo la había llevado hacia la arbitrariedad, la mala uva y la tozudez. Difícilmente se apartaba de una idea, por errada que fuera, y se enfadaba por cualquier contratiempo, aunque no le afectara personalmente. Igual que hablábamos del gen Dumont para referirnos a lo mejor que teníamos, a nuestras virtudes personales confluyentes, podíamos hablar de una tozudez propia de nuestro linaje. Aunque el gen Dumont nacía de una concepción casi mágica de la vida, lo que no era mágico, sino científico, es que la carga genética pasa entre generaciones sin remedio, y nada garantizaba que Paula no fuera a convertirse en una réplica de su madre con el paso de los años. Paula, tal vez, estaba condenada a ser como mi suegra, y terminar casado con mi suegra era un panorama ciertamente inquietante.

    La muchacha de pelo multicolor se me aparecía como la única luz al final del pesimismo que me embargaba. Era una llama encendida. Corría el riesgo de precipitarme y quemarme o apagarla en el impulso de hacerla mía. Su mayor valor estaba en lo que suponía de expectativa, pero para mantener la expectativa tenía que intentar alcanzarla. Y ella también estaba condenada. Si su familia era un clan de cavernícolas, ella también lo era o sería, aunque aún no lo pareciera o peleara contra su destino. Porque, como dejó dicho el clásico, nuestra naturaleza es nuestro fin. Y entonces estaría a oscuras con mi desgracia, con mi desamor y con mis miedos, solo, puesto que mi mujer tenía familia y yo no, puesto que mi mujer tenía al chico de su parte y yo no, puesto que me había desvinculado de mis amigos desde que me uní a ella, tantos años atrás. Solo tenía, si acaso, a ese vecino de nombre risible, a ratos

agradable en el trato, a ratos sospechoso por sus comentarios malintencionados, que también daba paseos largos y sin rumbo, del que no sabía si trabajaba o vivía de rentas familiares, y con el que me saludaba con lejana simpatía o con lejana antipatía, dependiendo del momento. Hablamos de nuestras infancias una tarde. Él dijo que de niño le afectaba mucho llamarse como se llamaba, que era objeto permanente de burlas, pero eso le había imprimido carácter y seguridad. Comentaba con asombro la mejora de El Matapiojos, un negocio que había arrancado con tanta dificultad, se interesaba por él. Aseguró que estaba planteándose fundar otro comercio, que iba a atreverse con su sueño, que la vida era para quien tuviera la voluntad de apropiarse de ella, que esta había sido la enseñanza primordial de su niñez. Yo le escuchaba y me distraía, porque el vecino era un narrador un tanto atropellado, pero con ramalazos chispeantes, divertido, y notaba que cuando hablaba de fundar su propio negocio, me miraba con precaución, como si me estuviera pidiendo permiso. Pero no hacía caso. Tenía mis propias preocupaciones: la muchacha. Sabía que no podía demorar mucho la llamada del deseo sin caer en la depresión, y que los pies, solos, me llevaban en su búsqueda. Y cuanto más cerca de ella, más riesgo de condenarme a la oscuridad, porque nada me garantizaba ese éxito tan deseado. Fui varias tardes seguidas hasta la callejuela donde la había visto, pero no volvió a aparecer en aquella ventana escueta. Me atacaron las dudas. Quizá no vivía allí, sino que había ido a erradicar alguna plaga de insectos. Tal vez no había sido ella. O lo había soñado.

O deliraba como un demente.

Cambiaba el itinerario en cada paseo, pero lo terminaba indefectiblemente en la plaza donde radicaba la vivienda del señor Dumont. Me metía en el bar de enfrente a esperar novedades.

Cuando el camarero dejó el café con leche y el buñuelo de crema delante de mí, ya no necesitaba pedirlos para que me los sirviera, noté una transformación curiosa en la vivienda. Las ventanas estaban adornadas con geranios, la puerta había sido barnizada, el letrero «Casa Dumont» enderezado y pintado de nuevo tapando el óxido, y de la chimenea brotaba un humo blanco, algodonoso, de cuento nórdico en aquel día tan frío. Se diría que el dinero de la erradicación de los insectos estaba siendo bien empleado en remozar la vivienda. No me tenía por un hombre irreflexivo, sino

templado y de sentimientos duraderos, que se iban conformando con la experiencia y el análisis. Pero estaba en aquel sitio por causa del gen Dumont, enamorándome de nuevo porque la muchacha era, como Paula, portadora de la milagrosa sangre pirenaica que permitía nuestros alientos. Había un palpito misterioso en ese embellecimiento de la vivienda, era casi una prueba de que la misma transformación podía operarse en mí si convencía a la muchacha de que yo era su hombre. Hasta la piedra de la fachada, antes mohosa, enfermiza, estaba revestida de una alfombra de musgo brillante como las canicas, dos de las cuales yo había tomado la costumbre de guardar siempre en el bolsillo derecho del pantalón. Lo malo nunca dura tanto, lo bueno se abre paso si uno tiene paciencia y actúa. Y las pintas milagreras promovían la acción, eso me parecía, las miré y me sorprendió su belleza, y hallé también relación entre su brillo y el brillo del cabello de la muchacha. Cuanto más estrujaba las dos canicas, una contra otra, mejor me sentía, más confiado en el arreglo de mi vida. ¿Por qué no creer en la bondad de aquellas bolas absurdas si la misma vida era absurda? ¿Por qué dejar de creer en lo que tanta sensación de plenitud me deparaba? La vida era un misterio solo interpretable desde la magia, y a mí me gustaba esa magia redonda e íntima en la que confiaba como se confía en un medicamento que funciona. Sin magia, sin religión, sin placebos, solo quedaba el desierto de la racionalidad, el miedo ante lo incomprensible, la desesperanza.

Aunque solo fuera por una estrategia comercial, acaso vital, me convenía creer en su potencia sanadora. Era mucho más sencillo vender la verdad que la mentira. Y yo creía en la verdad de las canicas tanto como creía en la verdad de la chica, y en el resplandor de su presencia.

Confirmé su atractivo cuando la vi en un lateral de la plaza, apareció por detrás de la grúa varada, y en su ceño interpreté esa mirada de miope propia de quien está acostumbrada a forzar la vista. El imán Dumont empezaba a actuar. Lo que me había llevado a ella la traía a ella hacia mí. Podía olerme, intuirme, y sabía que yo estaba en algún lugar no muy lejos de donde ella pisaba. Volvía la cabeza, miraba hacia arriba y hacia los lados, se daba la vuelta de súbito como si quisiera descubrir una presencia por sorpresa. Por fin sus ojos apuntaron hacia la luna del bar, detrás de la cual yo masticaba con cuidado mi buñuelo, como si la actividad de la mandíbula pudiera

delatarme.

La sensación de que venía a por mí me produjo incomodidad; me di cuenta de que no estaba preparado para que ella tomara esa decisión, y hui hacia el servicio de caballeros, pero a mitad de trayecto me atacó la vergüenza, me sentí un cobarde. La huida contradecía mi deseo de toparme con ella, así que me quedé quieto, con el camarero observándome con una media sonrisa muy rara. Su expresión tenía un aire desconcertante; tal vez quería decirme algo, pero no se atrevía. Cuando por fin regresé al taburete, decidido a afrontar la colisión con la muchacha, ella había desaparecido de la plaza.

Miré hacia las canicas buscando un golpe de inspiración.

Al levantar la vista, tenía a la muchacha más cerca que nunca, pero iba acompañada de un tipo musculoso, una especie de macarra con ropa negra y apretada y visera roja de béisbol. Nos separaba solo el cristal del escaparate y ella se colocaba el pelo como ante un espejo mientras él le hablaba con una mueca desagradable. Y, con todo, me daba la impresión de que Amanda me miraba mientras su acompañante la hacía reír. Acaricié las canicas como quien reza un rosario, pero me dio la espalda, y su figura se hizo pequeña, se despidió del chulo en mitad de la plaza con un beso corto en la mejilla (en la mejilla y no en la boca, qué alivio) y continuó su camino hasta situarse frente a la vivienda de su padre. Llamó con la aldaba y enseguida la puerta se abrió. Allí estaba el señor Dumont, robusto y de pelo alborotado. Le dio dos besos a su hija y luego una bofetada inesperada. Me bajé del taburete para ir a defenderla, pero el camarero, a quien tenía detrás sin haberlo notado, me sujetó del brazo con autoridad.

—La cuenta —me dijo.

—Gracias —respondí, desconcertado.

Saqué la tarjeta.

—Tengo estropeado el datófono —dijo.

—Pues yo no tengo otra cosa.

—Me puede pagar con una canica...

—¿Una de estas?

—Eso es.

—Pero esto vale muchísimo más que el café y el buñuelo...

—Le invito a la consumición y le doy diez euros.

—De acuerdo —dije, sorprendido con su interés por la bolita—. Se la estoy dejando barata.

Abstraído como estaba por los últimos acontecimientos, guardé la otra canica en el bolsillo del pantalón, llevando también en la mano la mitad restante del buñuelo de crema.

Atravesé la plaza con decisión. Llamé a la puerta de la vivienda. Lo hice con mucha fuerza, sin prudencia, sentía la bofetada que había recibido la muchacha en mi propia piel. Tenía un argumentario en la cabeza, una serie de reproches relativos a la compraventa fallida de piojos, a la posterior fumigación de mi hogar y al trato humillante que había padecido mi hijo, pero la puerta tardaba tanto en abrirse que aparecían las dudas. Y el buñuelo guardado por error en el bolsillo derecho del pantalón era una presencia que no sentía más que como un corolario del malestar general. Mi experiencia en Urgencias me permitía concentrarme en lo principal, dejando al margen cualquier distracción irrelevante, así que no fui capaz de detectar el origen de esa sensación húmeda cerca de la bragueta. Estaba alerta, preparado para la batalla contra un tipo con las trazas de poseer un perfil psiquiátrico complicado. Nada como el olor para detectar la enfermedad mental. Y allí se percibía un hedor a especias anormal, no exactamente desagradable, pero sí desconsiderado con el visitante como solo puede serlo el olor de la guarida de un perturbado. Todo cobraba entonces un sentido imposible de ignorar: la chica era una flor frágil en una selva, ella podía tener la sangre de su padre y de sus hermanos, pero por educación o por cultura o quizá por ironías del gen egoísta provenía de una especie diferente, fina y amable.

Se abrió al fin la puerta y el hedor escapó de la guarida esparciéndose a mi alrededor como una nube de mosquitos. Los ojos se me humedecieron, pero, pese a esa suerte de gas mostaza que me rodeó, también me llegó el rastro aromático distintivo de la muchacha, un perfume personal que me alcanzó como un hilo prodigioso que pidiera que yo tirara de él y la rescatara.

Él no era un hombre feo, sino todo lo contrario, pero sus hombros y cabeza parecían los de un gigante, pese a ser más bien bajo, y en la bestialidad de su aspecto eran esenciales sus ojos diminutos y claros, dos lucecitas verdes, casi amarillas, en la piel curtida. Irradiaba una masculinidad violenta, invasora, que a mí me había producido inquietud, incluso rechazo, y



a Paula cierta fascinación cuando lo conocimos. Detrás de él busqué en vano a la muchacha, pero solo hallé la estantería colmada de libros, el terrario en el que no se veía la serpiente y una colección de botellas que con seguridad no conservaban alcohol, sino un repertorio de bichos indeseables.

Estaban las persianas bajadas, y no parecía haber nadie más en el salón. Me pregunté si la muchacha no habría salido de la vivienda por la puerta trasera. Tal vez estaba en el huerto.

Se habla mucho de las consecuencias psicológicas de secuestros prolongados, pero el mayor secuestro, el más efectivo aunque nunca se denuncia porque la sociedad aún no conoce otra forma de organizarse, es el que se produce en el seno familiar, en el que un niño solo puede ser hijo de sus padres y se ve obligado a aceptar como normales situaciones inicuas forzándose a creer que recibe amor cuando está recibiendo humillaciones, y así se acostumbra a ver la disciplina cruel como aceptable severidad, y a digerir los complejos y anhelos frustrados que sus progenitores proyectan en él como ayuda para el porvenir. La chica estaba sumida en un síndrome de Estocolmo que le impedía comprender su situación injusta. Ella era consciente de que yo había acudido a salvarla, pero temía su propia salvación.

La liberaría de su cautiverio contra lo que dijera o hiciera el bárbaro de su padre, incluso contra los deseos de ella misma, hipnotizada, alienada por el secuestro legal. Rodeé la vivienda para confirmar mi sospecha, dejando al hombre con la palabra en la boca, adentrándome en su territorio sin pedir permiso, y sin que me importara nada su reacción, pero me encontré con el huerto vacío, y al fondo, el muro de ladrillo rematado por los cristales disuasorios. Estaba pisando los cebollinos y me lo hizo saber el señor Dumont con su voz más penetrante, la que se transformaba en un susurro ronco que intimidaba.

—Eso vale dinero... ¿Qué hace?

Regresé a la puerta sintiéndome ridículo. Le di el billete de diez euros que tenía en la cartera y pareció quedarse conforme. Sonreía como si supiera lo que yo pretendía hacer con su hija y, lejos de alarmarle, le divertiera. Me agarró del brazo y tirando de mí hacia el interior de su vivienda me colocó frente a la chica, que estaba en el hueco de la puerta, escondida como una niña.

—¿Podemos hablar, por favor? —le dije, vislumbrando el brillo de sus ojos en la penumbra de aquel salón siempre sombrío.

—¿Quién es usted? —respondió, y en su voz noté la mayor indiferencia.

Sentí que se me aflojaban los músculos de las piernas, me costaba mantener el equilibrio. Me transformé en un adolescente sufriendo un desamor inesperado.

Fue el padre quien respondió desde la oscuridad:

—El hombre a quien fumigamos la casa hace solo unos días, hija... Métele unos cebollinos en una bolsa y que se los lleve.

—No quiero nada. Los diez euros son por los daños en el huerto... Yo sí reparo lo que estropeo.

El señor Dumont se acercó hasta hacer su sonrisa visible, como si despreciara mi reproche con la mayor cordialidad.

Ella se encogió de hombros y tuve la impresión de que el silencio se volvía incómodo y que mi presencia sobraba.

—Han aparecido más bichos... —mentí—. Más cucarachas.

Padre e hija abrieron los ojos, y pude ver que los tenían casi iguales, compartían color y brillo, las pupilas pequeñas pero penetrantes en el iris reluciente, luminoso en la oscuridad. Me di cuenta de que un rasgo de belleza podía ser en el rostro inadecuado un elemento perturbador. Los iris, que en la muchacha resultaban armoniosos, al padre le daban una expresión escrutadora de orangután.

Era evidente que mi comentario les había sorprendido.

El señor Dumont ordenó a su hija que me acompañara a la oficina para hablar del asunto, que él debía ocuparse de algunos negocios urgentes.

—Sí, claro que me acordaba de ti —me dijo ella, sonriente, cuando nos hubimos alejado unos metros de la vivienda—. Tenía que disimular... Desde el accidente, mi padre tiene celos... A veces cree que soy mi propia madre ya fallecida... Conviene que no sospeche que buscas algo más que un trato profesional.

Tragué saliva, andar recto me resultaba complicado y podía sentir en la nuca la mirada vigilante del señor Dumont, pero no me atrevía a volver la vista y corroborar mi intuición.

Un bochorno de tormenta atrapaba el humo de la ciudad, condensándolo

como una nube tóxica en la plaza, y aun en esa atmósfera podía percibir el aroma único de la muchacha a mi lado.

La perplejidad solo me dejaba sentir el fluido silencioso del corazón calentando mis mejillas y provocando el latido de mis sienes. Era la primera vez en años que estaba tan cerca de una mujer que no era Paula. Poco a poco la sangre se dirigía a ese punto neurálgico que a los varones nos cuelga bajo el ombligo.

Nos adentramos en el bar desde donde yo la había vigilado, a ella y a su familia, y por cómo saludó al camarero supe que nunca había estado allí de incógnito. Aquel camarero que me observaba con una media sonrisa al servirme el café con leche y el buñuelo cada tarde, era familiar de la chica, su primo o su amigo. Esa rudeza simpática con que me había tratado desde que empecé a ser asiduo de su cafetería tenía retranca. Aquel negocio turbio, me dije, el de propagar plagas de insectos para luego erradicarlas, estaba al margen de la ley y exigía sus prevenciones y vigilancias, y el camarero formaba parte del entramado. Pero la muchacha no era un miembro más de la familia —familia en su sentido más amplio y mafioso—, sino que tenía dentro del grupo un carisma o una autoridad que probablemente solo superaba su padre.

—¿No íbamos a una oficina? —pregunté.

—Esta es la oficina —respondió.

El camarero se cobijaba detrás de la barra con enorme respeto, como agachándose para que ella no pudiera verle de cuerpo entero. Tenía esa actitud un tanto asustadiza de los pueblerinos visitados por la hija del cacique.

Ella trataba de sacar de su pantalón vaquero algo que se resistía a salir. Era una canica negra, oscura como el color de su cabello en ese momento.

—Maravillosas, por cierto —dijo poniendo la canica en alto—. ¿Puedes conseguirme más?

La mirada del camarero era equivalente a la de un mamífero sin cerebro, no tenía lectura, ni transmitía otra cosa que contemplación plana, sin relieve, pero de pronto adquiría el brillo de estar al acecho, en espera de una orden para actuar contra mí, si fuera necesario. Me llamaron al teléfono y descolgué.

Era mi suegra.

—¿Paula?

—No soy Paula.

Estaba seguro de que pretendía añadirme alguna carga moral o física, lanzarme un reproche o hacerme ir a por unos bártulos o mover unos muebles de su salón, o cambiar los apliques del cuarto de baño, convencido de que me llamaba para poner a prueba mi desencuentro con su hija, puesto que desde nuestra ruptura era patente que le gustaba incordiar. Con todo, era una buena oportunidad para distraerme con algo que me permitiera tomar distancia y analizar mejor la situación en medio de tantas emociones cruzadas. Salí del bar para hablar con ella.

—¿Estás ahí, Paula?

—No, Paula no está aquí. Este no es su móvil, sino el mío, el de tu querido yerno.

—La ironía no funciona por teléfono.

—¿Quién lo dice?

—Tu odiada suegra.

—Yo no te odio.

—Ja, ja, muy gracioso... Pues cuéntale a Paula que me han pedido bolas bobas un montón de amigas... A todas les interesan.

—Son pintas milagreras.

—Como se llamen.

Era tanto su entusiasmo que elevé el rostro hacia el cielo como si le debiera un agradecimiento. Era un milagro que objetos tan sencillos estuvieran seduciendo a sus compradores. Mientras mi suegra me hablaba de lo beneficiosas que eran las «bolas bobas», y de la necesidad de pedir más, yo iba dando gracias al sol por el acierto de la compra. Y un mareo grande, como por un exceso de dicha, me vino al pensar que con las canicas podría conquistar a esa criatura que me contemplaba desde el interior del bar mientras yo me paseaba, nervioso, con el teléfono pegado al oído. Hacía ya un minuto o dos que mi suegra se había despedido de mí con un comentario sarcástico («Adiós, paulino»), pero yo gesticulaba como si aún estuviera hablando con ella, ganaba tiempo para contener una euforia que no me permitía organizar el pensamiento. En apenas una hora había pasado de la desesperanza a contemplar cómo mi vida se encaminaba hacia una solución global.

Mientras yo seguía con el disimulo, interpretando una conversación telefónica inexistente, la muchacha se cansó de esperar, salió del bar y me agarró de la manga del abrigo para acrecentar la sensación de milagro. Tiró de mí y tuve que finalizar la farsa y guardarme el teléfono. Me condujo por la plaza hasta la calle adoquinada que se ocultaba tras la grúa.

—¿Te ha pegado tu padre? —le pregunté.

—No.

—Lo he visto.

—A veces me confunde con mi difunta madre.

—Eso no es eximente, ni siquiera atenuante.

—Tú no conociste a mi madre... Ella sí tenía la mano larga... Y era una ninfómana.

No supe qué replicar ante tamaña demostración de desconsideración hacia su progenitora ya fallecida.

Subimos la empinada cuesta y al doblar la esquina me dio la mano, que era tan suave como la recordaba.

—Ven rápido —me dijo.

La calle desembocaba en un callejón estrecho y sin salida, en sombra, y allí me besó ruidosamente.

Apretaba su cuerpo contra el mío como si pretendiera que yo lo absorbiera, moviéndose de arriba abajo con una frotación un tanto excesiva, y yo intentaba apartarla de mí no por falta de ganas, sino para coger aire, pero resultaba imposible. Hasta que el deseo también me dominó, y nos fundimos en un abrazo apretado, abrigo contra abrigo. Ella se dejaba llevar por una excitación descabellada, sorprendente, que de alguna manera frenaba la mía. Interpretábamos una escena subida de tono debajo de un balcón voladizo al alcance visual de los vecinos. Comencé a flaquear, como si los sentidos se pusieran alerta y ahuyentaran mi libido. El riesgo de ser descubierto me provocaba una lucidez resistente. Oí la apertura de una persiana y me dejé resbalar por su cuerpo hasta la misma acera, en la que me senté no sé si para ocultarme o para huir de aquella mujer.

—¿Qué haces? —me preguntó.

Quise hacerle entender mis inevitables remordimientos de cónyuge —aún no me había separado—, pero ella no tuvo en cuenta mis razones. Volvió al

asunto, sentándose a mi lado para besarme con furor, hasta que al abrirme el tres cuartos, tocó mi pantalón y se apartó con rabia.

—¿Qué pasa?

Se palpó el cabello rubísimo para comprobar que estaba en su sitio y, dejándome un mohín de su mejor desprecio, se alejó calle abajo, después de decirme que quería más «bombas».

—¿Canicas?

—¡Como quieras llamarlas!

La vi desaparecer sin entender nada, con esa sensación de humedad junto a la bragueta como un malestar difuso que no acertaba a interpretar. Quise tomar la canica del bolsillo para tirarla lejos con rabia, y cuando sentí la crema del buñuelo, comprendí el malentendido.

—¡No soy un eyaculador precoz! —grité.

Pero ella ya no estaba.

La canica se rompió en infinitos pedazos al golpear contra el muro. Su brillo dorado respondía a un baño finísimo de color, pues por dentro era negra y hueca. Se oían, a lo lejos, las voces de los hermanos de la muchacha y del camarero:

—¡Amanda! —la llamaban.

Tuve una percepción muy clara de su enfermedad. Indudablemente, su actitud había distado mucho de ser corriente: mi atractivo no era tan grande como para que se lanzara sobre mí como lo había hecho. Las voces de sus familiares eran un aviso de peligro dirigido a ella y la confirmación de su problema. La llamaban para que no incurriera en el riesgo que conllevaba su perturbación.

—Está mal de la cabeza —concluí.

Y me fui de allí, rápido y encogido, antes de que me descubrieran.

—Es una pobre y desgraciada perturbada, como toda su familia.

# 24

## ENEMIGOS

Celebramos con los abuelos el décimo cuarto cumpleaños de Liberto en un restaurante indio, y Paula y yo hicimos todo lo que pudimos por disimular nuestro desencuentro. Un resabio de orgullo nos incitaba a mantener un comportamiento antiguo. Se trataba de un remedo malo pero pertinaz de lo que habíamos sido, e intentábamos hacerlo todo a la manera en que molestaba a nuestros familiares. Pero era una tentativa torpe, amén de vana. Y en ese teatro fallido se iba decantando un rencor recíproco que supuraba por la herida de la desunión creciente. En vez de mostrar a las claras la fisura sentimental y afrontar las consecuencias, el fingimiento, como toda mentira, engrandecía nuestro patetismo ante la alegría cada vez mayor de mi hijo y de mis suegros, y nos enrabietaba al uno con el otro.

—¡Brindemos! —dijo el abuelo.

Nuestros familiares reían y aplaudían cualquier ocurrencia boba dicha en la mesa y la cantidad de boberías que dijeron fue a más a medida que consumieron el vino. Así era la obscena celebración de su victoria. Pidieron dos botellas de buen rioja, y Paula y yo apenas las catamos. Mi suegro, cada vez más crecido por nuestra tristeza, colmó la copa de Liberto más de una vez, y el chico terminó la comida ebrio, con la mirada perdida en su plato manchado de tarta de arándanos y farfullando una palabrería incomprensible que divirtió mucho a sus abuelos.

—La inteligencia es un error evolutivo —fue su única frase inteligible—. Averiguaré qué dijo Darwin de esto.

—¡Qué va a decir! ¡Que la inteligencia no es nada sin responsabilidad ni

ética! —dijo el abuelo, en lo que interpreté como un reproche dirigido a Paula y a mí.

Tenía que hablar con mi mujer, quería hacerlo, para solucionar cuanto antes el desencuentro o dar con la manera de finiquitar la relación sin excesivo trauma, pero ocurre que los conflictos sentimentales producen disparidad de criterios y de ritmo: no se pone uno de acuerdo en cuándo debe acelerar o frenar con quien ya no es su pareja.

No eran solo dolorosas las comidas y las cenas con mis familiares, sino también las convocatorias a reuniones de la comunidad de propietarios o de la asociación de padres de alumnos del instituto en las que los menos discretos, normalmente mujeres u hombres resentidos con el mundo, nos preguntaban si nos pasaba algo. Nuestros gestos lo decían todo. Lo peor, sin embargo, eran las salidas con la *papa*. Ella conducía a una velocidad atroz, en la que hasta entonces yo no había reparado. Intentaba sacarme de mis casillas provocando a los pacientes, los incitaba a rebelarse contra mis instrucciones; actuaba, en definitiva, despreciando el sentido común. Ponía en peligro todas las operaciones. Ya no tenía por acompañante a una compañera cómplice, sino una enemiga empeñada en fastidiarme. Y ella pensaba lo mismo de mí.

Dos enemigos trabajando juntos en materia tan sensible como los dementes y los psicóticos era un disparate y por eso pedí un cambio de conductor que ella se tomó como un ataque, como si con esa petición denunciara su incapacidad laboral. Me lo concedieron a los quince días de que rompíéramos un jarrón en un forcejeo con un travesti de Móstoles, paciente habitual, que decía ser hijo de un espía norteamericano o ruso, según le diera. Quise, entonces, tener una conversación con Paula que dejara un regusto agradable en la culminación de la ruptura, pero ella, malencarada y huidiza, no me permitió la comunicación. Preferí mudarme de casa y dejé de acudir a El Matapiojos. Me quedé con las canicas aún no vendidas —medio jarrón dorado y un jarrón negro casi entero— y ella me las reclamó muchas veces por teléfono.

—Mañana te doy tu parte —mentía yo, cada vez que me llamaba.

—Al menos podías darme el otro búcaro.

—Son canicas negras, sin atractivo.

—No me obligues a viajar a Barcelona para comprar más —dijo.

—Yo no te obligo a nada.



Cuando se inicia una guerra entre individuos que han sido pareja, el odio que se desata es directamente proporcional al amor que los unió, escuché una vez en la radio, y probablemente sea cierto. Las batallas iban a ser cruentas, por mucho que yo me empeñara en desterrar los peores sentimientos. Las canicas se convirtieron en un elemento sustancial de sus exigencias, pero me parecía justo que si ella se quedaba con un negocio que comenzaba a ser rentable, El Matapiojos, yo me apropiara de unas bolitas que habían sido una inversión minúscula en comparación, y cuya rentabilidad, aunque incipiente, estaba por confirmar. Y no es que ella viera este razonamiento injusto, sino que no hablábamos, o lo hacíamos a ráfagas mediante malentendidos y miradas torcidas.

Conseguí que nuestro jefe me pusiera en un turno y un horario muy distintos para no cruzármela por los pasillos del servicio de Urgencias. Con Liberto quedaba en bares o restaurantes del centro, nunca en mi nuevo domicilio, para que no pudiera informar a su madre de mi ubicación. Y me preguntaba, continuamente, cómo habíamos terminado tan mal cuando hasta hace nada estábamos tan bien.

# 25

## AMANDA

Pensaba mucho en la muchacha del señor Dumont, pero en mi deseo ahora se mezclaba también la compasión. Recordaba los gritos alarmados de sus hermanos y del camarero, como si quisieran protegerla de sí misma aquel día en el callejón. Al pasear por el barrio, volvía a tirar de mí una suerte de necesidad adictiva y arriesgada, pues, a medida que los días transcurrían y se agravaba el desencuentro con Paula, mi cuerpo iba llevándome casi por inercia cerca de la plaza donde vivía la muchacha con su padre.

Rondaban los genes en común en la súbita y violenta atracción entre la muchacha y yo, estaba convencido. Prefería esta versión de la historia antes que considerarla a ella una simple y desdichada mujer bipolar capaz de sentirse atraída, a rachas, por un simple y desdichado hombre en vías de divorcio como era yo.

Después de los largos paseos, volvía a mi habitación derrotado por la ausencia de unos resultados que en realidad no sabía si deseaba. La ruptura me tenía perplejo, atolondrado, abría la puerta del piso y me adentraba en mi habitación sin apenas otro saludo hacia los dos estudiantes con los que compartía morada que un fugaz alzamiento de mano. Me quedaba en la cama mirando un techo en el que trataba de dibujar animales para tranquilizarme, igual que de niño había hecho con las nubes en el recreo del colegio. Cuando sonó el teléfono móvil, la pantalla me anunció la empresa de los Dumont y encontré al otro lado la voz suave y las palabras rápidas de la muchacha.

—No soy ninguna fulana... Estaba bajo el efecto de una canica —me dijo, y yo me tomé esta revelación como la mención de un efecto supersticioso y no estupefaciente—. Lamento la agresividad con que te traté,

me pareció una traición la manera en que te dejaste ir.

—Llevaba un buñuelo de crema en el pantalón.

Pero no me escuchó o no me comprendió, puesto que hablaba para sí misma más que para mí. Me pareció que repetía mucho la palabra *fulana*, demasiado, cada vez más y con mayor intención.

—No te preocupes, Amanda, de verdad... Entiendo lo que te pasó.

En mi experiencia como técnico de urgencias psiquiátricas había lidiado en una ocasión, al lado de mi mujer, con una desequilibrada con tendencias ninfómanas que saciaba su falta de amor —había tenido una infancia muy desdichada por maltrato y abusos de su padrastro— con un exhibicionismo y una agresividad que, siendo ella muy guapa, la transformaban en fea y desagradable. Todo el atractivo del primer impacto, que despertaba su figura de caderas pronunciadas y sus bellas y exóticas facciones, quedaba en nada cuando se abalanzaba sobre las mujeres más cercanas. La atábamos a la camilla de la *papa* e imitaba a una endemoniada soltando procacidades.

Más que morbo, daba miedo.

Pero, pese a las semejanzas que mi memoria establecía, también pensaba que con Amanda no estaba todo perdido y que su caso no era, ni de lejos, tan grave. Fantaseaba yo con la idea de que la chica había tenido una madre salvadora, de la que habría heredado ese pelo cambiante, esa piel tan fina y, sobre todo, un patrimonio personal de buena educación, buenos recuerdos y verdadero amor, por mucho que Amanda hablara mal de ella (probablemente, por la influencia nefasta de su padre).

Continuamos la conversación desde la misma parada del metro en la que nos citamos dos horas después hasta el bar al que ella me condujo, que no era la cafetería de la plaza, sino un pub juvenil y oscuro en cuyo fondo nos situamos.

La música era agradable, adormecedora, del tipo *chill-out*. La quise besar y ella se apartó.

Guardamos silencio durante mucho rato. Fue como un extraño duelo entre tozudos.

—Mi padre te considera un hombre poco fiable... —dijo ella, finalmente.

—Yo tampoco me fío de él.

—No le gustan los hombres de ojos oscuros.

—¿Por qué?

—Cosas tuyas.

—A mí no me gustan los estafadores.

—¿Hablas de mi padre?

—No, hablo en general.

—Mi padre no es un estafador.

—Menos mal.

—Y menos mal que no sabe nada de lo nuestro.

—Lo nuestro todavía no es nada.

—Sería capaz de cortarte los huevos...

—Qué agradable.

—Eres muy mayor para mí.

—Eso es verdad.

—Y él es un hombre preocupado por su familia.

—Y violento... Si te pega, yo puedo hacer que lo ingresen en un hospital psiquiátrico... No es tan difícil en casos así.

—Jamás le haría eso.

—Temporalmente, claro.

—Es mi padre.

—Entiendo.

—Se parece a Paul Newman. ¿No te parece guapo?

—Si fuera más arreglado...

Se rio.

De alguna manera, me conmovía su lealtad familiar. Había en su comportamiento algo desquiciado, un signo de desequilibrio que también contribuía a su atractivo. Estaban su padre loco y su madre cuerda en ella, como el yin y el yang. Me contó que en España el setenta y cinco por ciento de los universitarios deseaban ser funcionarios, y que ella estaba más en la línea de los anglosajones, que con el mismo porcentaje se decantaban por ser «emprendedores». Las canicas iban a ser su emprendimiento. Le dije que la historia de nuestra familia demostraba que los Dumont llevábamos en la sangre ese gen emprendedor y pionero.

—Menuda bobada —dijo—. Qué tendrá que ver nuestro apellido francés con la atracción hacia el modo de vida anglosajón.

Nos reímos.

Para cuando salimos del bar, ya nos habíamos tocado todo lo que nos podíamos tocar en un local público. Decidimos ir a mi habitación. No saludé a mis compañeros de piso, la pareja estaba jugando a la play station y ni siquiera nos miró o no vimos que lo hiciera, puesto que la excitación hizo que recorriéramos el pasillo con mucha prisa para tirarnos cuanto antes en la cama deshecha. Allí la desnudé por completo, y contra la ventana, mirando pasar al vecindario con sus pechos pegados al cristal, hicimos el amor con una lentitud enternecedora y fascinante, repleta de una suerte de cariño lejano pero acumulativo hasta el gran placer final, que hizo que ambos gritáramos con cierto paroxismo —las risas de mis compañeros de piso como eco—, antes de derrumbarnos en el colchón, exhaustos. Luego, quince o veinte minutos después, ella se incorporó y se acercó a los búcaros de canicas que reposaban en mi estantería blanca de Ikea.

—¿Por cuánto las vendes?

—Todas para ti —le dije.

—¿De verdad?

—Bueno, todas no... Las negras.

—Muchísimas gracias.

—De nada.

Me miró un rato largo, desnuda, apoyada en la repisa de la ventana en plagio involuntario de algún cuadro de Edward Hopper, con una expresión de sorpresa, duda o ironía, no sé. Soltó una carcajada. Pensé que me iba a decir que le gustaba ser una Dumont, pero qué va, ella no actuaba en clave romántica ni le importaba demasiado el origen del apellido:

—¿Por qué tenías un buñuelo de crema en el pantalón?

# 26

## VECINOS

El riesgo es una pócima muy potente para hacer que surja el amor, y yo la bebí aquella noche, y Amanda también, por eso no salimos de la cama hasta que amaneció pese a que tanto su teléfono como el mío se iluminaron varias veces. La sensación de que me metía a vivir en una isla salvadora, pero llena de riesgos, no habría sido posible sin la existencia de tiburones alrededor. Tenía la impresión de que me unía a ella el gusto por el peligro y por romper con hechos radicales el individualismo feroz que conforma la vida de nuestros días.

El problema es que el amor, sea real o ficticio, no es un camino fácil ni solitario, la pareja sufre embates imprevisibles, nunca puede dedicarse a recorrerlo sin desviar la atención. Está el problema de la hipoteca o del alquiler, de las facturas de luz, teléfono y agua, de la compra semanal, de las actividades extraescolares del crío, de comer demasiado o demasiado poco, de ser demasiado torpe para entender la vida o demasiado inteligente para aceptar la torpeza de los demás, y a veces uno es demasiado inteligente para algunas cosas y demasiado torpe para otras, no hay término medio. Está todo revuelto conspirando contra cualquier manifestación amorosa, y en realidad nosotros no estábamos enamorados, sino jugando al juego arriesgado del amor. Por eso, a veces, me citaba con el vecino —en puridad, exvecino— no solo para pasear con él y distraerme, sino para saber de Paula, de la que le gustaba hablar casi tanto como a mí. Pero su entrometimiento no me escamaba ni molestaba, porque gracias a él obtenía información relevante. Aquella tarde quedamos en una terraza de la plaza Mayor, entre pedigüeños, malabares y turistas, y comprobamos que nuestras vidas eran parecidas, ni

muy dichosas ni muy tristes; tal vez por eso nos buscábamos cada cierto tiempo. Estábamos hablando del deterioro de mi matrimonio.

—Un poco locos sí que estabais —dijo, como si me lanzara un reproche. Me quedé callado, sin saber qué responder.

—Jamás oí tu voz mientras estabas con ella, no me jodas —añadió.

Todo el mundo nos tomaba por locos. A lo mejor, debíamos asumir que el mundo, y no nosotros, tenía razón. De hecho, era raro lo rápido que se había roto nuestra relación. Todo era satisfactorio en ella, la comunicación, la actitud, el sexo, y, de repente, ya no existíamos como pareja. Cosa de locos, sin duda.

—Cuando hay una verdadera compenetración de pareja, basta con que hable uno de los dos —dije, al fin.

—Suena bien, pero es un disparate.

—Estábamos enamorados.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Y qué es el amor?

—La confluencia en libertad, supongo.

—A nuestra edad solo los muy pirados están enamorados —dijo el vecino.

Vale, pues yo quería ser un pirado. En eso, el componente Dumont era especial; el mismo impulso que llevó a mi antepasado a cruzar los Pirineos y bajar hasta Granada para casarse con una lugareña, ese impulso misterioso, era el que me llevaba a mí a querer seguir enamorándome, pese a que rebasara la edad en que eso se consideraba razonable. Enamorarme no como los hombres de cierta madurez, que lo hacen con un poco de teatro, imitando el enamoramiento juvenil, sino a lo bestia, sin resistencia y sin temple.

—Yo jamás tendré hijos —comentó el vecino—. No por los niños en sí, sino porque luego se convierten en hombres.

—Yo con uno tengo suficiente.

—Y porque te ha salido bien... Imagínate si el día de mañana deja embarazada a una muchacha o se droga o se vuelve un energúmeno de esos que van por ahí peleándose.

—Toco madera —dije, llevándome la mano a la frente.

Desconocía entonces que algo parecido iba a sucederle a Liberto en poco tiempo. Desconocía que la tragedia es vengativa con la frivolidad y que como mejor sacia su rencor es en el cumplimiento de premoniciones caprichosas, dichas sin pensar ni meditar, como mera chanza que, sin embargo, lleva dentro una semilla cargada de fatalidad.

Estuve hablando un rato más con el vecino, hasta que llegamos a la conclusión tácita de que nuestra amistad no habría sobrevivido al tiempo, porque siempre nos terminaba irritando estar juntos más de una o dos horas. Pagamos la cuenta. Volveríamos a conversar en un par de semanas, seguramente, sin ninguna alegría ni emoción perdurable. A medida que los años pasaban, las emociones se volvían romas, y la vida, pura costumbre. Y, como decía mi suegro, no era por sabiduría. Lo motivaba un déficit hormonal idéntico al que serenaba a los perros o a los gatos o a cualquier otro mamífero. La proverbial sabiduría de la vejez se daba en todas las especies animales, y era mera endocrinología.

—Hasta luego —nos dijimos y estuve a punto de ladrar para hacer un chiste malo que él no habría entendido. Así que me reprimí.



## 27

### PROPUESTA

Quedaba con Amanda a escondidas, en bares alejados de nuestro barrio, pero eran encuentros fugaces, puesto que ella aseguraba que no se podía permitir estar mucho tiempo fuera del alcance de su familia. Se iba con prisa y yo me quedaba bebiendo una copa y soñando con volver a consumir algún día, en un rincón íntimo y acogedor, la unión sexual que yo tanto deseaba y que ella parecía no desear más. Olvidaba que era mucho más joven que yo. Y empezaba a confirmar que la ciclotimia era su principal característica, puesto que tras aquella primera impresión de impulsividad sensual, ahora se comportaba como una muchacha muy desinteresada, casi temerosa, del sexo.

—Buscas a otra Amanda —decía—. A una Amanda tóxica que ahora no soy.

Y se iba sin que yo comprendiera su actitud ni su frase.

Pensaba que hablaba con metáforas.

Pero su discurso era literal, y tanto ella como yo desconocíamos que la incompreensión era recíproca.

Estábamos en un local de música mod, decorado para rememorar los años setenta en el Reino Unido, con paredes psicodélicas y carcacas de lambretas llenas de espejos retrovisores de plástico en los que uno podía colgar el abrigo. Los camareros llevaban traje entallado, corbata estrecha y flequillo, y la clientela no era excesivamente joven y vestía según los cánones mods, parka incluida. Amanda y yo no éramos mods, pero yo sí lo había sido con veinte años durante tres meses, así que podía sentirme cómodo entre los miembros de la única tribu urbana que me agradaba. La muchacha me

anunció que su padre quería verme.

—¿Para convertirme en un eunuco?

—Para hablar de negocios...

—Sigo teniendo los ojos oscuros.

—Se fía de tu apellido.

—¿Qué pretende venderme ahora? ¿Más cucarachas? ¿Una mantis religiosa?, ¿un cocodrilo?

—No te burles de mi padre. Es una persona maravillosa.

—No me burlo, es una preocupación sincera.

—Quiere que le proporciones canicas.

—¿Por qué?

—Porque son un buen negocio.

—¿Canicas negras?

—Canicas como las que me diste el otro día. El color le da igual.

—¿Cuándo quiere que nos veamos?

—Cuando tú quieras.

—Vale.

—¿Vale?

—Sí.

La quise besar, pero se levantó.

—Ahora no puedo —dijo—. Tengo que decírselo a mi padre... Te llamaré.

## 28

### NEGOCIO

Nos citamos en un sitio elegido cuidadosamente por mí, neutral, por así decir, ni en su casa ni en la mía, y tampoco cerca del barrio. Si íbamos a hablar de negocios, y nada más, deseaba un ambiente profesional que incomodara levemente al señor Dumont, y que estuviera repleto de testigos por si él o sus vástagos pretendían reprocharme con agresividad la relación con su hija. Lo cité muy cerca del estadio Santiago Bernabéu, en un hotel del paseo de La Habana que frecuentan gentes del arte cinematográfico o televisivo, un lugar muy oportuno para que se sintiera controlado y temeroso. Para llegar a la barra del bar, donde yo llevaba cerca de media hora bebiendo sin prisa un *gin-tonic* estupendo, los Dumont debían atravesar el enorme vestíbulo lleno del sol que permitían entrar las puertas de cristal y el colosal tragaluz —un cono de metacrilato que bajaba hasta tocar el suelo— y sortear los sillones circulares rojos y *beige*, no sin antes girar sobre sí mismos, acongojados por la envergadura y el fulgor del vestíbulo. Contemplé cómo se perdían detrás de los muros y entre la gente, con esa habilidad para danzar mientras andaban, vi cómo señalaban con admiración y sin disimulo a una actriz de cierta edad, sentada en un sofá, sola y en actitud de espera, incómoda cuando ellos la miraron, y luego siguieron buscándome en vano, hasta que me pareció que su deambular era mal visto por los camareros y la clientela, y llamé su atención subiendo el brazo. Al padre no le sentaba mal el traje a pesar de su corpulencia; la corbata de tonos granate y la camisa blanca eran discretas, y los pantalones habían sido planchados, pero se notaba la falta de costumbre con que su cuerpo cargaba con él. Lo llamativo era el calzado: deportivas New Balance muy gastadas del mismo color que su

corbata. Sus hijos venían con el mono rojo de fumigadores.

Nos situamos en una mesa detrás de un pilar muy grueso, donde podríamos charlar sin llamar la atención.

Como me temía, tardaron varios minutos en servirnos, aunque esta circunstancia no contrarió a mis invitados. Pidieron, para enfado del camarero, una jarra de agua con «cinco hielos».

—Si no ha traído dinero, le invito... —dije.

—Nunca bebemos durante el trabajo —zanjó el padre.

Su mirada iba dirigida a sus hijos, que bajaron la cabeza.

Creía que Amanda andaba cerca, me había dicho que se fiaba de su padre, pero no tanto de sus hermanos, y deseaba presenciar la reunión. La buscaba entre la marabunta del hotel, pero no la encontraba.

—¿Y bien?

El señor Dumont tomó aire, como si fuera a bucear en el fondo del mar, pero, en vez de hablar de negocios, comenzó a contarme su vida.

Había salido de Cuba no a bordo de una balsa improvisada y secreta, como era común ver por la televisión de los años noventa, sino formando parte de una misión sanitaria en Nicaragua. Allí ejerció de médico veterinario en los barrios más depauperados de Managua, en un contexto de violencia grande, pero con la recompensa de mayor libertad de desplazamiento y opinión de la que tenía en Cuba. Todo esto me lo contaba con sus hijos escoltándole con admiración, como si pudieran ver la narración, más que escucharla. El régimen confiaba en su lealtad, así que hizo que su familia se reuniera con él y pidió destino en Sudáfrica, con quien Cuba mantenía excelentes relaciones tras el final del *apartheid*. En Ciudad del Cabo trabajó también de veterinario. Ganaba mucho dinero, pero la mitad del salario lo debía enviar a Cuba como pago por la formación recibida y por lealtad al régimen del país, hasta que se cansó de hacerlo y perdió toda posibilidad de regreso.

—Allí sigue la pura de estos dos, que volvió por convicción y por su viejo.

—¿La qué?

—La pura, la madre... —dijo.

En Sudáfrica, me contó, tuvo una amante afrikáner, su ayudante en la

clínica pública donde trabajaba. Cuando la relación se consolidó, esa mujer, «bella y peligrosa», le pidió que se hiciera una prueba de ADN.

—Decía que se fiaba de mis ojos claros y mi perfil romano, pero no de mi piel oscura, tal cual, así que tuve que hacerme la maldita prueba para que me presentara a sus viejos... Ja, ja, ja.

Sus hijos imitaron la carcajada estrepitosa, y el alboroto pareció borrar el pilar que nos protegía de la clientela del hotel. Un camarero se asomó para ver qué sucedía. La carcajada finalizó abruptamente y el pilar regresó a su ser. La mirada del señor Dumont se le fue hacia la historia que estaba contando, sus ojos parecieron mirar hacia dentro, igual que la voz, cada vez más profunda y grave, como si tuviera que rescatar sus recuerdos del pozo del estómago.

—Deposité una muestra de saliva en un tubo de ensayo diminuto y lo envié por correo a una dirección postal de Róterdam... Mientras tanto, en espera del resultado, paseaba con aquella hermosa muchacha como si fuera la última vez que podría hacerlo, aterrado, convencido de que mis ancestros eran un *melting pot* —hizo el signo de las comillas—, puesto que no solo tendría algo de indio, sino también de negro y sería considerado un mestizo, un *coloured*, que es una categoría distinta, ni blanco ni negro... Pensaba que la iba a cagar con balcón a la calle, no sé si tú me entiendes.

—Perfectamente.

El sol se arrastraba por el mármol y calentaba mis muslos acompañando bien la narración. La voz radiofónica del señor Dumont era adormecedora a media tarde, pero me mantuve alerta, por si el cuento se torcía y tomaba un trecho peligroso.

—Cuando llegó el resultado de la prueba, no fui capaz de consultarlo en dos días... Estaba aterrado... Muchos afrikáneres añoran el *apartheid*, ¿tú sabes?... Viven en guetos de lujo, en urbanizaciones cuyos muros se electrifican por las noches... Otros han emigrado, porque temen a los negros... Hay mucho rencor acumulado..., tardará lustros en desaparecer, si es que alguna vez lo hace...

—Los blancos lo están pasando mal... —terció uno de sus hijos—. Muchos han sido asesinados desde que terminó el *apartheid*... Hay quien habla de genocidio.

—¿No lo dirá en serio? —dije yo—. Genocidio el que se hizo con los

negros.

El padre fulminó a su hijo con la mirada, como si le censurara el comentario, y el chico bajó los ojos y se frotó las manos.

—Nadie me interrumpa, por favor.

—Perdón —masculló el mellizo con timidez.

—El caso es que la prueba salió bien —continuó el padre, como si nada —, porque el informe señalaba que yo era europeo con solo un diez por ciento de sangre india caribeña... Tras mostrarle los resultados, aquella hembra se entregó a mí por completo. Me pareció que ella me tenía que haber amado por quien yo era y no por lo que dijera un papel, pero me tragué el orgullo... Estábamos llamados a casarnos, pese a la diferencia de edad, y pese a que yo venía con dos niños pequeños... El papelito me había dado un estatus homologable, porque ella ya sabía que su familia me aceptaría... Ciudad del Cabo es una ciudad abierta comparada con otras zonas mucho más duras de cultura afrikáner, como el centro y el este del país... Pero el padre de la titi era de esa zona, de Orange, y desconfiaba de alguien que no fuera blanco... Con ese documento, sin embargo, podía ir con la frente bien alta. No solo era europeo, sino que mi primer apellido, Dumont, parecía relacionarme con los hugonotes franceses que emigraron a Sudáfrica para integrarse en la comunidad afrikáner a finales del siglo XVII, y el segundo apellido, Rey, es muy similar al de un héroe nacional afrikáner, Koos de la Rey, de origen hispanoportugués, al que veneran y del que cantan un himno aún hoy. Fue un general muy importante en la guerra contra los británicos... En la segunda guerra anglo-bóer... Implacable pero caballeroso, todo un señor.

—¿Los sudafricanos emplean dos apellidos? —inquirí.

—Yo se los mostraba para presumir.

Me estaba sentando muy bien aquel *gin-tonic* servido en copa de balón, como debe ser, que me permitía disfrutar de la extravagante narración con placidez —y hacerme una idea cabal de mi interlocutor— mientras el sol me iba subiendo por el tronco, provocándome un cosquilleo en la nuca, la espalda y los antebrazos.

—... Yo era de Mandela, no de los suyos... —dijo—. Yo había deseado tener sangre europea no por racismo, entiéndeme tú bien, sino por amor a la muchacha peligrosa. Me importaba tres pepinos el origen de mis antepasados.

Le hice una seña al camarero para que me trajera otro *gin-tonic* y una botella de agua mineral para los Dumont. Solo el padre había bebido de la jarra ya vacía; cada vez que hacía una pausa, un punto y seguido, se llevaba el vaso colmado a la boca y lo vaciaba en su estómago con dos golpes de nuez. Y sus hijos casi peleaban por volvérselo a llenar, como dos niños celosos el uno del otro.

—Yo despreciaba a los afrikáneres, en suma, hasta que me vi aceptado en su comunidad... Ya daba igual el color más oscuro de mi piel, tenía el papel que decía que era tan blanco como ellos, si no más, y eso bastaba para que me aceptaran alegremente. No era un negro, no era un mulato, no era un judío, no era un indio o un pakistaní. Tampoco tenía origen inglés (los afrikáneres han estado enfrentados con los británicos desde la fundación de Sudáfrica). No podían clasificarme en ningún grupo enemigo. Y fue como si se me abrieran puertas que antes no solamente habían estado cerradas para mí, sino que ni siquiera había visto. En paisaje y recursos naturales, aquel país es el paraíso, tiene una diversidad natural muy grande, y entrar a formar parte de aquella comunidad significaba, cuando yo vivía allí, disfrutar plenamente del paraíso, y adquirir también sus vicios. Pude entrar en sus agradables clubes, pude obtener una educación de más calidad para mis hijos... Ahí donde los ve, todos hablan y leen afrikáner e inglés. —Los hijos asintieron—. Escuchaba su música. Me aficioné a ella y, lo que son las cosas, empecé a simpatizar con sus movimientos más combativos en cuanto nació Amanda. Lo veía todo desde otro punto de vista, sintiéndome parte de una comunidad en riesgo, y cualquier perspectiva es posible y hasta legítima en este mundo, lo sabe Dios, hay tantas como intereses en juego.

—Eso es discutible.

—Basta dar un giro a la narración, señalar unos hechos frente a otros, para conseguir aceptar lo que antes nos parecía inaceptable. Llegué a afiliarme al Movimiento Nacional Afrikáner, asistí a sus convenciones, estreché la mano de Eugène Terreblanche, su difunto líder, y no me arrepiento, aprendí sus himnos..., los chapurreaba más bien; los chicos, sin embargo, los cantan sin acento, sobre todo mi hija, pregúntele a ella por el himno dedicado a De la Rey... ¡Es muy energizante!

Los tres hicieron retumbar la mesa con sus risas, que terminaron con una melodía ronca, suave y violenta, dedicada al héroe afrikáner. Les pedí que lo

dejaran, por favor, que podían echarnos del hotel.

—No soy racista, te lo aseguro —continuó él—, pero gracias a los afrikáneres aprendí la importancia de la comunidad y me puse a investigar de dónde provenían mis ancestros... Mi apellido francés, que tan bien me había venido, empezó a interesarme como nunca antes lo había hecho. Accedí a la enorme base de datos de los mormones, a veces con transcripciones erróneas, pero útiles, y fui conociendo cosas... Los Dumont son de los Pirineos franceses, en efecto, de Soueich, al menos los que a nosotros nos interesan, Jean Dumont y Maria Anne Perrin. Se casan el 13 de enero de 1776 en ese pueblecito occitano. Tienen ocho hijos, más o menos, la mayoría mujeres, dos o tres varones, entre ellos Etienne, nacido en primer lugar, en diciembre de 1776, que baja con catorce años con su tío Blaise hasta Almería, primero, y Granada, después. ¿Por qué? Parece que, por mero afán de aventura, su pueblo se le quedaba pequeño. Con veintiséis años deja embarazada a una jovencita de apenas dieciocho, Ana Ruiz, y se casa con ella en 1802 en Bérchules, las Alpujarras. Tienen cinco hijos: Blas, Dolores, Esteban, Juan y Nicolás... A ti te interesa Nicolás, el pequeño, guardia civil que nace en 1826, porque de él descienes tú, un tipo de orden... A nosotros nos interesa Blas, el primogénito, aventurero que emigra a Cuba para vender venenos y tiene problemas legales que persiguen a nuestra rama hasta hoy como una maldición de sangre.

—El orden contra la delincuencia —celebré, en parte por el efecto del *gin-tonic*.

—En la comunidad afrikáner —continuó él, con el mismo gesto de ostensible desinterés hacia mi comentario que había manifestado hacia los de sus hijos—, tan orgullosa de su pasado bóer, son habituales estas indagaciones genealógicas... Y tú me dirás... ¿Adónde quieres tú llegar? Te estoy contando mi vida para que veas que soy capaz de expresarme con propiedad, por un lado, y porque compartimos esa sangre tan importante para nosotros, somos parte de una misma familia, de la misma estirpe, y quiero que tú me conozcas mejor y no te dejes llevar por la mala impresión que hayan podido causarte las tensiones comerciales que hemos padecido, sino por mi biografía de hombre trabajador y fiable en todos los aspectos, también en el racial.

—A la raza no le doy la más mínima importancia.



—Pero tenemos sangre en común, y eso no puede ser ignorado.

—Pensaba que veníamos a hablar de negocios.

—Hay estudios que indican que la confianza entre iguales se gana forzando las confianzas, de la misma forma que el cerebro no distingue entre una risa natural y otra forzada; ambas generan las mismas endorfinas para quien ríe. Yo pretendo que tú sepas quién soy para que estrechemos el lazo amistoso antes que el comercial, apoyándonos en el ancestro común que nos une, y en la sangre a la que tú y yo pertenecemos como europeos.

—Usted no es europeo, sino cubano.

—Europeo de estirpe.

El camarero retiró mi copa vacía, me sirvió otro *gin-tonic* y dejó la botella de agua mineral sobre la mesa.

—Discúlpeme, no quiero molestarle —dije—, pero creo que tiene usted un modo de ver la vida un poco raro.

—¿Qué quieres tú decir con eso?

—Que habla mucho de la estirpe, de la raza. Y no sé muy bien por qué.

—Tú estás condicionado, como lo estuve yo, como lo está todo Occidente, por la enorme sensiblería cultural del ambiente, flotante como el aire que respiramos. ¡Atrévase a ser políticamente incorrecto, aunque solo sea un minuto!

Y sus dos hijos, los dos tunantes, asintieron con los párpados.

—Vale, lo que usted diga —me impacienté—. ¿Adónde quiere llegar? ¿Cuál es el negocio?

—Quiero que tú me proporciones más canicas —habló con su tono más misterioso y pendenciero—. Estoy dispuesto a pagarte por lo que valen, y conozco el percal, como dicen aquí, soy descendiente de quien soy. Es un buen producto y sé moverme en este campo, tengo experiencia. Mis hijos no lo venderán por la zona donde vivimos, sino en el extrarradio más lejano, donde está lo peor de la sociedad.

Uno de sus hijos puso en la mesa una bolsa de nailon roja, que había mantenido hasta entonces invisible, pegada a su mono de igual color, y después de abrirla parcialmente con aire desconfiado, mirando hacia los lados, el padre me hizo el gesto de que me asomara a su interior.

—¿Una pitón?

—Hay lo que estoy dispuesto a pagarte por el producto.

Había muchos billetes dentro, fajos enteros, era impresionante.

—Un tercio para ti, de comisión, y el resto para compra de bombitas.

—Pintas milagreras se llaman.

—Como quieras tú llamarlas.

La visión de aquella cantidad de dinero terminó por disipar toda mi prudencia. Si hubiera sido un poco más avisado, habría supuesto que no era la creencia supersticiosa en la benignidad de las canicas lo que promovía su interés comercial, sino otro aspecto mucho más turbio, pero la ingenuidad ha sido siempre mi rasgo personal emblemático.

—Ahora vuelvo.

Fui al cuarto de baño y busqué el nombre del producto, *pintas milagreras*, con el internet del teléfono móvil, pero no encontré página web que informara de dónde se podían adquirir. Ni siquiera en la feria de Berlín parecía haber referencias a un expositor que hubiera vendido tal mercancía.

Poco después, entró el propio señor Dumont. Estaba atándome los cordones, pero sentí su presencia como una cálida brisa repentina sobre la nuca. Me incorporé sin haber terminado la tarea con los zapatos.

El señor Dumont me miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Qué hacías tú con el móvil? —me preguntó, suspicaz, acusador.

—Mandando un wasap a SOS Racismo —ironicé.

—Nadie menos racista que yo. —frunció el ceño—. Pero soy realista.

Se acercó al urinario y oí el chorro de orina como una cascada que produjo una nube de vapor a su alrededor.

—¿Tú no meas?

—Ya lo hice.

—¡Qué velocidad! —dijo—. Ja, ja.

Me enjaboné las manos en el lavabo.

La única esperanza de conseguir lo que me pedía, más canicas, estaba en acudir a la siguiente feria de comercio ecológico, en Barcelona. Aquel vendedor alemán, pelirrojo y esquinado nos había asegurado que viajaría a la capital catalana más adelante.

—Me fío de ti por tu linaje, y tú deberías hacer lo mismo conmigo, tenemos un apellido en común al que doy mucha importancia —insistió el

señor Dumont.

—¿Y mis ojos oscuros?

—Dumont es lo importante.

—Compartir un apellido no significa nada. A veces dos hermanos son como la noche y el día. Nicolás Dumont, mi tatarabuelo, y Blas Dumont, el suyo. Uno se hizo guardia civil, persona de orden, y el otro tuvo problemas con la justicia.

—Es posible que la Guardia Civil y el crimen organizado no estén tan lejos —se burló—. Siempre hay rasgos comunes. Algunos de nuestros ancestros se mantuvieron en Francia, otros emigraron a Bélgica, Andalucía, La Mancha y Levante, muchos a Cuba o Brasil, los hay que se marcharon a los Estados Unidos... Dondequiera que hayan ido los Dumont hicieron grandes cosas, profesores, pintores, cantantes, oculistas, pilotos de avión...

—Vendedores de insectos y reptiles... —se me escapó.

—Muy ingenioso —dijo—, como buen Dumont.

Sellamos el pacto con un apretón de manos delante del espejo del cuarto de baño. Me sorprendió la semejanza de algunos de nuestros rasgos faciales, yo menos masculino y menos guapo, tal vez, pero también más fino y más alto. Estreché su mano con tanta fuerza como él la mía, o al menos lo intenté. Quería decirle que no era un corderito. No habría facturas ni contrato de por medio, por supuesto; se fiaba de mí porque yo era un Dumont.

Pero mi interés y cariño por ese apellido era muy distinto del suyo, se relacionaba sobre todo con Paula. Era una manera de honrar el amor que había hecho que nos levantáramos juntos con la misma sonrisa soñadora, los mismos ojos alegres y con el mismo afán de aventura durante tantas mañanas de nuestras vidas. Sin embargo, este hombre tenía una ideología peligrosa, o eso aparentaba. Y con su discurso abyecto destrozaba todo cuanto de bello tenía la evocación del apellido.

Volví a lavarme las manos tras tocar las suyas.

—¿Por qué te las mojas? —me preguntó.

—¿Por qué no?

—Porque ya lo has hecho antes.

—Ah, es verdad, tiene razón.

Me sequé las manos con dos toallas de papel mientras el señor Dumont

me esperaba para salir del cuarto de baño.

Me había proporcionado una vía de ingresos con la que sobrevivir holgadamente los meses venideros y me había hecho descubrir mi problema esencial. Amanda era turbia, como él, y yo seguía enamorado de Paula. Me había separado de ella como se separa una cabeza de un tronco, o viceversa, y comenzaba a faltarme el aire. Amanda, en realidad, encarnaba un espejismo, una distracción para eludir lo sustancial: que yo era un ser incompleto, perdido, un zombi en el mejor de los casos.

—Vámonos —les dijo el señor Dumont a sus hijos cuando llegamos a la mesa.

Los mellizos se levantaron y los tres desaparecieron sin hacer mucho ruido, porque todo el ruido lo tenía yo dentro de la cabeza. Su claqué fue quedándose vacío de música en el murmullo del hotel. Estaba por fin solo. Suspiré con alivio. Dejé que transcurrieran los minutos respirando honda y profusamente, y con los ojos humedecidos por el humo de un hotel en el que no se podía fumar, pero en el que flotaba una atmósfera oscura de bisbiseos tristes. El cielo debía de estar encapotado. Terminé de atarme los cordones, agarré la bolsa y salí algo más animado después de volver a contemplar el dinero.

# 29

## GOLPE

Durante el trayecto en taxi, el chófer quiso darme conversación sobre fútbol, pero apenas le respondí con monosílabos. Estaba en una burbuja, con jaqueca y sensación de irrealidad, trastornado por el hechizo teatral de los Dumont, por el dineral que me habían dado y por la bebida. Casi no sentía el cuerpo, solo un cosquilleo en las sienes que yo relacionaba con Paula, porque pensaba una y otra vez en ella con una añoranza que me hacía rememorar momentos entrañables de los que no deseaba regresar. Aun así, el taxista no se rindió y siguió comentando la actualidad deportiva sin importarle mi ostensible desinterés. Para que dejara de molestarme, telefoneé a la feria de Barcelona y compré una entrada. Estaba a punto de sacar también el billete de avión por internet cuando el tipo me interrumpió:

—Parece que nos siguen...

Miré hacia atrás y vi muchos coches, demasiados como para identificar uno sospechoso.

—Acaba de torcer a la derecha —dijo—. Un Seat Panda antiguo.

Llegamos por fin cerca de mi domicilio y al pagar, el tipo insistió con el asunto:

—Tenga cuidado. Son tiempos peligrosos.

Su advertencia me pareció el invento de una mente perturbada por la tele y con demasiadas horas de conducción encima. Tampoco descarté el afán de llamar la atención que tanta gente padece. Muchos creen que ocultan un talento que la sociedad no les reconoce, pero no saben qué talento es ese, y nunca llegan a ser como soñaron que serían de niños o como sus padres

soñaron por ellos, así que se muestran enigmáticos como absurda prueba de su valía personal.

Pero este taxista no respondía exactamente a ese perfil que con tanta precipitación yo le había hecho, sino que estaba en lo cierto.

Me estaban siguiendo unos individuos poco amistosos.

Los asaltantes no me dieron el golpe nada más bajar del coche, sino que me permitieron andar unos metros; me dejaron, por ejemplo, mirar los escaparates de una zapatería —qué caro todo— y de dos tiendas de ropa —qué jerséis tan horteras—, y la prensa de un quiosco en el que me detuve largo rato para leer los titulares —qué absurdos—. No creía en lo que me había dicho el taxista, pero tampoco lo había desechado completamente. Y no había bajado del taxi frente a mi casa, sino a una manzana de distancia, para caminar y pensar, porque la operación comercial tenía elementos vidriosos que no había calibrado durante la charla del hotel, deslumbrado por la visión de los billetes y, también, distraído y cansado por el discurso estrafalario del señor Dumont. Esa historia sudafricana había servido de extraña hipnosis para la aceptación de un negocio cerrado con demasiada prisa. Ahora me daba cuenta de que el dinero podía ser falso.

Como si intuyera el peligro, o lo utilizara como coartada para darme valor, me atreví a telefonar a Paula y le dejé un mensaje en el contestador, contándole lo que había pasado. Eran muchos billetes para mercancía tan inocente. El interés desmedido por unas canicas paramedicinales resultaba estrafalario. No había revisado el dinero con suficiente tranquilidad. Había cerrado el trato rápidamente en el cuarto de baño, y con dos copas de más. El señor Dumont y sus mellizos eran desde todo punto de vista unos indeseables que no solo me habían hecho un par de faenas, sino que habían demostrado una visión del mundo errática —reaccionaria e hipócrita—, que me llevaba incluso a desconfiar de su hija, de quien hasta hacía un par de horas me había creído enamorado. Aceleré el paso para llegar a casa, analizar la situación y contar el dinero cuando sentí un desgarramiento del brazo, como si se saliera del hombro, y corrí disparado detrás de la bolsa deportiva. Mi mano se aferraba a sus asas con afán suicida. Un Seat Panda rojo me había rebasado y uno de sus ocupantes, con gafas de sol y un pañuelo cubriéndole nariz y boca, tiró de la bolsa para hacerse con ella. Corrí unos metros en paralelo al coche hasta que una farola me detuvo en seco y la bolsa se desgarró, dejando salir

parte de su contenido alrededor de mi cuerpo, derrumbado sobre la acera. Por fortuna los billetes estaban bien sellados en fajos plastificados. Me incorporé, recolecté el dinero, agarré la bolsa, cerré la cremallera y, según me contaron, llegué hasta un bar con ella pegada al cuerpo y al borde del desmayo, noqueado, pero aún capaz de mantenerme en pie por pura inercia de la voluntad. En el bar pedí al camarero un buñuelo de crema, que pagué religiosamente, antes de desplomarme como un muñeco sobre una de las mesas centrales.

# 30

## DELIRIO

Despertarse en una cama dura, de sábanas ásperas, que sabes que no es la tuya, y a la que no recuerdas haber llegado por propio deseo, ni siquiera forzado, es una de las experiencias más angustiosas que uno puede sufrir. Nada te resulta reconocible, ni tu propia confusión, que es insólita y no tiene parangón en tu memoria, y hasta se agrava con el esfuerzo vano de darle sentido a tu circunstancia. Cualquier intento de recordar produce mayor perplejidad. La venda en la frente me hizo deducir que había tenido un accidente de tráfico o doméstico grave, y busqué rápidamente a Paula con la mirada, en la creencia de que estaría a mi lado, con un dolor de cabeza y una venda idénticos a los míos. Por obra y gracia del golpe contra la farola, había olvidado los últimos episodios de mi vida, no solo el asalto que había sufrido al bajar del taxi, sino también toda la separación sentimental. Tuve el pánico de quien cree que está vivo, pero su pareja, muerta; imaginé una desgracia de ese tenor. Era solo una parte de la naranja, faltaba la otra mitad. La llegada de la enfermera para revisar el gotero y la venda me permitió obtener alguna información. Me dijo que había sufrido un intento de robo con violencia, según testigos, y que en ese trance me había golpeado la cabeza.

—¿Dónde está mi mujer?

—No lo sé.

—¿Muerta?

—No, por Dios —se rio.

—¿Herida?

—El único herido es usted, descanse. La hemos avisado y vendrá en



cuanto pueda. Ella está perfectamente.

—¿Y mis cosas?

—Está todo en el armario. No se preocupe.

Comoquiera que la enfermera no había presenciado el suceso, me figuré el robo de una manera distinta, como si hubiera sufrido una agresión con una barra de hierro o algún objeto contundente, y me hubieran robado la cartera mientras unos macarras retenían a Paula. Pero ¿dónde estaba ella? En la cama aledaña dormía un anciano con las piernas escayoladas y una respiración carrasposa que transmitía la idea de pronta muerte.

Entonces llegó Paula, y vi que estaba bien, pero en su cara no encontré la expresión de afinidad que daba por hecha, y su frialdad me hizo temblar. Recordé con su ayuda, con sus preguntas e indagaciones, la transacción comercial del hotel y lo que ocurrió después, cómo me aferré locamente a la bolsa mientras alguien tiraba de ella desde un coche. Qué hice tras el golpe, cómo me incorporé para recoger los fajos de billetes y guardarlos de nuevo en la bolsa, cómo busqué un bar para que alguien avisara a una ambulancia... son acciones misteriosas, que olvidé por completo.

Paula se portó bien, fue correcta, pero eludió tocarme. Apenas me tomó la mano unos segundos para aconsejarme que me alejara de esa familia de parásitos, que estaba convencida de que habían sido ellos quienes me habían robado parte del dinero después de dármele.

No comprendía nada. Además, sufría el agobio de concebir la relación mercantil con los Dumont como una conspiración general, el pacto del hotel como una trampa más en la que había caído por fiarme de quienes se habían presentado sin ambages ni disimulos como unos individuos indeseables también en lo ideológico. Quería telefonarlos. Probablemente lo habría hecho si no fuera porque cada vez que lo intentaba aparecía alguna enfermera y me apagaba el celular o entraba algún familiar del anciano y me interrumpía, o llegaba mi propio hijo con su personal y encantadora pedantería:

—Que sepas, papá, que pese a todo lo que digo de ti, pese a que no nos llevemos tan bien desde que mamá y tú os habéis separado, en una decisión que aplaudo por racional, eres mi padre, y eso, evidentemente, tiene una repercusión afectiva ineludible e inabarcable por la razón.

Los recuerdos cayeron sobre mí como un cubo de hielos. Paula y yo ya no

estábamos juntos, Dios santo, cómo era posible.

Pasados unos segundos, conseguí balbucir un agradecimiento y nos dimos un abrazo. Le tomé la cara con ambas manos y se la apreté como cuando era niño, y así estuvimos unos segundos hasta que se zafó de mí, supongo que atacado por un pudor propio de su edad adolescente.

Estuvo leyendo un libro apoyado en la repisa de la ventana, sobre historia de las revoluciones políticas. Dijo que su visión del mundo era nueva y optimista, que ahora nos miraba a Paula y a mí con curiosidad y con ternura, y no más como a padres problemáticos.

—Yo también veo las cosas de otra manera, hijo —le dije, sin explicar más.

Como Paula, yo estaba convencido de que los Dumont eran los culpables del asalto. Pero era tanta mi rabia contra ellos que no tenía miedo, deseaba que aparecieran para hacer patente mi ausencia de temor y mi afán de revancha. Siendo adolescente, confiaba más en la rabia que en la razón si se trataba de ser valiente. Y me estaba sucediendo otra vez. En aquel tiempo, dejaba que la rabia se apoderara de mi cuerpo cuando quería defenderme de alguien, porque entonces me atacaba una ceguera ajena a los peligros y era capaz de pelearme con cualquiera (aunque practicasen artes marciales o fueran mulas musculosas). La rabia nacía de la sensación de orgullo herido, de haber sido humillado o de haber sido víctima de una injusticia obscena. En eso Paula y yo también éramos gemelos. Ella tampoco soportaba bien la humillación y la injusticia y se rebelaba contra ellas sin importarle el riesgo. Por eso sus padres terminaron mandándola a un internado de monjas, supongo.

Esos tipos iban a darse un buen susto, porque no me amedrentarían, sino que los asustaría yo a ellos mostrándoles los dientes. Estaba dispuesto a ir a la policía y denunciarlos, o ir a su vivienda y hacerla arder con sus bichos repulsivos dentro. Ay de ellos como no supieran ver el peligro de burlarse de mí. Repetían un patrón muy burdo conmigo: me hacían creer en una solución comercial beneficiosa, y esta nunca se producía según lo prometido, sino que surgía algún contratiempo que incrementaba mis gastos y mis problemas, y los necesitaba a ellos como solución.

Pero esta vez se habían superado.

Se abrió la puerta y entró una enfermera con la bandeja de comida blanda

y blanca, anodina, sin sal. Fuera, dos tipos con cazadoras de cuero negro y corbata fina de igual color me miraban con curiosidad y ademanes peliculeros.

—Han venido unos policías para preguntarle por lo suyo —me dijo la enfermera, alisando la colcha para depositar la bandeja con la merluza, o lo que fuera, en la mesita abatible—. ¿Les dejo que pasen?

—Qué remedio.

Iba a denunciar al señor Dumont, era mi oportunidad, pero fui prudente.

Me habría resultado complicado explicar la razón de un dinero que sospechaba turbio. Describí el coche rojo de los ladrones. En realidad, no necesité disimular mis escasas ganas de dar información porque sentí náuseas. El dolor de cabeza explotó de una manera tan radical que los mismos policías llamaron a la enfermera para que me pusiera un analgésico intravenoso. No sabía cuándo estaba en la vigilia y cuándo en el sueño. Al efecto de la contusión se añadió una extraña e inconveniente infección de orina que se me subió a la cabeza como un puñetazo de calor. Mi cerebro no respondía, deliraba, la fiebre parecía extender su fuego hasta las yemas de los dedos. Apenas podía comer. Agarré el cuchillo de plástico y lo guardé bajo las sábanas, sin que la enfermera lo echara en falta. Sentí la mano de Paula en el rostro, aunque no sé si lo soñé. ¿O era la de Amanda? Me vi con mi hijo ayudándome a beber agua, una y otra vez, colocándome la almohada, asistiéndome para incorporarme un poco con el mando de la cama, llamando a la enfermera cuando se lo solicité y leyéndome con voz uniforme, monótona, párrafos enteros de un libro sobre historia de las revoluciones de todo signo, párrafos que en ese momento me resultaban tan inadecuados como insufribles, pero no sabía cómo hacérselo saber sin ofenderle. Cuando quise decírselo, desperté. ¿Había soñado lo que acababa de vivir, o había vivido lo que acababa de soñar? El cuchillo sí que estaba allí, al lado del muslo derecho, arañándomelo. Debía estar preparado por si venían los Dumont. Me volví a dormir o perdí el conocimiento, no sé. Y cuando despertaba, destemplado, lo hacía sumergido en la mayor confusión y tardaba un buen rato en recordar lo que me había sucedido.

Quería decirle a Paula lo que sentía, pero tenía un pánico furibundo a ser rechazado y consolidar el abismo. Ahora sabía que nuestra vida juntos debía continuar. Al menos para mí era irremediable.

Iba saliendo de la crisis febril cuando me topé con una caricia suave, fría y a la vez caliente, el roce afectuoso de una mano femenina. No deseaba abrir los ojos. Quería permanecer en ese limbo de la duermevela acogedora al que contribuía la caricia circular de mi mejilla. Pero la mano no era de Paula, sino de Amanda.

—No tengo más canicas.

Se rio.

—¿Qué quieres?

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Déjame descansar —le dije.

Pero ella ya no estaba o yo me había vuelto a dormir.

A veces abría los ojos con una preocupación que casi no me dejaba respirar, y otras despertaba muy tranquilo, sereno, en un estado casi zen. Me preguntaba si no estaban relacionados mis despertares, tan distantes y poco fiables, con algún tipo de medicación intravenosa y mortífera, pero cuando se lo preguntaba a la enfermera, ella solo me pedía que descansara, que el golpe había sido muy fuerte. Y su sonrisa era un signo de desdén antes de alejarse y cerrar la puerta de la habitación, como si yo fuera un enfermo del coco, y ella, la mismísima loquera.

—Descanse —decía.

# 31

## FIESTA

Pocas horas, pocos días o pocas semanas después, cuando por fin la medicación adecuada me permitió respirar con más claridad y menos sueño, el señor Dumont y sus hijos entraron en la habitación como tres elefantes en una cacharrería. Amanda se quedó fuera, vi su parpadeo veloz como una muestra de respeto o de temor, antes de que su padre cerrara la puerta con su habitual cadencia musical. Toc, toc, dos pasos de claqué hacia delante, toc, toc, toc, tres hacia atrás.

—¿Quién les ha dado permiso?

—¿Te molesta, amigo?

—Sí.

Pero él no pareció oírme.

Esperaba que me reclamaran el dinero que ellos mismos me habían robado, y que lo hicieran golpeándome o retorciéndome el brazo o el cuello, y exigiéndome intereses; estaba seguro de que el juego era muy burdo y previsible, pero yo tenía el cuchillo agarrado y oculto bajo la sábana para morir matando. Volvió a abrirse la puerta en cuanto el padre dio dos palmadas y Amanda entró con una sonrisa grande y limpia, sosteniendo una tarta helada con una vela roja encendida en su centro.

—Es tu cumpleaños, ¿no? —dijo el señor Dumont.

—¿Lo es?

Me mostró la fecha en un calendario de bolsillo resobado.

—Nos lo ha dicho tu hijo antes de irse —dijo Amanda.

—¿Qué quieren?

Cantaron, por toda respuesta, el cumpleaños feliz en lo que parecía una lengua germánica, holandés o flamenco, y debía de ser afrikáner.

Ya sabía lo que pretendían, claro, amedrentarme, pero que lo hicieran cuanto antes, por favor, que me encontraba muy mal, tenía una brecha enorme en la cabeza, y los daños internos no eran despreciables —a lo mejor con el tiempo me producían un infarto cerebral o un tumor—. ¿Y por qué les habían dejado colarse en mi habitación? ¿Qué clase de médicos y enfermeras trabajaban en aquel hospital público que pasaba por ser uno de los más dotados y modernos de España?

El viejo de la cama aledaña dormía o moría plácidamente, así que me preparé para gritar con todas mis fuerzas en cuanto comenzaran los previsibles golpes.

Saqué el cuchillo de debajo de las sábanas.

—Ya tenemos —dijo el padre, con una sonrisa—. Gracias.

Me colocaron la tarta en el regazo, sacaron unos platos y unos tenedores de plástico y repartieron tantos trozos de tarta como personas éramos; el mío, sin lugar a dudas, envenenado.

—Está riquísima —me aseguró el señor Dumont con la boca llena—. Dulce de leche con almendras.

—No puedo —dije, apartando mi ración—. Lo tengo prohibido por el médico.

Comieron con glotonería. Sin hablar, pero no en silencio. Los ruidos de sus mandíbulas eran notables, sorprendía que el anciano de la cama aledaña pudiera continuar con su plácida agonía. Todos hacían ruido, menos Amanda, tan distinta, tan curiosa y prudente, tan silenciosa masticando lentamente y con la boca cerrada mientras un rubor alegraba sus mejillas. Tiraron los platos a la basura como si quisieran destrozar el cubo.

—Queremos darte las gracias —dijo el padre, sacudiéndose las manos enormes con ruido de platillos—. Sabemos que tú no dijiste nada a la policía sobre el dinero que te dimos, lo cual nos ha ahorrado muchísimos problemas.

—De nada.

—No les caemos bien.

—Qué raro.

Me miró, esperando, en vano, una extensión de mi comentario.

—Has de saber que hemos recuperado lo que faltaba —dijo—. Y que pretendemos seguir adelante con el negocio. Los ladrones han recibido un escarmiento importante. Ahora saben que no se pueden meter con los Dumont. Con ninguno de nosotros. Así que contamos contigo para comprar las canicas. Esos bandidos rumanos no volverán a molestarte. ¿Comprendes tú ahora la importancia del apellido, de la estirpe?

No podía creer lo que estaba oyendo. Me alegraba y me producía incomodidad al mismo tiempo. Los Dumont eran tramposos, atrabiliarios, turbios, y, sin embargo, amigables y cuidadosos conmigo, y no por buenos samaritanos, sino por un remoto vínculo de sangre al que concedían extrema importancia.

—La tribu —dije.

—Eso es, la tribu —confirmó, muy serio, el señor Dumont.

La fiesta duró más de lo que mi cuerpo podía soportar. Bebieron ron sin atender a los requerimientos de la enfermera, ante la que disimularon poco y mal su creciente ebriedad. Los veía danzar a mi alrededor, discutir, reír y gritar. Me dormí. Desperté y volví a dormirme sin saber qué estaba soñando y qué no. En una de esas vigiliass febriles me pareció ver a Amanda con mi hijo Liberto, charlando dicharacheros sobre Sudáfrica y sus conflictos políticos, con vasos de plástico repletos de vino en la mano, bastante achispados. El ruido fue menguando poco a poco y al fin mi descanso se hizo más duradero y solvente.

Antes de irse, los Dumont me dejaron una botella de ron caro, envuelta en un celofán dorado que mostraba el prestigio de la tienda. Amanda se fue, pero enseguida regresó, con gesto de sigilo, como si lo hiciera a espaldas de su padre.

Me agarró la mano.

Y yo abrí la colcha para hacerle un hueco a mi lado. El calor de su cuerpo hizo pronto que nuestras caricias fueran demasiado íntimas y peligrosas, hasta que se apartó con un respingo.

—¿Qué escondes ahí?

Era el cuchillo. Lo cual me permitió tener una referencia temporal y presumir que solo habían transcurrido unas horas desde el episodio de la tarta.

—Tienes un fetichismo muy raro —bromeó, regalándome su dulce

aliento a vino.

Me hizo reír, aunque sabía que no la amaba, que tan solo despertaba en mí una simpatía y un deseo engañosos.

Así, bullendo en un placer lleno de arrepentimiento —los cuerpos apretados—, estuvimos una eternidad, en la que la inminencia de la llegada de alguien nos deparaba más tensión que tranquilidad, más miedo que bienestar. El anciano de al lado pareció despertar con el crujido de la cama al tiempo que un sudor amargo brotó de mi frente, haciéndome sentir avergonzado de mi piel. Era como si todas las medicinas que me habían suministrado huyeran de mi organismo con una transpiración abrasiva. Pero ella no dijo nada. Y se ceñía a mí, pese a mi frialdad, con decisión. La obligué a separarse. No se me quitaba de la cabeza esa expresión clásica: «media naranja»; las dos palabras se me antojaban sustanciales para describir mi herida.

Estaba incompleto.

No era nada lo que estaba viviendo en aquella cama hospitalaria comparado con lo que vivía cuando compartía intimidad con Paula; la simple caricia de nuestras manos ya era otra dimensión. Habíamos roto el billete de lotería por un mero desencuentro coyuntural. Una decepción pequeña había abierto una herida despótica y casi definitiva, como si nosotros no pudiéramos permitirnos lo que en otras parejas peor ligadas era habitual.

La chica no se iba. No era fácil conseguir que lo hiciera sin resultar maleducado y mi confusión aumentaba mientras conversábamos.

—Mi padre no sabe nada de lo nuestro —me dijo, pegando su nariz a la mía, con su brazo y su pierna sobre mi cuerpo empapado de frío—. Cree que coqueteamos, nada más.

—Mejor.

—Dice que soy muy peligrosa, a veces se enfada conmigo. Me llama descarada, y cosas peores.

—No dejes que te insulte, y mucho menos que te pegue.

—Solo lo ha hecho tres veces... Los hombres me gustan, y yo a ellos también. ¿No te parece normal?

—Sí.

—Se me ha subido la bomba a la cabeza.



—¿Qué bomba?

—Tienes que conseguirnos más.

—¿Pintas milagreras?

—Sí, eso.

—Cuando me recupere.

Guardamos silencio. Un ruido de cláxones subió desde la calle, haciendo temblar ligeramente la ventana.

—Tu hijo es muy listo.

—¿Liberto?

—Claro.

—¿Por qué hablas ahora de mi hijo?

—Porque hemos estado charlando antes... Demasiado listo.

—Es verdad.

—Y más guapo que tú —se rio.

El anciano de al lado, que permanecía con los ojos cerrados, soltó una risa ronca, alzando el cuello.

—¿Pero no estaba en coma? —preguntó Amanda.

Llamó a la enfermera, que le metió una pastilla en la boca. Consiguió así que el anciano siguiera durmiendo, en silencio y con respeto, con doloroso respeto, se diría por su tremenda, dramática, expresión.

# 32

## RECUPERACIÓN

Me dieron el alta una semana antes de la inauguración de la feria de Barcelona. Tomé el avión, aunque las migrañas no hubieran desaparecido del todo, y con cierta debilidad a causa de la desagradable infección, duramente derrotada. Llegaba a la ciudad con dos días de antelación para hacer algo de turismo. Quería estar en la feria el mismo día de su apertura, y a primera hora para encontrar al vendedor antes que nadie.

En el aeropuerto de Barcelona vi que Amanda me había telefoneado. Le devolví la llamada, pero no descolgó.

El taxi me dejó en un hotel de Sarriá, y en cuanto pagué al chófer, me adentré en su estrecho vestíbulo acuciado por la sensación de que podía ser agredido de nuevo. No me abandonaba la fiebre de la desconfianza. Me registré en recepción, subí a la habitación, me di un baño y dormí hasta la mañana siguiente. La jaqueca solo desaparecía durmiendo. Desayuné, más o menos recuperado, y decidí pasear sin rumbo hacia el centro. Caminé cuesta abajo, disfrutando del aire húmedo que envolvía la ciudad, atento a las transformaciones urbanísticas y sociales a medida que dejaba la parte alta y me aproximaba al cogollo turístico, desentumeciendo la musculatura de las piernas y sintiéndome poderoso al comprobar que empezaba a recuperar las fuerzas.

«El corazón de Barcelona es una gran cloaca napolitana». Así decía la pintada que leí en el cuarto de baño de la cafetería donde paré a tomar un café con un donut (buñuelos no tenían). La firmaba un tal Papanatas. Una hermosa estampa napolitana, corregí yo con el pensamiento. No en vano, Barcelona y Nápoles habían pertenecido al mismo reino durante siglos, tal y como

subrayaba la guía turística que me compré para leer por la noche, en el hotel, e inspirar mi rumbo durante el día, callejeando. Pero el Ensanche, que recorrí después, me recordó más a París, y así lo venía a decir también con orgullo la pintada de un muro de ladrillo: «Això és millor que París». Firmado: Morrocotudo.

Me entretuve en caminar por Barcelona buscando sorpresas, y a ratos asombrado de su desenfado y donaire francés o de su alegre tristeza napolitana. Las camareras, pese al turismo, eran simpáticas. Todas sonreían con delicadeza centroamericana o rudeza del este de Europa, ganándose mis propinas más generosas, pese a que en ningún café encontré el buñuelo de nata que deseaba. Llegué hasta la basílica de Santa María del Mar, bajando desde el Ensanche en una larguísima caminata que me llevó a recorrer zonas que ya había contemplado por la mañana. La iglesia se me apareció por sorpresa. Y allí me quedé un rato largo mirando su rotunda presencia de templo insensible al tiempo, con su rosetón como un sol que sostuviera los contrafuertes. Tenía una llamada perdida de Amanda, pero tampoco respondió cuando se la devolví.

Al entrar en la basílica sentí un mareo grande bajo la luz de la nave central, que no parecía provenir de arriba, sino de abajo, huyendo hacia lo alto como en un pozo invertido, y tuve la impresión de que las columnas del presbiterio iban a caérseme encima. Me senté. Había caminado demasiado y mi aliento agitado se amplificaba en el silencio de la basílica. Me costó abandonarla, porque cuando abría los ojos, un vértigo grande me obligaba a tomar asiento de nuevo. Al fin, lo logré, apoyándome en las hileras de bancos.

Al volver al hotel, me derrumbé en la cama igual que si fuera la de un hospital, como si el golpe de la cabeza formara ya parte de mi naturaleza y el dolor aumentara con el cansancio. Se había transformado en un rasgo personal al que tendría que acostumbrarme y que me afectaba casi como la primera vez que lo sufrí.

—Tengo que andar menos, mucho menos —me dije.

Quise encender la televisión, pero debí de quedarme dormido, porque cuando desperté estaba apagada.

# 33

## PATRIA

Dicen que la infancia es la patria de los hombres. Pero hay patrias del primer mundo y del tercero, como todo el mundo sabe, hasta los más obtusos.

Los niños pueden sobrevivir en cualquiera de ellas, su vitalidad es como el agua, se cuele por las ranuras más cerradas y ocultas, pero si la patria es maligna, pobre o injusta, un dolor íntimo fecunda el corazón del crío y crece en su interior como un árbol venenoso. La infancia afecta al corazón, no al cerebro, y por eso es crucial. Cualquier análisis o distancia racional sobre las vivencias de la niñez poco pueden hacer contra una herida profunda del corazón.

Yo había padecido una patria dura que sabía comprender y valorar con el intelecto, pero la herida no era mental, sino afectiva. Paula también la había sufrido. Éramos compatriotas. Ella era hija de marino mercante y de ama de casa que no llevaba nada bien las largas ausencias de su marido. A menudo daba a su hija lo que ella misma tomaba para combatir la depresión, un barbitúrico poderoso que la amodorraba hasta el sonambulismo, para que dejara de molestar, para que se apartara de su lado y se quedara, ensimismada y en silencio, en un rincón de la casa.

—A todos los niños que llegaban nuevos al colegio yo les parecía la más guapa —me contó Paula cuando nos conocimos, y yo lo rememoraba removiéndome en la cama del hotel, tan blanda e incómoda—, pero con el tiempo me hacía invisible, estaba siempre sedada, esquinada, sola... *La Muerta* me llamaban. Cuando me mandaron al internado fue un alivio, pese a la vida dura con las monjas, pese al despotismo de algunas de ellas, porque empecé a sentirme lúcida, a saberme viva... Por fin, pude pensar y ver y

vivir, y gritar... Gritar como nunca... ¡Aaaah!

Yo era el chiquillo digno de lástima cuyos padres jovencísimos y alocados murieron en un accidente de moto bien merecido (se saltaron, como de costumbre, un semáforo en rojo). Desde los cinco años, fui criado por mis abuelos, unos ancianos adustos que me querían mal, que no me dejaban hacer nada que me produjera bienestar o placer, ni jugar con los chicos del barrio ni ver la televisión ni sonreír ni cantar (ni siquiera leer cómics); los recuerdo siempre con un antipático y sobreprotector gesto que también parecía transmitir un reproche, como si descargaran sobre mis hombros todo el peso de la culpa de que mis padres hubieran fallecido.

Y siempre escuchando ópera, en mi casa y en la de Paula, otra coincidencia triste. Porque la ópera es la música más difícil de soportar para un niño.

Ópera de día y de noche, qué dolor de cabeza, qué martillo en las sienes.

Éramos, Paula y yo, adultos traumatizados, y ahí radicaba nuestra necesidad de unión. Cuando nos fundíamos en la pareja radical que éramos dejábamos atrás un trauma muy similar, por no decir idéntico. La aureola mítica del apellido Dumont era solo una proyección de tal realidad en un relato propicio para el romanticismo amoroso.

Lo descubría en Barcelona, duchándome o desayunando en el hotel, paseando por el distrito parisino o por el centro napolitano, buscando la playa con la mirada o pagando la consumición del enésimo café con leche sin buñuelo de crema.

Uno tiene una casa y vive cómodo en ella, y pierde la perspectiva de su bienestar, de que este se relaciona necesariamente con ese salón y esa cocina acogedores, desde cuyas ventanas la ciudad parece mejor, con ese dormitorio que da al sur y esa calefacción central que convierte las paredes en un muro acolchado y protector, y entonces cambia de casa porque da por hecha la comodidad que tiene, y percibe tarde que aquel hogar es capital para tanta dicha ignorada.

Paula era la casa que yo había abandonado estúpidamente. El día en que nos conocimos se abrió ante nosotros una nueva y dichosa biografía que dejaba al margen, removido por la fuerza de la unión, el lastre personal.

—¿Le sucede algo? —me preguntó una mujer.

—Fatiga, nada más.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

Debía de estar arrugándome, encogiéndome, la cabeza me dolía terriblemente, porque me vi acompañado por varias personas, que me sujetaban y ayudaban a caminar y sostener la bandeja con el desayuno del bufé —tarta de arándanos, tarta de queso, café con leche y una mandarina—, pero no me aturdí tanto barullo, sino la súbita comprensión de lo que me sucedía.

—Debe de ser una lipotimia —dijo una voz.

Les pedí con un gesto que me abandonaran en una silla, que me dejaran solo, allí sentado con mi comida. Algunos tardaron en irse, pero, como supe mantener la compostura silenciosa y reconcentrada, terminaron cediendo a mi deseo. Lo que menos necesitaba en ese momento era el altruismo invasor de unos desconocidos, por muy buen corazón que tuvieran. Quería morir tranquilo con mi lucidez, saborearla hasta saciarme de tanta pena como me subía por la garganta, saborearla mientras saboreaba también mi delicioso desayuno.

Pero siempre llega el gen que quiere sobrevivir y que no te deja morir en paz. La vida impone su dictadura cuando uno ya ha aceptado la muerte como la verdadera y única oportunidad de descanso, y ahí tenía en la mano derecha el teléfono móvil con el número de Paula. Bastaba darle a la tecla verde para comunicarme con ella. No lo hice, sin embargo, pese a la energía que me estaba proporcionando todo el azúcar que estaba deglutiendo. El miedo encontraba también su lugar en mi cuerpo, y no luchaba contra la esperanza, sino que se aliaba con ella para impedirme llamar, y para obligarme a incorporarme y seguir.

—Fijaos, se lo ha comido todo —dijo uno—. Muy mal no estaría.

—Y se levanta como si nada.

Miré el teléfono móvil. Tenía una llamada perdida de Amanda. Nos estábamos diciendo adiós así, sin hablar, con llamadas que no encontraban más destinatario que el frío contestador de la dichosa y carísima compañía telefónica, a la que en mala hora contraté una línea móvil.

# 34

## REUNIÓN

Para llegar a la feria de comercio ecológico, en la colina de Montjuic, había que tomar un autobús o el metro, pero yo usé las piernas. A veces un ejercicio moderado alienta la sustancia física necesaria para ganar un poco del entusiasmo perdido. Por eso caminaba. Lo hacía con la ilusión de que pronto el cansancio lograría insuflarme ánimos. El evento se celebraba en el Palau Sant Jordi. Nada más entrar, el murmullo me abrazó como si fuera el vapor de una sauna. Había conversaciones comerciales por todas partes, cuya mezcla conformaba una atmósfera un tanto abrumadora, cargadísima de olores. El semblante de la mayoría de los visitantes era soñoliento, como el cielo apagado, pero poco a poco se fueron animando y subiendo el tono de las voces. Pensé que estaba otra vez en Berlín, pero cambiando el frío por el bochorno. Estas ferias son todas iguales. Parecen diseñadas por el mismo demiurgo publicitario: el laberinto me producía sueño; la moqueta verde, ganas de descalzarme y buscar un rincón en el que dejarme arrullar por la algarabía mercantil, pero era imposible porque al cabo siempre aparecía alguien dispuesto a ofrecerme cualquier producto sorprendente. Había caminado más de una hora para llegar allí, estaba agotado y mi estómago rugía como ante una prueba competitiva que me pusiera nervioso.

Avanzaba rápido por aquella moqueta con expresión de prisa comercial —dejando atrás a los vendedores de queso de soja, de medias para mejorar la circulación sanguínea o de hierbas para aliviar la halitosis o la artrosis, daba igual—, hasta que divisé una luz en una puerta entreabierta por la parte de atrás y salí a la calle para toparme con la ciudad coloreada de verde; el sol misterioso había vuelto, apartando las nubes como un titán, y percibí un olor

a humedad tan diferente al que recordaba de mi infancia en Cuatro Caminos, aquellos días en los que el humo se confundía con el calor, que me senté a descansar.

Llovía un poco, pero resultaba agradable en contraste con el calor del pabellón.

El viaje podía estar siendo un infierno, pero me estaba sirviendo para saber quién era y qué necesitaba.

—¿Está usted bien? —me preguntó un señor.

—Solo un poco confuso.

—Le he visto salir corriendo.

—¿Sabe usted dónde hay canicas?

—Aquí no creo. Esto es una feria de comercio ecológico. ¿Seguro que está bien?

—Sí.

—¿No necesita nada?

Nada, caballero, no necesito nada de usted, no me abrume por favor. Tanta bondad por el mundo es encomiable, pero también angustiada; necesitamos menos, mucha menos generosidad.

Intenté sonreír.

Se fue el buen hombre, cariacontecido, sordo, derrotado, incapaz de comprender mi calvario interior.

Varias respiraciones profundas, mirando hacia la ciudad oscurecida en verde, me dieron fuerza para reincorporarme a la misión. Tuve que rodear el Palau para volver a entrar por la puerta principal. Caminé por el laberinto ya sí concentrado en buscar las canicas. Aceleraba el paso para eludir a los asaltantes que querían venderme productos que no me interesaban, iba mirando al suelo y con los brazos a la espalda para no recibir panfletos ni sonrisas, y levantaba la mirada solo para corroborar que el vendedor de Berlín no estaba por ningún lado.

La prisa se iba volviendo por momentos angustiada. Con una convicción extraña, yo esperaba un hallazgo grande y bueno al final de mi carrera, como si las canicas mágicas guiaran mi avance hacia sí mismas, como si unas, las pocas que guardaba en el bolsillo interior de la chaqueta, llamaran a las otras, ocultas en alguna esquina sombreada de la feria. Iba como un niño que espera



la llegada de los Reyes Magos o de Papá Noel, ese sucedáneo barato y gordo creado por la compañía Coca-Cola. Y a cada paso que daba tenía la impresión de estar más cerca del regalo, pese a que las canicas, por sí solas, difícilmente me habrían proporcionado una euforia como la que me hacía acelerar por la moqueta. Divisé al vendedor alemán cuando ya empezaba a sufrir el cansancio de mi paroxismo y lamentaba los cambios de ánimo que me atacaban sin remedio. El tipo tenía el búcaro dorado agarrado con fuerza, pegado al cuerpo con avaricia, en un rincón cercano a los cuartos de baño, en el que había instalado un aparato portátil de aire acondicionado. Daba la impresión de que, a la vez, deseaba y no deseaba mostrar al público el contenido de su tesoro y que, como en Berlín, estaba en la feria solo para disfrutar del agradable microclima que le rodeaba. Intuí, sin hacer mucho caso de tal presentimiento, que era un pirata, un intruso en aquella feria y en todas las ferias del mundo, y de ahí su carácter esquinado, siempre a la espera de un cliente al que seducir sin que nadie de la organización reparara en su presencia. Me acerqué a él y noté que me reconocía. Me llevó sin mediar palabra hacia la zona más agradable y oculta del rincón y me dijo que si tenía algún problema le llamara al teléfono de su tarjeta, pero que no estábamos en el mejor lugar para dirimir conflictos comerciales. Sin duda, creía que me encontraba allí para afearle alguna trampa o engaño mercantil.

—Quiero comprarle más canicas —interrumpí su disertación.

Me miró con una desconfianza que no comprendí.

—¿Dónde está su mujer? —dijo.

—Buena pregunta.

—¿En el talego?

—Espero que no.

—¿No les detuvo la policía al llegar a Madrid?

—Ja, ja. —Mi carcajada fue espontánea, ante lo insólito de su comentario

—. ¿Por qué iba a hacerlo?

—¿Y el jarrón negro que les di?

—Nadie vino a por él...

—¿Qué hicieron con él?

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Nada.

A mí toda aquella situación me precipitó a un mayor grado de aturdimiento, no entendía su inquietud, como cuando de niño creía que los demás estaban más enterados que yo de cualquier cosa, y me apartaba del grupo.

—Dígame dónde pueden ir los rumanos a recoger su mercancía —añadió, tomando el bolígrafo y un cuaderno de anillas para apuntar—. Nos jugamos mucho.

—Eran unas canicas muy feas que nadie quería. Las regalé.

—¿Las regalaste?

—Sí.

—¡No eran tuyas! —empezó a tutearme con cierta agresividad.

—No me tutee, por favor.

—¿A quién se las regalaste?

No respondí.

—¡¿A quién se las regalaste?!

Dije el primer nombre que me pasó por la cabeza, el nombre risible del vecino.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Se llama así, literal.

—Más te vale que sea cierto.

Anotó el nombre en su cuaderno y lo tomé por un capricho sin mayor relevancia, pero, sin saberlo, estaba condenando al vecino al punto de mira de unos malhechores, a un seguimiento o persecución tímidos, discretos, que desembocarían en agresión meses más tarde.

—No puedo venderte pintas milagreras —dijo cuando terminó de escribir.

—¿Y las que lleva ahí?

—Van para Nueva York.

—¿Por qué?

—Porque me gusta la estatua de la Libertad, por eso. ¿Vas a viajar a Nueva York?

—No.

—Pues entonces no son para ti.

Hay ocasiones en que una persona nos recuerda a otra de forma fatídica, no por su apariencia física, sino por gestos o maneras o por motivos ocultos o no del todo explicables. Se produce, entonces, una equiparación inmediata entre el desconocido que nos habla y aquella persona de la que sabemos mucho más, un amigo, un familiar, un personaje célebre, y esta equiparación nos sirve para evaluar al extraño según un patrón conocido, aunque tal vez inadecuado. Y así, este hombre pelirrojo y testarudo había logrado, al tutearme con desdén, al agredirme con el desagradable tonillo de su voz, convertirse en uno de los peores compañeros de clase que tuve de niño, un chaval que era despreciado por todos por su mala uva y cobardía increíbles, y que, en ocasiones, aprovechaba para portarse conmigo como se portaban los matones con él. Y estaba dispuesto a pelear, preparado para redimirme con la furia de los puños si era menester. Traté de arrebatarse el jarrón de un modo completamente infantil. No quería robárselo, sino pagarle por él, pero por las buenas o por las bravas. Nuestro forcejeo fue subiendo en intensidad y peligro. No creía estar peleando contra un adulto, sino contra un chaval al que recordaba muy bien y con el que en realidad el pelirrojo no tenía nada que ver.

—Las pintas milagreras van para Nueva York... —insistía él, tembloroso, pero sin desprenderse del jarrón, como si su resistencia fuera enorme pero pudorosa: temía llamar la atención de la organización del evento—. Están comprometidas... ¡No puedo venderlas!

Y empezó a farfullar imprecaciones en alemán.

Mantuvimos el forcejeo un buen rato. Algo irracional me empujaba a seguir comportándome con tanta belicosidad, como si pudiera extraer de sus brazos lo que, sin saberlo, tenía muy cerca.

Porque lo que yo deseaba entonces era la aparición de Paula, no el dichoso búcaro de canicas, y por eso tiraba y empujaba, hacia delante y hacia atrás, en emulación inconsciente del acto sexual, por eso peleaba como un demente con el asustado vendedor.

—¡Véndamelas!

Entonces, sentí que alguien me tocaba en la parte baja de la espalda, tirándome del jersey para separarme del alemán. Al darme la vuelta, vi a Paula, ese ceño fruncido, quizá temeroso, que era un espejo en el que por fin podía mirarme y que me hizo regresar no solo al presente, sino, sobre todo, a

mi única posibilidad de salvación.

—¿Qué haces? —musitó.

Ya no recuerdo qué respondí, pero sé que me reí, porque, a pesar del vago reproche de su tono, en su mirada detecté una luz cariñosa.

Dejé de pelear con el vendedor y Paula comenzó a negociar con él, dándome la espalda, excluyéndome de la conversación con su espalda descubierta (llevaba un vestido rojo de infarto). Intentaba llevárselo a su terreno con su mejor tono profesional, el más amable y convincente, el propio de su labor con la ambulancia. Poco a poco, empezaron a discutir, en un agravamiento del conflicto similar al que yo había sufrido antes. A lo lejos, vislumbré a unos guardas jurados barrigudos, de Prosegur, que venían en nuestra dirección.

—Volved por la tarde —nos imploró el alemán, sudoroso—. Por favor, por la tarde... A las cuatro.

Acaricié la nuca de Paula y me despedí con la mano.

Ella ignoró mi marcha.

Pero a las cuatro en punto volvimos a encontrarnos en el rincón que había ocupado el vendedor de canicas.

Allí permanecían su mesa y su silla plegables, aunque él ya no estaba.

—A ver si nos ha engañado —dijo Paula.

En vista de que el tipo no aparecía, nos fuimos a tomar algo en uno de los puestos de alimentación vegana.

—¿Cuándo vuelves a Madrid? —me preguntó ella, estirándose la falda hacia las rodillas.

—Mañana por la mañana.

—¿En avión?

—Sí.

Nos dijimos los números de vuelo y eran los mismos, lo que nos pareció el colmo del infortunio, pues el destino nos juntaba con riesgo de pelea sentimental. Pero con la tercera cerveza ecológica habíamos recuperado cierta sintonía y hasta nos reímos al unísono. Fuimos, de nuevo, a buscar al vendedor, que por fin estaba en su sitio.

—¡Ni hablar, locos! —dijo al vernos aparecer—. ¡Ya os lo dije antes!

—Dijiste que viniéramos a las cuatro. Aquí estamos.

—¡Estabais dando la nota! ¡Os habría dicho cualquier cosa para que me dejarais en paz!

Volvimos a discutir con él. Pero esta vez juntos.

Lo importante ya no era la compra en sí, sino el proceso que nos llevaba hacia el reencuentro, como si enfrentarnos al mismo adversario supusiera un acicate para ir cerrando heridas y recuperando complicidades. Nos divertíamos con la discusión, nos agradaba la batalla dialéctica, nos imantaba la tensión que notábamos en el vendedor, cada vez más sorprendido y menos iracundo. Y mi cuerpo y el de Paula se depuraban de rabia y de rencor, rozándose por los brazos. Sin mirarnos casi, no teníamos otra finalidad que la reconciliación de unas personalidades que seguían atrayéndose como el mar y la lluvia, que eran la misma cosa.

—No es no —repitió el alemán.

—¡Cabezón! —dijo Paula.

Nos tomamos un descanso, porque él no cedía en su postura.

Después de tomar dos cervezas más en el bar, sin perder de vista al vendedor y bastante achispados, regresamos para seguir presionándolo.

—Seguro que si fuéramos Batman y Robin cambiarías de actitud —dijo Paula.

—¿Qué tontería es esa? —preguntó el vendedor.

Nuestros argumentos se hicieron cada vez más cómicos, menos efectivos, se transformaron en un coqueteo entre nosotros con la negociación como excusa.

—¿Y si nos vestimos de Tarzán y Jane, nos vendes algo? —dije yo.

—¡Dejadme en paz!

Paula brincó sobre mi espalda imitando a la mona Chita, al tiempo que el búcaro resbaló de las manos crispadas del alemán y derramó parte de su contenido por el suelo. Las canicas saltaban entre los pies de los transeúntes, como pequeñas y bailarinas bolas de fuego, mientras el vendedor las perseguía locamente y nosotros nos besábamos en un movimiento recíproco que salió natural e incrementó nuestra embriaguez amorosa. Cuando finalizó nuestro abrazo, corto o largo, eterno sin duda, volvimos a pedirle al tipo que nos vendiera canicas convencidos, pese a la evidencia de su obcecación, de que la victoria iba a estar de nuestra parte. Y, en efecto, nada podía derrotarnos en aquel momento y él lo supo ver y se rindió. Tenía, como en

Berlín, dos jarrones. El dorado, luminoso y atractivo, y el oscuro, feo y de apariencia intrascendente. Uno servía para camuflar el otro en las fronteras y aduanas, lo supimos más adelante. El de las canicas rubias seducía a los compradores ingenuos (como nosotros), que lo transportábamos convencidos de su valor como placebo curativo, y nuestra inocente convicción resultaba verosímil ante cualquier pesquisa policial; el otro contenía una sustancia estupefaciente, y su aspecto feo ahuyentaba las tentaciones de apropiación indebida. El cliente creía que unas canicas y otras eran el mismo producto, y se deshacía de las negras al llegar a destino, dándoselas a su contacto sin sospechar del peligro de cárcel que había corrido, contento de haber obtenido un descuento sobresaliente en la compra con tan sencilla operación de transporte.

Conseguimos que el alemán nos vendiera la mitad del búcaro dorado por un precio altísimo —el negro estaba comprometido, insistía—, pero lo pagamos con gusto como un premio a la reunión producida.

Y así, abrazados, salimos de la feria y terminamos cenando en un restaurante napolitano muy cerca del Museo Marítimo, brindando por nuestros antepasados comunes, Nicolás Dumont, el guardia civil, su padre Etienne, el hojalatero, brindando también por sus canicas y su brujería de medio pelo, mirándonos como la primera vez.

—Nunca pensé que me alegraría de venir a esta feria —dijo Paula.

—¡La mejor feria del mundo! —celebré yo, alzando la copa de vino.

Disfrazados del barro de la playa, nos metimos desnudos en el mar, frío y temible aquella noche, pero nos dio igual. Jugamos a ser Tarzán y Jane (y también Chita), y nuestras risas y onomatopeyas debieron de oírse en toda la Barceloneta. La carne fogosa forzaba la derrota del mar, lo calentaba, lo retaba y domesticaba con su movimiento ajeno al peligro, y nos amamos como nunca; nos amamos como siempre.

Hicimos el viaje de regreso a Madrid sin apenas hablar, no podíamos tampoco, estábamos con resaca y en asientos separados —tres filas y el pasillo de por medio—, pero nos mirábamos y sonreíamos con una alegría que todavía hoy nos conmueve cuando la recordamos. El reencuentro tuvo el encanto religioso de las resurrecciones. Al llegar al aeropuerto de Barajas, sufrimos una concienzuda revisión de nuestras maletas por parte de los guardias civiles. Nos hicieron desembalar el bote de canicas con amabilidad,

pero sin darnos opción, pese a nuestra petición de explicaciones.

—Si no lo hacen ustedes, lo haremos nosotros y será peor —nos dijo el más cordial de los dos agentes.

Cuando desembalamos el bote, el guardia antipático lo abrió sin miramientos, agarró una de las canicas y nos la puso delante de los ojos.

—¿Qué es esto?

—Una pinta milagrera.

—¿Cómo dice?

—Curan las jaquecas, la impotencia y las hemorroides.

—Ya.

Le molestó nuestra contestación, se la tomó como una burla o algo parecido, y con un martillo pequeño rompió la canica, después de agitarla en el aire y mirarla al trasluz. Agarró otra e hizo lo mismo, pero no le satisfizo el resultado. Repitió la operación con otras tres bolas del fondo del recipiente, cada vez más irritado. En total, destrozó cinco canicas ante nuestro asombro.

—Oiga, cuestan dinero.

—Es obsidiana, o similar, sin más... —aseguró su compañero, agachándose a recoger los restos.

Nos pidieron disculpas por los problemas causados, pero con tono frío, maleducado, y nos dejaron ir como si no lo mereciéramos y sin pagarnos una sola de las canicas rotas.

—Si no están de acuerdo, llamen a su abogado —dijo el guardia más simpático.

Antes de regresar a casa, pasamos por la dirección que me había proporcionado el señor Dumont. Era un taller mecánico del mismo pueblo de Barajas, a menos de cinco kilómetros del aeropuerto, sito en un edificio chato de ladrillo, del que surgieron sus dos hijos varones vestidos con el mono rojo y las mascarillas blancas para el exterminio de plagas. Cogieron la mercancía y rápidamente la guardaron en su furgoneta, en el compartimento de la rueda de repuesto.

—Queríamos más producto —protestaron—. ¡Mucho más!

—Es todo lo que hemos podido conseguir, y son de un color más atractivo —dijimos—. Doradas.

—No son para jugar al gua. ¡El color nos da igual!

—No me gustan nada —dijo Paula cuando estuvimos de vuelta en el taxi.

—¿Las canicas?

—No. Los mellizos esos.



# 35

## IDEOLOGÍA

El reencuentro fue maravilloso, pero no todo volvía a ser exactamente lo mismo: la separación tendría sus secuelas, dejaba una huella que solo borraría la convivencia.

El principal cambio indeseable lo producía el estupor propio de quien sabe que la otra persona ha continuado su vida en su ausencia. No hay nadie imprescindible, pero siempre nos molesta saber que, cuando muramos, la vida seguirá y nuestros seres queridos volverán a reír y soñar y tener ilusiones sin que podamos presenciarlo y sin que tengamos participación en ello.

Esto nos pasaba a nosotros. Habíamos sobrevivido separados y construido unas narraciones vitales independientes, cada uno por su lado, en un aislamiento mutuo que nos enrabetaba al comprender que también estábamos expuestos al peligro del divorcio.

La vida es conflicto, nos decíamos para explicar el que habíamos sufrido nosotros, y también para prepararnos ante la reacción de nuestra familia. Nos preocupaba especialmente nuestro hijo, que se encerró en el dormitorio cuando nos vio llegar de la mano. Las pocas veces que se olvidaba de echar el pestillo nos lo encontrábamos atrapado en el ordenador, perdido en pantallas que se abrían, cerraban y superponían —nos pareció ver cruces célticas—, y al ser sorprendido en esa disposición preocupante —tan pegada su cara al fulgor sospechoso—, cerraba la computadora.

Deseábamos saber qué ocultaba su navegación, dónde se refugiaba ahora que había cortado drásticamente la comunicación con su madre, pero no nos poníamos de acuerdo en si era moralmente aceptable revisar su ordenador sin

su consentimiento, así que permanecíamos inactivos para no discutir. Tras unas semanas de estrechísima relación maternofilial, de pronto Liberto se encontraba con que su madre volvía a integrarse —quizá disolverse— en una identidad superior, la pareja. Comprendíamos que la experiencia tenía que ser dura. Le daríamos la oportunidad de desahogarse como mejor supiera. Pero el entrenador de fútbol telefoneó a casa para contarnos que Liberto había empujado de malos modos a un compañero en el entrenamiento, tirándolo al suelo con peligro de que se desnucara, y que había estado a punto de apartarlo del equipo. El chaval había dado un estirón notable los últimos meses, sus brazos y sus piernas eran rocosas y frágiles a la vez. Por la mañana, recién levantado, parecía un deportista profesional, y por la noche, recién duchado, un niño espigadísimo, y su voz atacada de gallos padecía la misma naturaleza anfibia, medio infantil medio atronadora. Teníamos la impresión de que su cambio físico era el reflejo instintivo de una madurez a la que debía acostumbrarse, pues con catorce años no podía pretender una relación infantil con su madre. Debía hacerse un hombre, dejar el colacao y tomar café con leche, por así decir.

Su temperamento convivía con su nueva y poderosa complexión con titubeos y violencia, sobre todo en el equipo de fútbol, donde días después propinó un puñetazo a otro compañero cuando, al parecer, se le ocurrió llamarlo por su antiguo mote. Los padres del chico agredido pidieron explicaciones al director del instituto, exigieron un castigo y lo obtuvieron. Liberto fue expulsado del centro durante una semana y también del equipo de fútbol hasta que al entrenador se le pasara el disgusto.

No salía de su dormitorio, como si necesitara masticar en soledad el arrepentimiento ante una agresividad de la que hasta él mismo se sentía sorprendido.

Nos dimos cuenta de que estaba interesado en leer al conde de Gobineau, el noble francés del siglo XIX cuya doctrina inspiró a todo el racismo germánico posterior, incluido el nacionalsocialismo. Esto sí que era nuevo y preocupante, y nos confirmaba que lo que habíamos visto en la pantalla de su ordenador era, en efecto, una cruz céltica. Pasaba del marxismo-leninismo al protestantismo luterano, y de este al estudio de las revoluciones de toda laya, para terminar, contra todo pronóstico, en un asombroso racismo político. El libro llegó empaquetado un viernes por la mañana. Él estaba encerrado con la

música altísima —ya no Miles Davis, Camarón de la Isla o Marilyn Manson, sino *black metal* escandinavo, que sonaba como un motor de coche averiado—. Lo abrimos cuidadosamente sin su permiso: *Ensayo sobre las desigualdades de las razas humanas*, leímos. Se lo dimos, después de envolverlo con esmero, y le preguntamos qué título era.

—Heidi.

—No nos tomes el pelo, Liberto, por favor.

—¿Vais a censurarme las lecturas como la Santa Inquisición?

—No digas bobadas, anda.

—Entonces, ¿qué más os da?

Salió del dormitorio al cabo de tres horas. Anunció que se iba a dar una vuelta por el barrio, y nos encontramos el libro sobre su cama, bocabajo y abierto, devastado por un subrayado minucioso e ininteligibles anotaciones en los márgenes, de letra pequeña y apresurada, con muchas de sus páginas dobladas en las esquinas. Decidimos seguirlo a distancia días después, y vimos que se encaminaba hacia la plaza donde vivían el señor Dumont y su familia. Concluimos, alarmados, que esos tipos eran los responsables de aquellas lecturas inconvenientes. Liberto había pasado de un extremo al otro del arco ideológico en muy breve lapso de tiempo, lo que nos parecía inadecuado y un mal síntoma del camino que tomaba su personalidad. Demostraba una querencia por el fanatismo que podía dejar una huella mortífera en su vida adulta, convirtiéndolo en un ser radical e intolerante, amén de agresivo, similar a los mellizos del señor Dumont.

# 36

## NOTICIAS

Renunciamos a ponernos al día sobre nuestra actividad sexual durante la separación. Era historia, que se dice, y preferíamos no saber, no conocer, ignorar, pasar por alto.

—Relaciones, parejas, conspiraciones, malos pensamientos, qué beneficio podemos sacar de conocerlos —dijo Paula con su eterna sabiduría.

—Ninguno —confirmé yo.

Teníamos los ojos brillantes y las mejillas marcadas por los surcos de las lágrimas, porque era duro afrontar ciertas cosas y sabíamos que la opción de la ocultación era una señal de temor y había en ello el peligro de que renaciera la desconfianza mutua.

El ruido de un motor pequeño, como de máquina afeitadora, nos sacó de la lúgubre conversación.

Abrimos la habitación de nuestro hijo y vimos que estaba rapándose la cabeza. Los periódicos extendidos en el suelo se cubrían de mechones enormes y el viento, que penetraba por la ventana abierta, los iba arrastrando hacia nuestros pies.

—¿Qué haces?

—No soy ningún *skin head*, mamá.

—¿Quién ha dicho que lo seas?

—La cara que pones.

—Pero te estás rapando el pelo...

—Quiero probar cómo me queda. ¿Tampoco puedo decidir sobre mi propio pelo?

Cerramos la ventana.

—Y también lees al conde de Gobineau...

—¡Me habéis espiado!

—¡Somos tus padres!

—¿Y qué?

—Pues que tenemos una responsabilidad.

—Pretendo estudiar antropología cuando termine el lento y pertinaz bachillerato, y para eso hay que leer a los clásicos, por controvertidos que sean. ¿Te parece una respuesta convincente?

—Nos parece que estás tomando un camino peligroso. Las lecturas, el atuendo, tus peleas en el equipo del instituto demuestran que estás cambiando a peor.

—Me intereso por mis antepasados, por sus logros históricos, igual que vosotros os interesabais por el apellido Dumont.

—No es lo mismo. Lo nuestro es una curiosidad romántica, no de otro tipo.

—Y lo mío también es romanticismo. Soy un sentimental. Amo a mi patria.

—Lo tuyo es inquietante.

—¿Acaso me preferíais cuando era un absurdo y canalla estalinista?

—Te preferíamos cuando no eras maleducado ni violento ni decías disparates.

—¿Disparates yo?

—Sí.

—¡Habló la sensata!

—No me faltes al respeto y no ignores a tu padre.

—En efecto, tal vez esté padeciendo un cambio hormonal marcado por el sobresalto continuo, propio de la adolescencia en la que estoy metido hasta el corvejón, tal vez me ocurra también que soy un superdotado intelectual con unos padres que vuelven a comportarse como dos oligofrénicos, unidos como si fueran siameses, más que como si fueran un marido y una mujer normales. ¿Qué pretendéis? ¿Entrar en el *Libro Guinness de los récords* con vuestro brillante ejercicio cotidiano de estupidez?

Este comentario era suficiente para que se tambaleara nuestra unión, y lo

hizo, pero solo unos segundos, porque ya conocíamos y habíamos sufrido la imposibilidad de vivir separados, así que logramos parar juntos el durísimo ataque verbal con el silencio, y reprimimos el afán contradictorio de abrazar al chico (Paula) y de abofetearlo (yo).

—Reflexiona un poco sobre tus palabras, por favor —le dijimos.

Salió del cuarto, pasando entre nosotros, y volvió con una escoba y un recogedor para barrer todos los cabellos del suelo.

—Habéis boicoteado siempre mi destino. —Lloriqueó mientras barría—. Queréis que elija lo que vosotros decidís y no mi propio camino. Pero habéis pinchado en hueso, porque voy a ir por el camino que me salga de donde ya sabéis.

—Liberto, estás delirando.

—Menos de lo que me gustaría, mamá, porque vosotros, en vuestro gran, inmenso, egoísmo, no me habéis llevado a la iglesia jamás de los jamases, no sé lo que es saborear una hostia de verdad, la sagrada, padre, no te ignoro, la sagrada, la que se deshace en tu boca con el cuerpo divino, y no la que se da sobre la mesa con el puño cerrado, y por supuesto ahora estoy moralmente cojo, pese a que me gustaría ser mucho mejor persona, una persona honesta, que para vosotros es la quinta esencia del delirio, claro que sí. Pero resulta que este que está aquí os ha salvado de una desgracia muy grande.

—¿De qué hablas, hijo?

—¡Le entregasteis a los Dumont unas canicas vacías! ¡Sin sustancia!

—¿Sin qué sustancia?

—¡Droga es lo que querían, no supersticiones! Dro-ga.

—¿Qué estás diciendo?

—Con un golpe de martillo se abren y tienen unos polvos que se meten en papel de fumar y se comen. *Bombas* las llaman ellos. En cada canica hay más de cuarenta dosis. ¡Son psicodélicas y afrodisiacas!

—Estás bromeando.

—Suerte que yo os conozco y se fían de mí, porque se fían de nuestra sangre. Ellos buscaban un estupefaciente, ¿y qué les distéis? ¡Nada! Gracias a eso supieron que no teníais ni pajolera idea de lo que os traíais entre manos. ¡Os creéis muy listos, pero sois unos lerdos de libro!

—¡Deja de decir dislates y tranquilízate!

—¿Qué vais a hacer? ¿Llevarme al hospital como a un loco? ¡Hacedlo!  
¡Mejor un manicomio que vivir en una casa de extraterrestres incapaces de adaptarse a la Tierra!

Fuimos hasta la cocina, abrimos el cajón de las medicinas, nos tomamos un ansiolítico y salimos de casa para no decir ni hacer nada de lo que nos pudiéramos arrepentir minutos después.

# 37

## BOMBA

Llamábamos a Amanda para aclarar lo que nos había dicho Liberto, pero no descolgaba. Le dejábamos mensajes:

—Amanda, por favor, necesitamos hablar contigo. Nuestro hijo nos ha dado una información que nos ha dejado boquiabiertos.

Pero no devolvía la llamada. Íbamos a buscarla por los alrededores de la casa de su padre y tampoco se hacía visible. Nos evitaba, nos rehuía. Teníamos la impresión de que se había evaporado para no enfrentarse a nuestra justificada ira. Concertamos una reunión con ella varios días después, cuando por fin nos citó por wasap en una cafetería limítrofe del barrio.

La cafetería estaba en el interior de un viejo almacén de abastos ocupado con el permiso tácito de las autoridades municipales. La regentaban unos tipos llenos tatuajes y de pendientes, o más bien tornillos y remaches, en cara y cuerpo.

—Aquí hacen un té buenísimo —aseguró Amanda con una sonrisa nerviosa.

—¿Podemos ir al grano, Amanda?

No respondió, sino que dijo que le resultaba raro tener que hablar con ambos a la vez y no escuchar mi voz. Le explicamos nuestro reencuentro. Le entró una risa tonta, desvergonzada, bastante desagradable, que iba en aumento y parecía capaz de hacer que retumbaran los ventanales sucios de aquel barracón reciclado en gimnasio zen y cafetería orientalizante.

—No te comportes así, Amanda —dijimos—. Tú eres una chica inteligente.



Sus risotadas atraían todas las miradas. Se doblaba en el butacón, el tronco pegado al regazo. Rostros perplejos se volvían en nuestra dirección para ver la causa de tanto alboroto, y los abalorios de las narices, las cejas y los labios brillaban como disparos. Amanda exageraba la risa mientras nosotros teníamos unas ganas enormes de abandonar la cafetería y dejar de ser el centro de atención. Pero habíamos ido allí para obtener una explicación. Poco a poco, su risa fue evolucionando hacia un llanto mucho más discreto. Su desconsuelo de repente parecía enorme.

—¿Os lo ha contado vuestro hijo? —preguntó, limpiándose las lágrimas con el pañuelo que le dimos.

—Sí. Y nos parece muy grave.

—Os juro que no sabía que fuera menor de edad —agregó, entre sollozos.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—¡Os lo juro! —gritó—. Tú me dejaste y me sentí mal, necesitaba afecto. Él me dijo que tenía dieciocho años. Se expresa tan bien, con tanta seguridad...

—Un momento, ¿de qué hablas ahora?

—¡Parece que tiene veinte años!

—¿Te refieres a nuestro hijo?

—Pero él no tomó ninguna bomba.

—¿Quién?

—Solo bebió un poco de cerveza, os lo juro. Quizá algo de ron.

—¿Hablas de Liberto?

—Charlamos sobre Sudáfrica, sobre política, sobre la vida... Nos compenetrábamos... Y sucedió.

—¿Qué es lo que sucedió?

El techo altísimo se movía sobre nuestras cabezas, como si el agobio pudiera contagiar al mismo edificio en que nos encontrábamos y hacer que se derrumbara.

Le acercamos la taza de té a su cuerpo agitado, para que diera un sorbo y hablara con más tranquilidad. Guardó silencio mirándonos con un gesto difícil de descifrar.

Apartó la taza.

—Tiene maría —dijo.

—Sigue hablando, por favor, Amanda. ¿Qué sucedió?

—No soy ninguna fulana. Estuve contigo porque me gustabas, y pensé que era recíproco.

Luego se levantó y huyó de la cafetería sin perder sus pasos gráciles de bailarina.

Salimos detrás de ella y la retuvimos tirando de su brazo en plena calle. Sin embargo, ella no se rendía y quería avanzar, llamando, con sus intentos por desasirse, la atención de los peatones.

—¡Tienes que explicarte mejor! ¿Qué sucedió? ¡Esto es muy serio!

Un helicóptero policial se paró sobre nuestras cabezas, como si el forcejeo provocara su presencia. Y algunos ocupantes del almacén salieron a la acera, alertados por el alboroto.

—¡Déjenla en paz! —nos gritaron.

La dejamos ir para que el escándalo no fuera a más. Nos miramos con la mayor perplejidad y empezamos a forzar una respiración suave, lenta, que pretendía ser un analgésico imposible.

Nos veíamos yendo de un lado para otro como gallinas descabezadas, y con aquella sonrisa de preocupación, tan nuestra, bajo el helicóptero estrepitoso y ante la hostilidad de los cinco individuos, dos hombres y tres mujeres, con rastas y llenos de pendientes, que nos contemplaban con animosidad. El viento se volvía cada vez más intenso y frío. La dificultad de afrontar la información era traumática. Amanda nos había comunicado, a su manera atolondrada, que se había acostado con Liberto y también conmigo, lo que había dejado a Paula aún más indispuesta que a mí.

—¡Esta fu-la-na se ha liado con toda mi familia! —dijo con los ojos muy abiertos.

Se sentó en un banco, incapaz de moverse.

Menuda bomba. Su onda expansiva permanecía en el viento que levantaba el helicóptero. En apenas unas semanas de separación habíamos realizado demasiadas acciones por separado que acarrearían consecuencias indeseables. Y a estas consecuencias se unían las acciones realizadas por nuestro hijo con la ayuda de esa familia de parásitos a la que en mala hora conocimos. No había manera de librarse de ellos, todo se confabulaba para lo contrario. Dimos un larguísimo paseo por la ciudad, y conversamos para encontrar una solución que no aparecía. Paula aseguró que lo mío con

Amanda era consustancial a la separación, parte de sus riesgos, y en su asunción de esta realidad pude comprender que ella también me había sido infiel. No quise saber más, cumpliendo el pacto del silencio y la ignorancia, un pacto peligroso, pero más llevadero que el de la confesión fría y abrupta, así que hablábamos de Liberto, sobre todo de Liberto, en parte para no hablar de mí. Subíamos el ritmo de la caminata, pero solo nos cansábamos, no obteníamos conclusiones, cruzábamos barrios nuevos y antiguos, barrios ricos y pobres, limpios y sucios, y no encontrábamos más que ladrillo en venta o en alquiler, roca, nada bueno, solo el vacío de la perplejidad ante lo inevitable y lo sombrío.

—Podría estar mintiendo —dijo Paula.

—Creo que no —repuse.

Estábamos tan agotados que tomamos asiento en un banco de la plaza del Alamillo, donde nos besamos por vez primera, y mientras nuestro aliento se apaciguaba con el descanso y el recuerdo de aquel hermoso día inaugural, llegamos a la conclusión más perezosa: lo que tenía que ser sería.

## TURBULENCIAS

—¿Qué pretendes, Liberto?

—Salirme del *mainstream* social —respondió, como si no sospechara lo que ya sabíamos—, escapar de la dictadura de lo políticamente cobarde, que corroe los cimientos de todo.

—Querrás decir *políticamente correcto*.

—¿Qué diferencia hay?

Aprovechábamos cualquier momento a solas con él, cualquier disposición suya más o menos amable para prender el fuego de la conversación, sin abandonar nunca la prudencia, pero también con el afán de conocer cuáles eran sus andaduras. No era fácil hacerlo, cualquier cosa que le decíamos, hasta la más inocente, suponía un riesgo de exabrupto.

—Y aparte de eso, ¿qué más pretendes?

Estábamos en el local un martes festivo, solos nosotros tres, y él leía un cómic de Tintín del que daba la impresión de que poco a poco se estaba aburriendo.

—Pretendo un poco de silencio.

Le explicamos que los grupos nacionalistas son agrupaciones de personalidades mediocres que hallan en lo colectivo, en unos rasgos mitificados cuando no inventados, su autoestima, porque como individuos carecen de virtudes, y además van contra la flecha de la historia, que promueve la unión entre humanos, y no su separación.

—¡Qué chorrada! No hay flecha de la historia, la flecha la disparamos los hombres por acción u omisión. Y todos los grupos funcionan igual —nos

replicó, bajando el cómic—. Los islamistas, los fascistas, los neoliberales, los marxistas, los budistas, los madridistas... En toda colectividad hay individuos que valen mucho y otros que se apuntan solo para sentirse mejores y huir de su miseria personal. Pero unos grupos tienen más sentido que otros, yo formo parte de la gran familia europea, y sí, hablo desde una perspectiva étnica y no solo cultural... Un europeo de Argentina o Nueva Zelanda es mi hermano, aunque sus ancestros salieran del continente hace trescientos años.

—Pero ¿quién te ha enseñado eso?

—Leo y saco mis conclusiones, punto.

Y volvió a la lectura del cómic, tapando su rostro con la portada: *Tintín en el Congo*.

Nuestro objetivo era indagar en su relación con el señor Dumont y su familia. Iniciábamos la charla en el ámbito de su evolución ideológica, para conocer la causa de su transformación, pero también como estrategia para dirigirle a un territorio más personal en el que obtuviéramos datos relevantes sobre la intensidad de su trato con Amanda.

—¿Nadie te ha influido?

—No.

—¿El señor Dumont?

—Me cae bien, pero no. Y los mellizos tampoco.

—¿La chica?

—Sé distinguir el sexo del discurso.

—¿Quién ha hablado de sexo?

—Ya sé que Amanda os lo ha contado todo.

—Eres muy joven para practicar sexo con nadie.

—El discurso es mío al cien por cien. He aprendido a ver la verdad de las cosas saliéndome del rollo absurdo de lo políticamente corrosivo. No entiendo por qué todo tiene que analizarse en función de las clases sociales, y no de la cultura o de la raza...

—La sociedad se puede analizar desde cualquier prisma, pero no para llegar a conclusiones equivocadas por la simple influencia de una persona atractiva... Y el racismo es una bobada peligrosa y repulsiva. Lo peor de la historia humana lo ha provocado el racismo.

—A veces se llama racismo a amar tu propia herencia genética. Y sí,

estoy con Amanda en todos los sentidos. ¿Es eso lo que queréis saber?

Nos quedamos callados, quietos.

—Y no, no me obligó a ello, ni me sentí forzado. No podría haber perdido la virginidad con nadie mejor. ¿Contentos?

—Todo lo contrario, de hecho.

—Os he escuchado llamarles neandertales con desprecio, pero los Dumont son muy inteligentes —continuó, escondiéndose de nuevo tras el cómic—, y los neandertales del Paleolítico también lo eran, lo dicen las últimas investigaciones antropológicas. Sus cerebros eran más grandes que los de los *sapiens*. De hecho, parte de esa inteligencia quedó en el hombre europeo. Tal vez por eso somos la raza más creativa del orbe. Tenemos entre un uno y un cuatro por ciento de genes neandertales, cosa de la que los africanos carecen. Probablemente, en esto radique nuestra ventaja. Los orientales atesoran cocientes intelectuales más altos, se mezclaron con otros homínidos, los denisovanos, pero no tienen la creatividad neandertal.

—Los neandertales se extinguieron frente al empuje del *Homo sapiens*. Todas las razas somos parte de la misma familia. ¿Cuántas veces has visto a Amanda?

—Más de una, menos de mil...

—Eres menor de edad. Amanda podría ir a la cárcel por ello.

—El que irá a la cárcel seré yo como alguien ose reprocharle nada, y ya no digamos denunciarla.

—¿Pero tú te estás escuchando, Liberto?

—Tengo oídos, sí.

—Debes cortar esa relación.

—¡Jamás!

—Debes hacerlo.

—Es más, no me importaría nada formar con ella una bonita familia de estirpe indoeuropea.

—¡Ten mucho cuidado con lo que desees, Liberto! ¡Esto no es un juego!

—¡La raza, sí, la raza! ¿Qué problema hay?

—Ahora no estamos hablando de la raza ni de los neandertales ni de ningún dislate semejante.

—Yo no odio a nadie, pero tengo mi propia identidad étnica, soy un

europeo de la península ibérica y tengo un cociente intelectual del que me puedo sentir orgulloso, y lo hago, qué pasa, mi inteligencia es una herencia de la que estoy agradecido a mis ancestros, tocados por el peculiar cerebro neandertal, por mucho que la atmósfera cultural predominante favorezca a los más tontos e inútiles.

—Los ibéricos actuales somos mezcla de muchas razas y culturas, nosotros mismos tenemos algo de franceses. Piensa en Dumont.

—Los ibéricos somos quienes mejor hemos conservado el haplogrupo Rb1.

—¿De qué hablas ahora?

—Un marcador genético que no muta, que pasa de padres a hijos varones intacto y que sirve para que los científicos estudien las migraciones históricas. El haplogrupo mayoritario entre los varones de la Península es el Rb1, mayoritario también en toda Europa occidental: británicos y franceses son nuestros hermanos de sangre...

—¿Y qué más da eso?

—Pues que no me preocupa nada el tema Dumont, y que hay que leer más y no bucear solo en las bobadas de la red, que es más bien telaraña para cerebros pacatos. Hay que leer libros que vayan más allá de los cuatro tópicos políticamente cochambrosos. Los españoles somos mezcla de iberos, celtas, romanos y germanos. Todos indoeuropeos...

—¿Y los judíos y los bereberes?

—Sus haplogrupos son minoritarios entre nosotros, está demostrado. Semitas de raza blanca, en cualquier caso.

—¡Hablas como un racista de la peor especie!

—¡Es ciencia!

—¡Es estupidez!

—¿Estupidez? —se carcajeó—. ¡Madre mía, qué mal estáis!

—Esos libros racistas, hijo, solo valoran a los nórdicos, no a los mediterráneos. ¿Y qué han hecho los nórdicos, aparte de ser rubios? Viven sin sol, menudo horror. ¡Y estaban en cuevas cuando los africanos de Egipto construían pirámides! ¡Ha habido épocas en que los africanos estaban mucho más avanzados que los europeos!

—¿Y tú me llamas racista, mamá? ¡Qué manera de hablar de los

nórdicos!

—¡No queremos hablar de los nórdicos! Queremos hablar de ti y de Amanda y del cuidado que hay que tener en las relaciones sexuales.

—¡Pero yo no quiero hablar de mi vida privada, y menos con unos frikis!

Y salió del local aprovechando la entrada de una mujer rubia con sus dos hijos casi albinos, de aspecto nórdico. Atendimos a la familia distraídos y torpes, pues estábamos muy afectados por la discusión con Liberto, y así, los niños se quejaron varias veces cuando les pasamos la lendreras. Uno de ellos se puso a llorar. Dijo que le tirábamos del pelo. Se calmó, pero volvió a protestar: que le quemábamos la piel con la aspiradora de bichos. Le pedimos perdón, pero la madre ya nos miró mal hasta que pagó el servicio; precio abusivo, aseguró —y eso que le sacamos cerca de doscientos piojos a cada niño—, y desapareció cerrando la puerta con el mismo estrépito que nuestro hijo media hora antes. Fue una tarde de ruido y disgustos, porque el vecino de nombre risible se atrevió a entrar lloriqueando cuando estábamos barriendo para cerrar. Suplicó a Paula una nueva oportunidad sentimental casi de rodillas, como si nadie más estuviera presente, arrugándose con un patetismo que nos impedía oír bien sus palabras, y que hizo que yo conociera una información que habría preferido ignorar.

—Estuviste con una persona que ya no existe, y que cuando existió fue enormemente desgraciada —trató de explicarle Paula con tono amable—. Incluso el breve periodo en que buscó consuelo a tu lado.

—No, Paula, no puedes volver con él como si nada hubiera pasado entre nosotros —insistió el vecino.

Salió suave, sigilosamente, del local, pero enseguida regresó rabioso, nada lastimero y, señalándonos con el dedo índice, nos amenazó:

—Todo el mundo va a saber cómo habéis hecho este negocio charcutero. Comprasteis los piojos a la familia de quinquis de la plaza, me lo contaste tú aquella noche.

—Solo te dije que estuvimos tentados de hacerlo.

—Además, son familiares vuestros. ¡Tenéis el mismo apellido! —continuó el vecino—, y habéis conseguido que el barrio entero esté rascándose la cabeza como si tuviera la tiña. ¡Esto se va a saber!

Nos quedamos paralizados.

El vecino se había ido, andando de espaldas, sin perdernos la cara, como



si disfrutara con el efecto de su amenaza.

—¡Te mereces el nombre que tienes! —le grité cuando desapareció.

Y fue un error hacerlo, porque, aunque ya había salido del local, seguro que oyó una sentencia que le daba en su punto débil, su trauma infantil, lo que debió de agravar su rencor.

# 39

## PANFLETOS

El primer panfleto infamante llegó a nuestro buzón y a los buzones de toda la comunidad de propietarios pocos días después. Decía con letra de imprenta, mayúscula y Times New Roman que nosotros estábamos «forrándonos» a costa de una alianza con los «quiquis de la plaza» y que éramos parte del mismo negocio: ellos expandían los piojos y nosotros los erradicábamos.

Al día siguiente, estaba la entrada repleta de panfletos, sobre los baldosines del portal, y hasta desperdigados por la acera y la calzada más cercanas.

Los dichosos panfletos se multiplicaban. Nos acusaban de haber propagado piojos, de haber acudido a los colegios, todos los del distrito, a los institutos y a un centro de formación profesional, y con nuestros dedos sucios haber acariciado los cabellos pulcros de los alumnos. Ciertamente ese había sido el plan en origen, pero nunca lo llevamos a cabo y resultaba por fortuna inverosímil para todos los convecinos, o al menos para la mayoría. Alguno se acercó para solidarizarse con nosotros. Notamos también miradas de desconfianza; pocas, pero quisimos creer que venían motivadas por lo de siempre, nuestra unión, y no por los panfletos. Lo que más nos inquietaba era ver en ocasiones al vecino como una sombra o un fantasma enemigo y perseguidor, obsesionado con nosotros, que se ocultaba detrás de los muros cuando lo descubríamos. Pensábamos, o queríamos pensar, que nos habíamos topado con él por casualidad, pero en realidad sabíamos de su persistencia persecutoria. Intentamos hacerle ver, las pocas veces que nos cruzamos con él en el portal, que no era buena idea meterse con la familia del señor Dumont;

quizá nosotros no éramos peligrosos, pero ellos sí.

Él insinuaba cínicamente que no era responsable de los panfletos.

Era un hombre carente de dignidad, pero con una obsesión que nos colocaba en el punto de mira de su rencor. Pensábamos con sinceridad que estaba buscándose la ruina. No solo porque los vecinos hubieran avisado a la policía para quejarse de los papeles, que lo manchaban todo, la escalera, la calle, hacían rebosar los buzones y las papeleras, y que ningún efecto habían tenido contra nosotros salvo el de molestarnos, sino porque el señor Dumont estaba iracundo. Nos telefoneaba pidiéndonos los datos del culpable, nos amenazaba con silencios elocuentes al otro lado de la línea, como si también nos responsabilizara de las infamias. A él y a su familia sí le estaban afectando, y a la postre provocarían su mudanza definitiva de la plaza. La policía y los vecinos los consideraban quinquis ajenos a las buenas costumbres comunitarias. Los mismos prejuicios ideológicos que defendían se les volvían en contra. Y por mucha carga genética europea que dijeran o probaran tener con sus certificados, que al parecer habían repartido por los portales y comercios del barrio, en un gesto extravagante que empeoró su reputación, su modo de vida era tan indecoroso para el ciudadano común como el de unos nómadas sospechosos de cualquier barbaridad.

Cada vez eran más los vecinos que deseaban saber qué guardaba el señor Dumont en su vivienda, de qué vivían él y su familia, pues en algunos panfletos se decía que había riesgo para la salud del barrio y que trapicheaban con sustancias peligrosas. Y lo cierto es que no mentían en lo fundamental.

# 40

## LLUVIA

Los piojosos, entretanto, no dejaban de aumentar en el barrio. Hasta los adultos venían a que les limpiáramos las cabezas. Se decía que algunos parásitos alcanzaban el tamaño de lentejas, y no era cierto, pero la leyenda era prueba de su enorme proliferación. Justo cuando más las necesitábamos, las dos empleadas que habíamos contratado recientemente dejaron de venir a trabajar, sin aviso previo. Su ausencia parecía marcada por la presión vecinal. Tantos panfletos infamantes comenzaban a hacer efecto en nuestro entorno más débil y timorato. Estábamos telefoneando a sus móviles por cuarta o quinta vez cuando apareció en el umbral de la puerta aquel gigante de la sierra, el sedicente patricio, el Biznieto del Cid, muy sonrosado y alegre y agitando nuestra tarjeta comercial para pedir que le quitáramos los invasores de la cabeza. Se topó con nuestro hijo, que leía un cómic distópico repleto de simbología sospechosa, en una esquina del local.

—Siempre has despreciado los cómics y ahora mira hacia dónde te conduce tu nueva ideología —le dijimos—. Te estás infantilizando.

—Es un arte menor, pero es un arte, nunca lo he negado —repuso.

Mientras le preparábamos el pelo, el grandullón demostró que se había tomado la medicación, estaba sereno y dialogaba con amabilidad con Liberto sobre el contenido enfermizo del cómic. Conversaban también sobre el «movimiento identitario europeo», y el paciente nos miraba de tanto en tanto como si buscara nuestra aprobación. Se la concedíamos. Aquella conversación nos resultaba valiosa para comprender hacia dónde iba nuestro hijo, o dónde estaba ya. Su deriva nos tenía acobardados. No solo latía en ella una ideología violenta, sino que además crecía la posibilidad de un

desencuentro entre nosotros. No podíamos asumir ese peligro, y por ello permanecíamos inmóviles, sin capacidad de reacción. El grandullón aseguraba que España estaba siendo conquistada por hordas bárbaras sin defenderse, mayoritariamente africanas, pero también asiáticas, y nuestro hijo asentía. El contraste de su inteligencia con la simpleza de argumentos de ese loco tan xenófobo haría que viera la realidad más pronto que tarde, pensábamos, pero lo cierto es que su actitud asertiva contradecía esta presunción. Estaba obnubilado con el Biznieto del Cid. La teoría de buenos y malos resultaba efectiva para su cerebro adolescente.

—Alfonso, cuéntale también a nuestro hijo —terciamos, cada vez más incómodos— los problemas sanitarios que tienes. Para que se ubique.

—¿Qué tendrá que ver la velocidad con el toque de estupidez que ahora metéis en el asunto? —dijo Liberto.

—Es que Alfonso es paciente de nuestra ambulancia, cariño —dijo Paula—. A veces le da por hablar en romance. ¿Verdad que sí, vuesa merced?

Alfonso, el orgulloso aristócrata, no respondió, guardó un expresivo silencio, hundiéndose cada vez más en la butaca donde repasábamos su cabello ondulado. Le había afectado nuestro comentario tanto como un pinchazo a un globo. No volvió a abrir la boca ni siquiera para pagar el servicio. Se fue con la cabeza gacha, con la mirada sin fuerza.

—Sé lo que habéis hecho —dijo nuestro hijo—. Habéis querido frenar su discurso humillándolo.

—Hemos querido que supieras que ese hombre vive medicado y se cree el Cid Campeador.

—Lo que yo pienso ya lo pensaba antes de que él viniera.

—¿Te agrada pensar igual que un loco?

—Ahora a la rebeldía se le llama locura.

—Ese chico está loco, Liberto, no es ningún rebelde. Si no nos crees, vente con nosotros en la ambulancia la próxima vez...

—Pues estará loco, vale, pero no es un mindundi que se deja comer la merienda o que ni siquiera sabe qué merienda le están dando de comer.

—Déjalo ya, Liberto.

Los días siguientes, nuestro hijo encontró una vía de escape y tranquilidad en la jardinería. En el patio interior del edificio había un terreno

comunitario en el que se afanaba con una azada y un rastrillo por las tardes. Llenó aquel pequeñísimo y sombreado lugar de semillas de melocotón, y plantó un limonero con el permiso de la comunidad de propietarios. Cuando miraba hacia lo alto y nos veía contemplando su trabajo, movía la mano para pedirnos que lo dejáramos tranquilo. Nos contrariaba mucho comprender que trabajaba en el huerto imitando al mismísimo señor Dumont, que esa labor era un signo de su influencia, como si estuviera perdiendo su propia personalidad, y se difuminaba hasta no ser más que una sombra cuando terminaba y subía a casa y caminaba sigiloso por el pasillo, de aquí para allá, como un espíritu extraviado que no quisiera que le habláramos.

Como tener una conversación con él era casi imposible, dejábamos en el escritorio de su dormitorio manuales informativos sobre los riesgos y problemas de la paternidad prematura, y también libros que denunciaban la falacia sustancial del concepto de raza, en la esperanza de que los leyera y recapacitara. A veces, los tiraba por la ventana y quedaban encajados en el abono, al lado del limonero, como mojones de papel que le daban al huerto un aire de instalación de arte contemporáneo.

—Dejad de presionarme —nos dijo.

—¿Te parece presión darte buenos libros?

—A buen entendedor, pocas patuleas.

Consultamos el problema con nuestro médico de cabecera y él tampoco era un oyente cómplice. Con expresión de suficiencia, llegó a decirnos que el problema lo habíamos provocado nosotros al conceder tanta importancia a nuestro apellido familiar, lo que había sido un mal ejemplo para el chico, como si le hubiéramos demostrado que los ancestros, el ADN, la sangre, la estirpe, tuvieran una importancia sustancial en la vida presente y futura de los hombres y en su conformación personal. Ante nuestro mutismo, añadió que, para colmo, habíamos convivido demasiado tiempo con los psicóticos y dementes a los que recogíamos con la ambulancia, y esto nos había hecho mal, porque nuestra manera de vivir como pareja le parecía un tanto excesiva, hasta peligrosa.

—Nos sale natural.

—No digo que no, pero cualquier día os meten a vosotros en la *papa*.

—No es gracioso.

—No pretendo serlo.

—Ah, menos mal.

—Me habéis pedido una opinión. Os la doy.

Y se incorporó de la butaca para rebasar su escritorio y dejar caer sus manos pequeñas sobre nuestros hombros con actitud paternal. Nos manteníamos rígidos en las sillas, con él detrás, de pie, acariciando nuestra ropa. Luego, como quiera que él no separaba sus manos grimosas de nuestros hombros y espaldas en tensión, nos levantamos para despedirnos con la receta de los ansiolíticos debidamente rubricada por su firma histriónica. Al salir de la consulta y pisar la calle, nos sentíamos culpables, pensábamos con tristeza en Liberto, que estaría en casa enchufado a su música estrepitosa o en su huerto en sombra, abducido por la misma incapacidad que tenía el mundo para entendernos.

El chico hablaba mucho por teléfono. Demasiado. Sospechábamos que lo hacía con Amanda y lo confirmamos con las pesquisas adecuadas. Nos llegaban palabras sueltas de sus conversaciones y también la risa desatada de nuestro hijo. Estaba enamorado. Con ella parecía abrirse como una flor llena de azúcar, sin precaución, con enorme inocencia. Nos dimos cuenta de que su ideología radical no era tal cuando hablaba con ella, ante quien se mostraba mucho más moderado y sensato. Nos dimos cuenta, o quisimos creer, que tal vez la chica no era tan mala influencia.

Aquella noche de lluvia fina, pero llena de luces misteriosas y cálidas, la risa de nuestro hijo en su habitación había sido tan alegre que se nos contagió el buen humor. Decidimos salir a dar un paseo sin importarnos el chaparrón que comenzó de repente.

Liberto permanecía en su dormitorio con la música escandinava a todo volumen, el insoportable *black metal*, y le dejamos una nota por debajo de la puerta: «Un trato: tú nos aceptas como somos y nosotros te aceptamos como eres».

Nos tomamos dos copas en un pub irlandés acogedor, con una buena estufa bajo la mesa, desde el que contemplamos la lluvia con la alegría de estar juntos.

Al volver al portal de casa, íbamos abrazados, y nuestro hijo lo comprendió todo desde la ventana del dormitorio, un recuadro amarillo en la pared oscura, golpeando su frente contra el cristal, ya que no podía hacerlo contra la realidad. Estaba allí, mirándonos con ojos atentos, sabedor de que

no teníamos otro camino que la unión radical. Ya habíamos probado el desamparo de la ruptura y no podíamos soportarlo, y su frente rebotaba contra la ventana suave, solemnemente, mientras la lluvia nos ametrallaba con inusitada fuerza.



# 41

## ILUSIÓN

De la confrontación con Liberto pasamos a una conllevancia más o menos serena durante varias semanas, con una sola excepción, enorme, descomunal, cuando nos anunció que Amanda iba a ser madre.

Telefoneamos a la muchacha y, como siempre, tardó media docena de llamadas y varios días en contestar.

—Tenéis un hijo muy fantasioso —respondió, soltando una carcajada.

—Es menor de edad, Amanda. Recuérdalo. No está en condiciones de ser padre.

—¡Ni yo de ser madre!

Aquel comentario nos tranquilizó.

Liberto se mantenía durante horas metido en su temario de historia y geografía, con el rostro casi besando las páginas del libro, y sacaba unas calificaciones formidables en el instituto, no se conformaba con el mero aprobado de antaño. También empezó a leer antropología y etnología de prestigio, ya no aquellos libelos de racistas pronórdicos, sino, sobre todo, a Julio Caro Baroja y sus muchos libros. La adolescencia era un baile de hormonas al son de cuya música imprevisible cualquier comportamiento de nuestro hijo nos resultaba verosímil, así que seguíamos alerta, atentos a sus costumbres. Ahora tocaba una coreografía clásica, serena, educada; menos mal. Dejó de discutir con nosotros, se mostraba frío pero amable, estaba pasando por un periodo no dulce, pero sí tranquilo. Saludaba con respeto y seriedad, daba las gracias y guardaba las formas. Y dejó de afeitarse la cabeza. Por la tarde salía de casa con aire de tenor italiano, estirado el tronco

e hinchado el pecho, con una gorra de capitán de barco que había pertenecido a su abuelo y un pañuelo al cuello. Se marchaba a dar un paseo siempre más largo de lo que nos habría gustado —pero no le decíamos nada— y sospechábamos que se reunía con los Dumont en su casa excéntrica, en concreto con Amanda, pero al menos ahora con su atuendo imitaba a un marinero y no a un cabeza rapada, y tampoco podíamos confirmar hacia dónde iba porque las dos veces que lo seguimos nos descubrió con una sonrisa de burla, dándose la vuelta por sorpresa.

—Sin respeto a mi libertad personal, no hay aceptación de lo que soy —nos dijo—. Dejadme, por favor.

Y crecía su autoestima como crecía su cuerpo. Fuimos a verle jugar al fútbol y, aunque no era mejor que antes y tampoco le concedían muchos minutos como titular, ya nadie le llamaba el Teorías, sus compañeros respetaban su nombre propio, tal vez aquel episodio violento había afirmado su jerarquía dentro del grupo, igual que hacen los primates en la selva y todos los mamíferos, igual que pedía el abuelo. Era reclamado y reconocido como Liberto, y animaba al equipo con palmadas y gritos desde la banda como si fuera el ayudante del entrenador.

El chico cambiaba de comportamiento a mejor, era evidente. Un día vino y nos dijo que teníamos razón, que debía serenarse y calibrar la pertinencia de ciertas teorías históricas reaccionarias y perniciosas. Y, aparte de los libros sobre filosofía, antropología y etnología, seguía sacando de la biblioteca, comprando, leyendo y subrayando manuales acerca de la paternidad y el cuidado del niño durante el primer año de vida, preparándose con insólita y sesuda ilusión para el nacimiento de un bebé que creíamos imaginario.

—Pero, hijo, ¿por qué te interesan esos libros?

—No pienso repetíroslo más —contestó—. Debo estar preparado para lo que venga.

## 42

### ¿DUMONT?

La presión del vecindario y de la policía consiguió que los Dumont abandonaran su vida en Madrid. Se mudaron al sur emulando a su manera al primer Dumont que cruzó la península, el primer Dumont acusado de brujo o de estafador, como ellos, el hojalatero Etienne, así nos lo comunicó nuestro hijo con pesadumbre. Pero no se mudaron a Las Alpujarras, sino a Minas de Riotinto, en Huelva. Se instalaron en una vivienda pizarrosa, muy similar a la de Madrid, llamativa al lado de la teja común en la zona, casi parecía que la habían trasladado piedra a piedra en un camión para desmontarla y volverla a edificar.

Antes de su mudanza, se produjo el nacimiento del hijo de Amanda. Fue un parto natural, cruel, sin anestesia, en una bañera circular de agua templada. Y asistimos a él a regañadientes, forzados por la insistencia de nuestro hijo y hasta por la llamada telefónica del señor Dumont.

—Es algo importante en lo que creo que deberíamos estar todos los abuelos —dijo, con su tono más cordial.

Resultaba vergonzoso que pretendiera responsabilizar de la paternidad de la criatura a un muchacho de apenas quince años, y nos teníamos que morder la lenitiva lengua para no decirle cuatro verdades, como que un juez podría meter en la cárcel a su hija si realmente se había acostado con un chaval tan joven.

Pero Liberto pasaba mucho tiempo con esa familia turbia de individuos inquietantes y no queríamos contrariarlos.

Fuimos en cuanto nos llamaron, a las once de la mañana de un sábado. La

clínica no estaba muy lejos de donde vivíamos. Nada más llegar, una enfermera nos proporcionó bata, gorra, guantes y cubrezapatos y nos condujo hasta el paritorio. Estaban todos allí, los Dumont, nuestro hijo, la matrona y el médico, rodeando a la desnuda parturienta, cuya mueca, los ojos cerrados, los labios fruncidos, ilustraba un malestar enorme en el interior de la bañera circular.

El señor Dumont salía y entraba de la habitación, era incapaz de relajarse, y contemplaba el devenir tortuoso de su hija con creciente terror, aunque pretendiera permanecer con una impasibilidad casi cómica.

—Esto no es para hombres —decía como coartada.

Nosotros también asistimos para no discutir, pues yo quería huir de la habitación, y Paula, permanecer. Soportamos el aluvión de gemidos y quejas de Amanda, consecuencia natural de su propósito de tener un hijo sin los remedios paliativos de que la ciencia dispone. Parecía más una agonía por heridas de guerra que un parto, el agua se derramaba fuera de la bañera. Amanda palmoteaba como si quisiera abandonar el mundo, y lo que ocurría es que un mundo, ese bebé cabezón atrapado en el útero, quería abandonarla a ella; nuestros zapatos sufrían salpicaduras, los pantalones también, y el señor Dumont entró en un desmayo glacial, dio unos pasos hacia atrás y se desplomó en una silla hasta ponerse blanco como el hielo. Uno de sus hijos se lo llevó del brazo mientras él tiritaba como si hubiera escapado de una congelación.

—Venga, viejo, tómate un chupito de ron.

Volvió unos minutos después igual de cariacontecido, pero con algo más de color y ánimo, que fueron desvaneciéndose a medida que se hacía evidente el fracaso de su hija como parturienta. La matrona y el médico sudaban tanto que no había manera de creerse su gesto de serenidad, por muy profesional que fuera. Y el señor Dumont preguntaba qué ocurría sin obtener más respuesta que los lamentos de su hija. Liberto colaboraba agarrando a Amanda por las axilas, peinando su pelo empapado con la mano lenta, y lo veíamos transformado en un adulto con admirable capacidad para sobreponerse a un problema que no le correspondía solventar, pues por edad él debía estar en casa, estudiando o jugando con una consola o con el móvil o leyendo lo que fuera que le diera por leer.

Estaba adquiriendo el orgullo de saberse capaz de presentar batalla en

aquel trance insólito, y se reconocía en el adulto que ya era, de hecho, al margen de la edad que reflejara su carnet de identidad.

Era el único con capacidad para templar la angustia de Amanda. Muy dolorida, ella trataba de ponerse de pie dentro del agua, se daba la vuelta, resoplaba boca arriba y boca abajo, obnubilada y nerviosa, resistiéndose a que el médico, ya preparado y con los instrumentos cerca (los fórceps), provocara la extracción del bebé.

—¡Nadie hará nada! —gritó ella—. El niño nacerá solo.

—No queremos que haya sufrimiento fetal. Hay que sacarlo ya —decía el médico, mirando al señor Dumont para solicitar su consentimiento.

Entonces nuestro hijo, haciéndose dueño del escenario, le pidió a los Dumont la bolsa con las canicas doradas que nosotros les trajimos de Barcelona —y que pretendían devolvernos—, y tomó una que alzó al aire como si fuera una hostia refulgente, y él un sacerdote consagrándola en una catedral gótica. Se acercó a la muchacha, enrojecida y llena de erupciones cutáneas en rostro y pecho, que respiraba trabajosamente en el agua, y dijo mirando hacia lo alto, como si rezara:

—Amanda, te voy a poner una de estas canicas en la piel y... Verás como todo va bien.

Colocó la bolita en el mismísimo ombligo de la parturienta, coronando la montaña palpitante, y allí se mantuvo la pinta milagrera, en equilibrio, con todos alrededor como pasmarotes, incluidos los dos sanitarios, oscurecidos por la luz de Liberto, cuya expresión encarnaba la sabiduría y la seguridad al alejar lenta, ceremoniosamente, la mano de aquella barriga tensa, simulando con el gesto el vuelo de una mariposa grande y carnosa. Fue instantáneo el milagro, la relajación de la muchacha, que hasta pareció sonreír hacia el techo de tubos halógenos, como si descubriera allí el mismísimo cielo soleado. Seguidamente, nuestro hijo agarró la bolsa de canicas y la vació en la bañera pese a los ademanes retentivos del médico y de la matrona.

—Esto hará el resto —dijo, apartándolos con un gesto de la mano.

Y la bañera se llenó de bolitas doradas, luminosas como pequeños soles de una galaxia rojiza, sanguinolenta, en la que surgió el bebé como un pez.

—¡Bravo, Amanda! —gritó Liberto.

La matrona sacó al bebé del agua y todos nos arracimamos en torno para ver su aspecto. Por el color de su piel y de su pelo abundante, parecía

africano. El señor Dumont se fue alejando hacia atrás, con la cara enrojecida, hasta pegar la espalda a la pared. Rompió a llorar, sin ruido y sin mudar la expresión de asombro. No sabíamos si lloraba por alegría, por miedo o por decepción.

—Es un Dumont... —masculló, sudando, quitándose las lágrimas del rostro con sus manazas—. ¿Es un Dumont...?

¿Preguntaba o afirmaba?, su tono era tan ambiguo como su llantina.

—¿Es un Dumont? —le preguntó a sus hijos—. Eh, verracos, ¿es un Dumont? ¿Qué decís?

Los mellizos no respondían y el color de sus rostros era radicalmente distinto al de su padre; donde en este había enrojecimiento, en aquellos había palidez.

—¡Claro que es un Dumont! —gritó el padre.

El niño lloró sin ruido apenas le cortaron el cordón umbilical. Lo mirábamos con curiosidad científica para adivinar si en esa cara exótica había rasgos de nuestro hijo, o incluso míos. Pero el rostro, hinchado por el sufrimiento, era indescifrable. El paritorio adquirió el aroma salvaje de los Dumont, el de su vivienda excéntrica, su olor a mostaza se extendió por el aire. La adrenalina borboteaba en el agua, como si una fuerza respirara en su interior y un géiser pudiera elevarse dentro de la habitación. Con el empujón confianzudo de uno de los mellizos, que salieron de repente del pasmo, la matrona cayó en ese líquido en ebullición. Todo el mundo sudaba y gritaba, nos golpearon varios tapones de champán, entre risotadas infernales, que tenían eco en aquella atmósfera tan cargada, mientras la matrona mostraba su terror en palmoteos vanos dentro del agua. El señor Dumont, eufórico, se tiró en el líquido turbio, casi ácido, y quiso arrastrar con él al médico, que se resistió con furia. Tuvimos que salir del cuarto para no incrementar el horror con el contenido de nuestros estómagos removidos. Liberto se mantuvo ajeno al alboroto, ensimismado y alegre con el bebé en sus brazos, alejándolo de la bañera para evitarle cualquier peligro. Amanda, sin embargo, reía con sus hermanos y su padre en la bañera, con la placenta flotando en un lateral, como un *alien* carnívoro al acecho. Nos fuimos e hicimos un gesto a nuestro hijo de que nos siguiera, pero no quiso. Nada más salir de allí, respiramos con gran alivio y nos abrazamos para celebrar por fin el nacimiento del niño y la alegría aparente de Liberto.

# 43

## ESCARMIENTO

Supimos que el vecino de nombre risible había inaugurado un local antipiojos a dos manzanas de distancia del nuestro. O sea que toda su voluntad y su estrategia para crearnos un mal nombre en el barrio no venían determinados solo por celos amorosos, como habíamos creído, sino sobre todo por celos crematísticos, por puro afán de robo comercial.

Quería quedarse con nuestros clientes.

Lo estaba consiguiendo.

Mientras nuestro negocio perdía fuelle, él se mantenía con una sonrisa desvergonzada al fondo de su exitoso y remozado local rosa, en el que encontramos a nuestras dos empleadas desaparecidas. No nos movimos de la puerta hasta que él carraspeó y abandonó el mostrador para acercarse con una sonrisa retadora. Nos dijo que lamentaba mucho lo que había ocurrido en los últimos tiempos, pero que por él nuestros conflictos estaban zanjados. Añadió que nos invitaba a una cerveza bien fría en cuanto terminara su jornada laboral, que, como podíamos ver, era provechosa y casi no daba abasto con tantos clientes.

—Me llena lo que hago, pero termino agotado cada jornada.

Nos temblaban las aletas de la nariz de pura labia que no teníamos para responder a su provocación. Era probable que el vecino no pretendiera burlarse, sino que fuera tan obtuso que se hubiera convencido de que su triunfo era justo y se lanzaba a sellar con nosotros la paz con la sola voluntad de hacerlo, como si la realidad dependiera más de su deseo íntimo que de su rocosa consistencia. Pero no podíamos olvidar tan fácilmente sus ataques ni

su traición, pese a que él siguió hablando con desenfado. Teníamos la sangre alterada por la ira, y sabíamos que solo una reparación económica, acaso moral, nos libraría de la rabia que ese individuo nos estaba provocando con su actitud.

—No pasaremos página así como así —le cortamos.

—¿A qué te refieres, Paula? —A mí, ni me miraba.

—Nos referimos a que has hecho lo posible por tirar por el suelo nuestro buen nombre comercial y cuando lo has conseguido, apropiándote de casi todos nuestros clientes, pretendes que aceptemos el robo con una sonrisa.

—No os he robado nada. La idea del negocio os la di yo hace mucho tiempo.

—Eso no es cierto.

—Y aunque no lo fuera, qué. No he hecho nada que no esté permitido por la ley. Se llama competencia. ¿Acaso no creéis en el libre comercio? Doy un trato impecable y más barato, por eso viene la gente, sin extravagancias ni cosas raras. Mi local no parece una charcutería.

—Has jugado sucio y lo sabes.

Recuperó la frente arrugada y el rubor de las orejas, dos signos que aparecían en su rostro cuando le embargaba la ira.

—¿Me podéis jurar que nunca habéis esparcido piojos por el barrio? ¿Podrías jurarlo?

—Sí.

—Os ofrezco pasar página, pero página completa —añadió, casi sollozando—. Las páginas de la vida están llenas de párrafos inmutables y los párrafos que a vosotros no os interesan puede que a mí sí y mucho, y viceversa.

Dejamos de escuchar, ya solo nos llegaba su dicción farragosa, que dejaba un recuerdo sobre la inflexión de la voz, pero no sobre sus palabras.

Se dio cuenta de que no le hacíamos caso y teatral, ladinamente, regresó a su mostrador con una bofetada al aire, un gesto de desprecio que nos irritó aún más.

Tres semanas más tarde unos tipos desvalijaron entero su local, encerrándole a él y a sus subalternas en el cuarto del fondo en busca de unas canicas negras que no tenían.



—¿Leonardo Cacho Mier? —le preguntaron.

—Sí, soy yo —respondió.

Este suceso nos produjo un *shock* grande. Nos sentíamos culpables por haber dado su nombre al vendedor de canicas pelirrojo, porque intuíamos con razón que había una relación causal. Y lo hemos confirmado estos días con la detención de la banda y la descripción de su manera de actuar.

La culpa, sin embargo, tuvo a bien disolver nuestro rencor.

El destino, implacable, se había vengado por nosotros.

# 44

## VIAJE

Hace un mes, acompañamos a nuestro hijo hasta Minas de Riotinto. Nos dijo que quería ver al bebé, pues Amanda se lo estaba pidiendo con insistencia telefónica y él también creía que era su responsabilidad de padre, que no podía dejarlo solo. Cuando llegamos, a media mañana, se celebraba una pequeña muestra de artesanía, y los Dumont habían instalado un puesto de pintas milagreras justo al final de la hilera de casetas. Se los veía animosos y con cierto éxito de público. Las habían fabricado ellos mismos con vidrio y un baño de oro (y nada ilegal dentro, al menos que nosotros supiéramos).

—No nos va nada mal —nos confirmó el padre—. Y no solo aquí. Recibimos pedidos de muchas clínicas de parto natural, incluso algunas de Portugal y Francia.

También vendían lagartos, salamanquesas, camaleones, tortugas acuáticas y otros reptiles de nombres misteriosos, pero los animales los tenían en una zona mucho más discreta.

En un tren del siglo XIX, de raíles pegados a las escarpaduras de la montaña, realizamos la excursión que sigue el curso del río rojizo que da nombre al pueblo. Luego dimos un paseo por el barrio inglés, donde se asentaron los colonos británicos que llegaron para dirigir la extracción de hierro a principios del siglo XX. Nos fascinó la estética colonial de aquellas viviendas tan inglesas en el agreste suelo de Andalucía occidental, con sus canchas de tenis en desuso, signo de tiempos de bonanza económica ya desvanecidos, manchadas por los hierbajos y la herrumbre. En el club social, con una sala para *men only* que hace mucho tiempo dejó de respetarse, el señor Dumont se tomó dos jarras de agua con hielo, irritando al camarero. De

pronto, compuso un rostro enigmático, como si fuera a revelarnos un secreto que transformaría nuestro porvenir.

—Tengo pelo de Etienne Dumont, el primer Dumont que vino a España —nos dijo con su voz más comercial—. Mis hijos viajaron a Las Alpujarras y se lo compraron a otro Dumont. Si os interesa, os puedo dar un poco.

—¿A quién podría interesarle el pelo de un muerto?

—Es ADN que puede servir para estudiar de dónde venía nuestro ancestro.

—No nos interesa, gracias.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

Sobre las seis de la tarde ya era de noche y nos dispersamos, salvo Amanda, nuestro hijo y el bebé, que fueron juntos a tomar un café con leche a una localidad cercana.

—Tienen cosas de que hablar —nos dijo el señor Dumont—. Hacedme caso.

Entonces ella le confesó —con gran alivio por nuestra parte y gran disgusto de nuestro hijo (pero un disgusto pasajero)— que el padre del niño era en realidad un camarero, no el silencioso y vigilante camarero de la cafetería situada frente a la vivienda hoy abandonada y en trance de demolición municipal, sino un chulo de discoteca, uno de esos que llevan ropa apretada y visera de béisbol. Nosotros fuimos a dar un paseo por el pueblo, sin figurarnos la feliz revelación, todo lo contrario, nos veíamos ligados al nomadismo de los Dumont para los restos, siguiendo su devenir para cuidar en lo posible de un bebé que considerábamos medio nuestro, o más bien nuestra responsabilidad. Una sirena policial se distinguía cerca de la vivienda pizarrosa del señor Dumont cuando regresábamos del paseo. La sirena iluminada, pero en silencio, producía con su vaivén circular un tambaleo general del entorno, como si lo borrara para volverlo a dibujar en rojo.

Desde la habitación del hotel vimos que la presencia policial se relacionaba, en efecto, con el señor Dumont y su familia. Las figuras más o menos difusas con la niebla eran sus dos hijos, nerviosos y huidizos, bailarines en la bruma, pero el señor Dumont permanecía inmóvil, muy quieto, como una estatua a la vez romana y salvaje, mientras escuchaba a los

agentes con el mentón elevado. En las ventanas de algunas casas las mujeres se asomaban con curiosidad hostil, en bata o camisón, lo que nos dio la medida del conflicto permanente en que vivirían allí los Dumont. Si nosotros estábamos abocados a ser la pareja que éramos, ellos estaban condenados a ser considerados sospechosos de por vida.

Los agentes trataban con desagradable desdén al señor Dumont, llamándolo quinqui, por más que él sacudiera ante sus ojos el papel que demostraba que tenía sus requisitos de residencia en regla.

—Y hablo un castellano castizo, de aquí, me he esforzado por adaptarme a la madre patria —decía.

Uno de sus hijos mellizos empeoró la situación cuando apareció con un documento que irritó aún más a los guardias civiles.

—Mi padre y nuestra familia pertenecen al principal haplogrupo europeo, el Rb1 —dijo—. Aquí tenemos el informe de ADN del cromosoma Y, que lo certifica, y también un estudio mitocondrial y otro...

—¡Cállese!

—Léalo... ¡Somos europeos! ¡Más que nadie en este pueblo!

—No sé de qué me habla... —respondió uno de los guardias civiles—. Ese papel no me dice nada.

—¡Hijos, callaos! —decía el señor Dumont—. ¡No les haga caso, agente! ¡Son unos verracos!

No supimos qué motivó la presencia de los policías en su vivienda, ni se lo preguntamos al señor Dumont a la mañana siguiente. Nos despedimos con un abrazo de alivio, pues sentíamos que por fin habíamos roto amarras, y nos librábamos de su indeseable cercanía.

—¿Seguro que no queréis pelo de Etienne Dumont?

—De verdad que no, muchísimas gracias.

—Hasta la próxima, entonces, amigos —nos dijo.

—Adiós —respondimos.

Nuestra misión allí había terminado felizmente, y, tras la revelación de Amanda, los Dumont no serían otra cosa que una anécdota del pasado, más o menos sórdida, más o menos divertida, más o menos memorable. Con buen criterio, nuestro hijo rechazó ser el padrino del bebé, alegando una distancia física que no le permitiría dedicarse a la encomienda con todo el interés y la

responsabilidad que consideraba propios de tal figura.

Y regresamos a Madrid muy contentos, con Liberto a nuestro lado cariacontecido, perplejo, aliviado y elocuente sobre sus deseos:

—No quiero hablar de ello. Gracias.

# 45

## LUZ

Poco a poco, hemos terminado la remodelación del local hasta convertirlo en una tienda de productos ecológicos que ha empezado a recibir clientes; con menos regularidad de la que deseáramos, pero clientes fieles y amables. Tenemos de todo, desde infusiones hasta potitos para niños, desde algas hasta tofu y muesli, desde perfumes de frutas del bosque hasta limpiacristales sin química y, lo que más nos ilusiona, disfraces comestibles. Aún faltan retoques, pero el negocio nos ha devuelto la alegría. Y también vendemos canicas terapéuticas, como un homenaje postrero a nuestros ancestros que cierra para siempre nuestro interés por ellos. Las canicas nos las proporciona un berlinés de origen turco, legal y serio, muy distinto de aquel turbio pelirrojo del que ya no hemos vuelto a saber nada. Tal vez hoy esté en la cárcel o muerto u oculto en Ibiza o vendiendo su producto en alguna feria europea, pero ya no camuflado en canicas negras, sino en artilugios aún no *quemados* ni descubiertos por la policía.

Por fin han desaparecido de nuestro vocabulario los insectos, aunque no por ello hemos podido permitirnos abandonar la ambulancia. Pero la esperanza radica ahora en un negocio que sí nos resulta satisfactorio. Para empezar, nos permite hablar con un vocabulario más nuestro, sin bichos ni metáforas repelentes.

Nos parece que las cosas regresan a su ser, como si hubiéramos estado dentro de un túnel durante un tiempo largo y alucinante, desde el día en que entramos en contacto con los Dumont para poner en acción un proceso indeseable cuyas consecuencias fueron mucho más perniciosas de lo que jamás habríamos podido imaginar. Desde que quisimos conocer una línea

ancestral que, realmente, no nos ha deparado nada bueno, como si todas esas indagaciones conllevaran siempre una consecuencia peligrosa, tanto si se quiere como si no.

El Teorías ya no es el Teorías, porque sus extremidades musculosas le benefician y hacen temible. Sigue con sus peculiaridades y su ensimismamiento, ávido siempre de alimentos intelectuales —lecturas, especulaciones, extravagancias, lo que sea—, pero más estable y pacífico, mejor; continúa en el equipo de fútbol, pero también juega al ajedrez en un club de aficionados del barrio y así se mantiene lejos de indeseables y dañinas veleidades ideológicas, y con ello distrae su cerebro intrigante e hiperactivo.

—El ajedrez es una metáfora del mundo —nos dijo anoche.

Y los abuelos mantienen su actitud recelosa con nosotros, pero ya no tratan de cambiarnos, o lo hacen con menos aspereza, no fuerzan las cosas, se encaminan hacia una actitud de resignación mucho más llevadera.

Somos una pareja sólida y así seremos siempre.

Lo hemos sabido en todo momento, en realidad.

Y esta mañana nos ha parecido que el destino se ponía de acuerdo con nosotros y nos daba señales de que por fin retomábamos un cauce de sentido común que nunca debimos perder.

Nos adentrábamos, de madrugada, en ese poblachón de la sierra, conflictivo y lejano, llamados por la Guardia Civil, para atender una vez más al Biznieto del Cid, y dejábamos en los laterales de la calle adoquinada a los magrebíes con sus chilabas puestas, fumando en la oscura madrugada, atentos con sus grandes linternas a nuestra *papa*, pero del rostro se nos prendía una sonrisa más o menos tranquila, suave, sediciosa ante el panorama, altanera frente a la inquietante situación que nos esperaba —agua hirviendo, un cuchillo jamonero, un trabuco cargado, no sabíamos—, y miramos hacia lo alto en busca de la mansión del paciente, pero nos sorprendió una lluvia finísima, algo sucia, nada amable, por encima de la chimenea, que anunciaba la llegada de una mañana poco acogedora.

Aparcamos delante de la mansión.

—¡No le hagáis nada a mi pequeñín! —nos suplicó la madre del Biznieto del Cid en cuanto nos apeamos de la ambulancia.

El médico, risueño como de costumbre, y los guardias civiles, dos que no

conocíamos, nos explicaron el panorama. El paciente había estado toda la noche golpeando las paredes de su casa y habían recibido denuncias de todo el vecindario y también de la madre. Pero ahora el tipo llevaba un buen rato en silencio, preparando seguramente una trampa para cuando llegáramos.

Subimos los escalones, y la puerta maciza estaba entornada, lo que nos puso alerta.

—Alfonso... ¿Estás ahí?

No respondió.

Le pedimos a la madre que le dijera algo a su hijo, una frase tranquilizadora, pero ella negó con la cabeza, paralizada por el pánico. Entramos en la casa lentamente. El recibidor, recargado de adornos —espejo de marco barroco, paragüero dorado, perchas ampulosas y cuadros costumbristas de caza—, estaba encendido.

—Alfonso... ¿Dónde estás?

El pasillo se perdía en una oscuridad palpitante, en la que el peligro dormía con un ojo abierto, y las estanterías a ambos lados de la pared lo estrechaban y convertían en un túnel poco apetecible. Mal encajados, los libros eran rocas al borde del desprendimiento. Empezamos a recorrer el túnel, de la mano y en fila india, no cabíamos de otra forma, con los guardias civiles con las pistolas en ristre, justo detrás. Un mamotreto de muchas páginas cayó al suelo haciéndonos frenar con su estrépito (*Drácula*, de Bram Stoker). Sabíamos que al final de la búsqueda nos aguardaba una sorpresa desagradable, si nos ateníamos a lo que la experiencia nos decía del complicado paciente. Con un gesto, pedimos a los agentes que guardaran las armas, para no alarmarlo más de la cuenta, pero no hicieron caso.

El silencio era tenso, escondía un susto inminente, lo presentíamos.

—¿No se habrá suicidado? —nos susurró un guardia civil al oído.

—¿Cómo dicen? —se alarmó la madre, que no se había movido del recibidor, mientras nosotros avanzábamos por el pasillo.

—Llame a su hijo, por favor, señora, es importante.

No nos hizo caso.

—¿Alfonso! —dijimos—. ¿Estás ahí?

Al final del pasillo, cuya luz de pronto ella encendió, se distribuían varias puertas que daban a otras tantas habitaciones, pero había una escalera que



bajaba hacia un sótano, y la enfilamos mientras los guardias civiles buscaban en los dormitorios. Los abrían con sigilo y prudencia, llamando al paciente por su nombre, en susurros, y sin bajar las pistolas. La escalera, de madera envejecida y peldaños breves y crujientes, torcía hacia la derecha, y en cuanto asomamos la primera pierna tras la curva, una ráfaga de sangre manchó la pared. Nos quedamos quietos, asustados, expectantes. No se oía nada. Aquello no era sangre, sino témpera u  leo, algún tipo de pintura roja brillante. Entonces la puerta se cerró sola a nuestra espalda: clac.

— Qui nes son vuestras mercedes? —Por fin oímos la voz del paciente.

— Podemos bajar un poco más, Alfonso?

— Responded presto!

—Los sanitarios...

—Pod is bajar, pero que no vengan los verdes.

—De acuerdo, Alfonso.  Te has tomado la medicación?

—Hace un par de horas. Ahora estoy pintando.

Uno de los guardias civiles abrió la puerta con estrépito y le hicimos la señal de que se retirara; estaba todo bajo nuestro condominio, controlado por la autoridad sanitaria que representábamos. El agente dud , pero finalmente acept  nuestra petición cuando su compañero, más veterano y sereno, lo agarr  del brazo y se lo llev , cerrando con sigilo.

—Vamos a bajar, Alfonso. Nos fiamos de ti.

—Vale, pero decid a los verdes que se vayan...  O no respondo de mis actos!

Había dejado de usar palabras de su peculiar español antiguo, buena señal.

—Ya lo hemos hecho, Alfonso.

— Seguro?

—Segurísimo.

—Bajad.

Descendimos dos peldaños más y una nueva ráfaga de pintura alcanzó uno de nuestros uniformes, lo que nos hizo retroceder con enorme sobresalto, y casi caer hacia atrás, de culo.

— No nos fastidies, Alfonso!

Volvimos a intentarlo y poco a poco fue abriéndose ante nosotros un

panorama inesperado, formidable. Aquel sótano era un gigantesco estudio de pintura, muy bien pertrechado de caballetes que sostenían tapices y lienzos de diversos tamaños, con paletas de óleo por el suelo, y fotos y reproducciones de pintura clásica colgadas de las paredes o tiradas por los rincones.

El paciente fumaba en pipa mirando hacia el lienzo en el que estaba trabajando —un legionario español en posición de firmes— justo al final del sótano, a partir del cual comenzaba el garaje con dos coches enormes, de esos *jeeps* cuatro por cuatro, en sombra.

—Venid, acercaos —dijo, dando una pincelada al lienzo—. ¿Os gusta?

—Está muy bien, pero podrías pintar otras cosas...

—¿Qué tipo de cosas?

—Más modernas.

—Pinto lo que me piden el cuerpo y el corazón.

—Tenemos que llevarte con nosotros, ya lo sabes.

—¿Y la orden del médico?

—Aquí está, firmada.

La leyó con calma.

—Como queráis, pero dejadme que os enseñe todo esto, por favor. Nunca viene nadie a verlo.

Todas sus pinturas representaban a personajes en actitud bélica o desfilando, había paracaidistas y legionarios del ejército español, muchos legionarios, los tercios de Flandes, algún caballero templario, también marines norteamericanos y otras tropas desconocidas para nosotros, y aunque no pintaba mal, su realismo de inspiración marcial era previsible y aburrido. Entonces le preguntamos qué artistas le habían influido más, con la idea de que paulatinamente la medicación fuera extendiéndose por su sangre y dominando su cerebro y pudiéramos hacerlo entrar en la *papa* sin forcejeos ni disputas. Nos mostró las reproducciones que colgaban de las paredes: cuadros de Goya, de Zuloaga, de Sorolla y de algunos pintores cuyos nombres no recordábamos en aquel momento, pero que nos sonaban por haberlos visto en el Museo del Prado o en algún libro de arte de bachillerato.



—Y este es uno de mis favoritos —dijo, señalando con orgullo hacia una reproducción grande de altísima calidad.

—La guerra de la Independencia, ¿no?

—Así es... *Malasaña y su hija luchando contra los franceses*. Puede que

no tenga el nivel de un Goya, pero tiene un espíritu de triunfo que dispara el patriotismo. A mí me gustaría pintar así.

—Con esfuerzo todo se consigue, Alfonso.

—Su autor es mi antepasado, Eugenio Álvarez. Está en el Prado, lo tenéis que haber visto alguna vez.

—Sí, seguro que lo hemos visto.

—He investigado mucho sobre su figura. Su hermano también era pintor. César... ¿Os suena? Los hermanos Álvarez Dumont.

—¿Los hermanos qué?

—Álvarez Dumont. ¿Los conocéis?

Debimos de palidecer.

—No.

—¿Ocurre algo?

—¿Y tú tienes que ver con ellos?

—Sí, mucho, soy su descendiente. De la rama Álvarez lo sé todo, porque su padre era diplomático y escritor, más o menos conocido en la época, pero de Dumont acabo de enterarme ahora. Mirad, venid, os enseño...

Descorrió una cortina que protegía un escritorio pegado a la pared, sobre el que reposaba un Macintosh de pantalla enorme.

—He contactado con unos primos lejanísimos que viven en Huelva, cerca del río Tinto, y me han informado de cosas muy interesantes. Los Dumont vienen...

—De los Pirineos occitanos.

—Así es. —Nos miró con sorpresa—. Eran muy humildes. Se dedicaban a la hojalata y a los ungüentos turbios, paramedicinales. Uno de ellos, mi antepasado Etienne, abandonó Francia con su tío por motivos desconocidos y bajaron hasta...

—Las Alpujarras.

—¡Eso es! —Volvió a mirarnos—. Y allí se casó con una chiquilla, Ana Ruiz, y tuvo varios hijos: uno emigró a Cuba, otro se metió a guardia civil y fue destinado a Albacete, otro trabajó de jornalero en Málaga. Tuvo también una hija, Dolores Dumont, la que me interesa, mi antepasada. Debía de ser muy guapa y lista, y pese a ser tan humilde, se casó con el diplomático. Le nacieron estos dos hijos pintores, en Túnez y Portugal. Pero se formaron en

Málaga.

Nos contempló, de nuevo, con curiosidad.

—¿Subimos ya? —le preguntamos.

—Vale, esperad que guarde todo.

Mientras iba recogiendo sus pinceles, se percató de que algo no cuadraba.

—¿Cómo saben vuestras mercedes tantas cosas sobre el origen de los Álvarez Dumont? —preguntó.

—¿Otra vez hablas en romance?

—¡Contestad!

—Ya hemos venido aquí muchas veces, Alfonso. Nos lo has contado tú —mentimos.

No deseábamos, bajo ningún concepto, volver a relacionarnos con un primo lejano.

—Pero si me enteré hace quince días.

—Lo hemos leído en la página que nos has mostrado, Alfonso.

—¿Estáis seguros?

—Debes fiarte de nosotros, cariño —dijimos con voz rotunda—. Haznos caso.

—Es que es todo muy raro.

—De todas formas, esas indagaciones son peligrosas.

—¿Por qué?

—Porque nunca sabes lo que puede pasar.

—Ah —dijo, sin entender.

Subimos por la escalera con el grandullón delante, respirando el agradable humo de su pipa aromática. Cruzábamos el pasillo con él manso y pensativo. La madre nos dejó el paso libre apartándose hacia la cocina. Los guardias civiles nos contemplaban desde el vestíbulo, con la puerta de la calle entreabierta. Sus siluetas oscuras temblaban impacientes. Pero de pronto, el enfermo se frenó para tomar algo de la estantería.

—Mirad este bote —dijo con cordialidad—. Me lo han mandado los Dumont de Huelva para que investigue mejor mi ADN. Aseguran que es pelo momificado del primer Dumont que vino a España.

—Ni se te ocurra abrirlo —le advertimos.

—No, claro. A veces parece que se mueve. Yo pienso que es el fantasma

de mi antepasado, que está ahí dentro, pugnando por salir.

No dijimos más, sino que volvimos a empujar con suavidad al paciente para que se dirigiera hacia el *hall*, donde los guardias civiles lo retuvieron para registrarle.

Y al abrir la puerta de su mansión, un sol primaveral, asombroso, pura luz, nos recibió con una alegría insólita, como si hubiera perdido ese barniz turbio, verdusco, de los últimos meses.

Era el signo de nuestra liberación.

Fue hermoso. Permanecimos juntos, de la mano y sin hablar, como si nos estuviéramos transformando en vapor de agua sin perder la conciencia, y pudiéramos amarnos como se aman dos nubes que se vuelven la misma y no pueden sufrir la perturbación del mundanal ruido, sino solo la caricia de un sol limpio, alto y puro; el que en ese momento, por fin, nos sonreía.